









**NO SE PRESTA**

**Sólo puede consultarse  
dentro de la sala de lectura.**







86  
C UENTOS G ADITANOS.







**CUENTOS GADITANOS.**



EDUCACIÓN. CULTURA



FL  
P  
IBA  
cue

P- 17.198

# CUENTOS

# G A D I T A N O S

P O R

PEDRO IBÁÑEZ PACHECO.

---

CON UN PROLOGO

P O R

NICOLAS DIAZ BENJUMEA.

---



GAUTIER, EDITOR.

---

( 1876 )



GRADUATE SCHOOL

CONSTITUTION

FOR



## PRÓLOGO.

---

Fué opinion de muchos sábios que la salud y alegría del espíritu son la mejor medicina del cuerpo. El Doctor *Sydney*, á no ser en casos muy graves, siempre aconsejaba á sus pacientes la lectura del QUIJOTE. "El espíritu es el que enriquece el cuerpo," dice *Shakespeare*, y hasta existe hoy una secta religiosa llamada de "*Los entes singulares*," que creen sanar á los enfermos fuera de peligro inminente de la vida, solo con la palabra de los ancianos. Todos los que han alcanzado gran longevidad, lo atribuyen en gran parte á condicion placentera del ánimo, que pasa como por ascuas sobre las calamidades y desventuras, fáciles de quebrantar con un buen corazon, como tantas veces puso Cervántes en boca de su hidalgo manchego. Yo no he visto las partidas de bautismo y defuncion de Demócrito y Heráclito; pero el primero, por vivir riendo, me atrevo á apostar á que llegó á doble número de años que el segundo, que vivió llorando, y si hay quien me pruebe lo contrario, me comprometo desde ahora á pagarle los gastos de su diligencia.

Pero es en vano predicar sermones sobre este punto. Las tristezas y melancolías y las causas de ellas son muy



numerosas, y muchas veces sin causa anda el hombre mohino y apenado y matándose como el asno por cuidados agenos. Dejémonos de homilias; es muy dulce y gustosa la melancolía, interesante la tristeza, seductor el pesar y el dolor sublime para privarnos del goce de esa poesía y de la belleza de llevar la cara larga y quejarse de todo y por todo y sin saber porqué; sobre todo las mujeres, que saben, por haberlo dicho poetas aduladores, que son divinas cuando lloran, y que no hay quien resista á una súplica suya empapada en eso que llaman perlas, y no es más que humor de los ojos. Calderon tiene gran culpa de lo que nos pasa, cuando nos dice en la Gran Cenobia:

”Solo á las venturas tengo miedo.”

Como si en el órden natural pudiera amargar lo dulce, causar espeluzno la hermosura ó aversion las monedillas de cien reales. Y no contento con eso, nos dijo en otra de sus comedias:

”Que tanto gusto habia  
En quejarse, un filósofo decia,  
Que á trueque de quejarse  
Habian las desdichas de buscarse.”

A lo que respondo que quien tal dijo, no fué filósofo, ni quien tal pensó, sino un enemigo del género humano, y debia saber además, que no hay necesidad de tomarse el trabajo de buscar á esas señoras, que de suyo son harto *busconas*, y tienen la gracia de entrarse donde no las llaman y perseguir á quien no las quiere, en lo cual se parecen á las coquetas.



De mí sé decir, que soy un favorito de ellas y me adoran entrañablemente, aunque soy de lo más perezoso que hay en el mundo para ponerme á esa tarea que decia el filósofo; y por esto, así como hay muchos que tienen libros de memoria é índices donde apuntan las batallas que se han dado, los muertos que ha habido en tal guerra, los incendios que han ocurrido, las epidemias que han reinado; y otros gozan al leer tragedias, presenciar dramas y empaparse en catástrofes sangrientas, yo tengo la manía de una biblioteca consagrada á Momo, compuesta toda de libros de buen humor, que hagan reir hasta el *Wellington* del arco de *Piccadilly*, tanto como los extranjeros se rien de él.

Y en esta coleccion que comprende, desde Aristóphanes hasta Breton de los Herreros, y desde el "Patrañuelo" de Timoneda, hasta el último "Almanaque" de *El Cascabel*, uno de los libros que encuadernado en piel de Rusia figurará en lugar preferente en mis estantes, será ciertamente éste de la coleccion de cuentos que el Sr. de Ibañez-Pacheco ofrece con tanta oportunidad al mundo de las letras, como remedio y medicina del ánimo y defensa contra los traidores ataques de las supradichas *busconas*.

Digo con oportunidad, porque aunque es propio achaque de este mundo las sandeces é indiscreciones de los humanos, se me figura que la generacion presente vá sacando en esta escuela la nota de *sobresaliente*, ó por lo ménos de *notablemente aprovechada*, y que más que nunca se necesita hoy pasarse casi todo el dia y parte de la no-



che al pié de esa Biblioteca regocijadora de que he hablado, para reir hasta apretarse los hijares y cerrar las puertas á la hipocondría.

Esta es la razon filosófico-moral que recomienda al libro. Pero hay otra de orgullo nacional, de verdadero patriotismo. Desde que el mundo es mundo no se conocen más que dos *sales* proverbiales: *la sal ática* y *la sal andaluza*. La primera, increíble parece, fué patrimonio de una pequeña oligarquía, y digo pequeña, aunque oligarquía es siempre gobierno de unos pocos, porque fué el privilegio y poderío de los *ménos*, ó de los casi *ningunos*, como decia Cervántes de los poetas de su tiempo. Fué sal de la gente de copete y pelusa, derramada solo entre los cultos y doctos: en una palabra *sal* adquirida, escolástica, producto del refinamiento del gusto en la más refinada ciudad de la Grecia; pero no sabemos que ningun *Cratinosperanópulos* ni *Calchatonaponópulos*, quiero decir, ningun barbero, sastre, ni ateniense alguno de las clases bajas, tuviese una salina ó criadero natural de donde saliesen gracias y chistes á porfia. La *sal andaluza* es por el contrario propia del pueblo donde más genuinamente se contiene; no está reñida con el refinamiento; pero en general no ha pisado las universidades. Es producto natural puro, sin mezcla de arte alguno, y tanto, que cualquiera pretension de artificio le quita el distintivo y la separa de lo que verdaderamente se entiende por *sal de Andalucía*, producto siempre de espontaneidad, resultado de una impresion viva en imaginaciones ardientes, que como si sintieran



una batería eléctrica, han de producir instantáneamente una explosión de luz. El chiste y el gracejo andaluces son también especiales productos de esa sal transmitida en la raza del mediodía de España como el pecado original en el orbe. Siempre han sido celebrados los hijos de estas provincias y particularmente los de Cádiz y Sevilla por su ingenio cómico, sus chistes, exageraciones y ocurrencias salpicadas de una gracia peculiar.

Hasta ahora se habían hecho comedias del género andaluz, en que á tanta altura llegaron Sanz Perez y algunos de sus imitadores, entre ellos el moderno Quevedo sevillano D. José Velazquez y Sanchez, originalísimo en su línea y uno de los géneos más versátiles, fáciles escritores é inagotables y chistosos decidores que jamás produjo la patria de Lope de Rueda y Manolito Gazquez. De este *Baron Munchhausen* español existen noticias y muestras aunque incompletas de su prodigiosa inventiva, y ya en colecciones ó en periódicos corren centenares de cuentos, chistes y anécdotas referentes á los gitanos y *gente del bronce* de la Andalucía; pero los dichos de estos héroes populares se adulteran al pasar de boca en boca y pierden mucha parte del sabor que les prestara la tersura y concision con que en un momento de inspiracion feliz los enunciaron sus autores. A veces corren por tradicion tan desfigurados, que apenas los reconocen los que bebieron en sus originales fuentes.

La idea de poner en verso estos cuentos no podia ser más feliz ni más arriesgada al mismo tiempo. Feliz, por-



que la poesía les dá la forma imperecedera en la memoria y el carácter monumental á que son acreedores los asuntos. Arriesgada, porque era necesario una habilidad exquisita para engarzar en el nuevo aderezo de la poesía, diamantes que han corrido con no otro adorno que el sencillo y tosco metal de la prosa, atrayendo tanto más la atención por su valor, cuanto ménos podia esta distraerse en la contemplacion de otros primores y detalles. Tan difícil era este trabajo como el labrar la reina de las piedras finas, que no cede á ningun instrumento más que á otra semejante suya, y á no ser porque el Sr. de Ibañez-Pacheco, al tratar de chistes y gracejos de famosos andaluces, de los que el lenguaje popular llama de *buena sombra*, se encontraba en relacion á ellos de *potencia á potencia*, la empresa habria sido temeraria y digna del completo *fiasco* reservado á los que emprenden cosas superiores á sus fuerzas. Sólo el diamante corta al diamante, y sólo un ingenio andaluz de la índole del que muestra el autor de este libro, podia intentar el reducir á la popular forma del romance los dichos famosos de nuestros *Molieres de capa parda*, *patilla de hacha*, *sombrero calañés* y *navaja en cinto*, y las ocurrencias ingeniosas de personas de todas las esferas, que al modo que el ruiseñor no puede ménos de ser el rey de las aves por sus trinos, en el hecho de ser andaluces no pueden ménos de brotar chistes y gracejos en abundancia. No hay temor de que en manos del poeta gaditano pierda ninguno de ellos un átomo de su mérito, antes bien los devuelve mejorados en tercio y quinto por su especial



gracia en componer los accesorios é incidentes y su exquisito gusto en fabricar el aderezo de la narracion, en que la preciosa perla despide nuevas ráfagas y parece que con más resplandores brilla. En algunos casos la rigurosa ley de la versificacion le obliga á modificar la figura externa con que ha corrido en los mercados del buen humor; pero en esos mismos, sin perder nada de su valor intrínseco, sin afectar en lo más mínimo el vigor del espíritu, gana un ciento por ciento en la forma.

Si no temiera ser demasiado extenso, pudiera explicar aquí mis opiniones sobre la diferencia esencial y fundamental que existe entre la sal y gracejo andaluces, lo que llaman *esprit* los franceses y lo que constituye la índole cómica del ingenio irlandés, que son las tres grandes calificaciones, ó mejor dicho, reconocidas escuelas del *donaire* y de lo jocoso. En defecto de esto, me contentaré con decir, que el gracejo y sal de los andaluces los considero superiores á los demás y que con la coleccion presente ha hecho el Sr. de Ibañez-Pacheco un gran beneficio, que siempre lo ha sido y lo será el proporcionar honesto recreo al ánimo y quitar más de cuatro arrugas al entrecejo.

NICOLÁS DIAZ DE BENJUMEA.

Londres: 23 Setiembre 1876.

---







# AL LECTOR.

Estos cuentos gaditanos,  
que aquí ves, lector benévolo,  
desnudos de pretensiones  
y más desnudos de mérito,  
humildes anales son  
y vulgarísimos ecos,  
de sucedidos y dichos  
de personajes añejos  
de la ciudad en que moro,  
conocidos todos ellos  
por andar de boca en boca  
entre la gente del pueblo.  
Yo del vulgo los tomé  
y los puse casi en verso  
y creyendo no enojarte,  
con temor, vengo á ofrecértelos.  
Si al hacerlo no acerté,  
perdona, lector, mi yerro,  
que si asaz pequé de torpe



no me faltó buen deseo:  
pero si, por dicha mia,  
cumplidos son mis intentos,  
complaciéndote, lector,  
me tendré por satisfecho;  
que no quiero más merced  
ni aspiro á mejor empleo  
que á agradarte, cual mereces,  
y á servirte, como debo.

PEDRO IBAÑEZ-PACHECO.

Cádiz: 1876.



## EL HÉRCULES ENFERMO.

En la calle de Virgili,  
 que allá en los tiempos de antaño  
 era la de los Tres Hornos,  
 vivió D. Nicolás Farto,  
 de este célebre Colegio  
 dignísimo catedrático  
 de anatomía, sugeto  
 excelente aunque pacato,  
 y un si es ó no es de gangoso,  
 segun sus contemporáneos  
 que van siendo yá muy pocos,  
 al hacernos su retrato  
 unánimemente dicen;  
 y añaden otros señajos  
 que por supérfluos los dejo,  
 y vamos á nuestro caso..  
 Una noche, ya á deshora,  
 de su casa lo sacaron,  
 bajo el pretexto de ver  
 á un señor que andaba malo,  
 unos cuantos calaveras,  
 que á costa del doctor Farto  
 se quisieron divertir,



y crueles lo llevaron  
 hasta la misma Alameda;  
 y decir se me ha olvidado  
 que era una noche muy fría  
 de un Diciembre duro y bravo.  
 ¿Pero dónde está el enfermo?  
 preguntó, muy escamado  
 nuestro doctor, al mirarse  
 en sitios tan excusados.  
 "Ahí lo teneis, caballero,"  
 riendo le contestaron  
 aquellas malas cabezas.  
 "Yo no lo veo." "Acercáos  
 y subid en esa fuente,  
 que el enfermo está bien alto,  
 que es nada menos que el Hércules  
 que está en ella colocado. (\*)  
 "¡Pero señores!" "Arriba  
 con el doctor," exclamaron:  
 y que quiso ó que no quiso,  
 en menos que canta un gallo,  
 al pobre Don Nicolás  
 en la fuente encaramaron:  
 viéndose el hombre perdido,  
 lo mejor reflexionando,  
 dijo para su capote:  
 "Vamos á salir del paso,

---

(\*) La fuente llamada del *Hércules*, estuvo situada en la Alameda, frente al Cármen; aun se vé la taza junto á la muralla, detrás del baluarte de Candelaria.



que si enojo á estos señores  
me van á moler á palos.”

Así es, que muy resuelto,  
cuando se vió encaramado,  
como si fuese de veras,  
extendió su diestra mano  
al mitológico Dios,  
quiero decir al *fundator*  
*quedominator* de Cádiz,  
tomó el pulso, muy ufano,  
y exclamó con grave tono  
despues de haber figurado  
que observaba atentamente  
sus pulsaciones un rato:

”Lo encuentro bastante duro,  
preciso será sangrarlo.”

Aplaudieron su paciencia  
con efusion, sus tiranos,  
y dos onzas de buen oro  
al bajarlo le entregaron.

Y es fama que el buen doctor  
cuando referia el chasco,  
decia con complacencia  
la cantidad recordando:

”¡Visitas cual la del Hércules,  
las quisiera todo el año!”

---



## UN YERNO MODELO.

A principios de este siglo  
hubo en Cádiz un mancebo,  
pobre como un alma en pena,  
jugador, perdido, trueno,  
con sus ribetes de osado  
y sus respuntes de ingenio;  
muy buen mozo y decididor  
y de trato muy ameno,  
que se propuso encontrar  
una niña con dinero  
para hacerse hombre de pró  
por este sencillo medio.  
Y diz que llegó á lograrlo  
haciendo un buen casamiento  
con una jóven muy rica;  
sin sacar, en este enredo,  
más dotes ni más regalos  
que la maldicion del suegro  
que se opuso fuertemente,  
con razon el pobre viejo,  
á un enlace tan fatal  
que él juzgaba muy funesto.  
Pasáronse muchos dias  
sin abrirse los talegos  
de aquel viejo, y nuestro héroe



que contó siempre con ellos,  
 cual motivo principal  
 para echarse de himeneo  
 en los brazos, no dormía  
 trazas inventando y medios  
 con que ablandar la sevicia  
 de aquel padre duro y terco,  
 que á dieta tan rigurosa  
 le tenía tan sujeto;  
 y es fama que una mañana  
 al salir de San Lorenzo  
 donde concurría á misa,  
 lo aguardó mi hombre resuelto,  
 y le dijo al divisarlo  
 con tono bastante sério:  
 "No se explica, señor mio,  
 ni es fácil el comprenderlo,  
 por qué le dispensa usted  
 esa ira .. ese desprecio  
 y ese rencor tan marcado  
 á su amantísimo yerno.  
 Que usted le tenga á su hija  
 esa tirria... lo comprendo:  
 porque al fin la pobrecilla  
 (ya vé usted que lo confieso)  
 al darme su blanca mano  
 no hizo el mejor casamiento.  
 ¡Pero conmigo es distinto!  
 ¡Repito que no lo entiendo!  
 "¿Y por qué? vamos á ver:"  
 le preguntó el pobre viejo  
 entre airado y sorprendido.  
 . . . . .  
 "¡Porque yo lo hice muy bueno!"



## EL TEATRO DE GUADALAJARA

( DE MÉJICO )

Entre los mozos de mérito  
nacidos en esta tierra,  
merece Ambrosio Martinez  
que la historia le conceda  
un lugar muy preferente  
en las crónicas caseras,  
(de que son ecos humildes  
y tradiciones modestas,  
estos cuentos gaditanos);  
no solo por su destreza,  
agilidad y pericia  
en esa divina ciencia  
que llaman coreografía,  
donde diz que fué potencia  
nuestro Ambrosio, pues afirman  
sábias y eruditas péñolas,  
que era asaz muy conocido  
en Europa y en América,  
mereciendo por su fama  
ceñir la verde diadema,  
orlada de cascabeles,  
con que Terpsícore premia  
á los hijos predilectos  
que la ilustran con sus piernas;  
sino tambien por su gracia  
en tañer las castañuelas



y en inventar bailes mímicos,  
complicados cual novelas;  
y además por el ingenio,  
*buena sombra* y agudeza,  
y aquella sabrosa hipérbole,  
ó mentirosa apariencia,  
con que contaba sus triunfos  
y pintaba las escenas  
de sus más preciados láuros,  
en las apartadas tierras  
que ilustró con sus *palillos*  
y asombró con sus piruetas,  
*batimanes, terceritas,*  
*cuartas, quintas, campanelas*  
y las demás filigranas,  
perfiles y menudencias  
que el sublime arte del baile  
en sus secretos encierra:  
pudiéndose asegurar  
que, tocante á esta materia,  
no tenia el buen Ambrosio  
quien desbancarlo pudiera  
en inventar más patrañas,  
más graciosas y estupendas.  
Yo no olvido, entre otras muchas  
cuyos recuerdos me quedan,  
que le oí decir una tarde,  
por más señas en la puerta  
del despacho de tabacos  
de Canet, cierta cuaresma  
en que andaba nuestro héroe  
*sin contrata y con boqueras;*  
que quiero dejar transcrita  
á fin de que no se pierda



en las sombras del olvido,  
porque la juzgo muy buena:  
"El mejor de los teatros,  
(decía con mucha flema  
fumándose un coracero  
más duro que la madera),  
que yo he visto, sin disputa,  
no solo por su riqueza,  
tamaño descomunal  
y lujo de dependencias,  
es el de Guadalajara  
(no la de aquí: la de América);  
tiene más de mil butacas  
y ciento trece plateas,  
y un paraíso muy cómodo  
donde caben, sin molestia,  
lo ménos dos mil personas:  
los telones son de seda  
por causa de la calor.  
Yo lo estrené, por más señas  
con la Medina, bailando  
la Furlanga con dos pesas,  
de una arroba cada una,  
amarradas á las piernas:  
pero lo más sorprendente,  
lo más notable que encierra  
este teatro estupendo,  
además de la lucerna  
que es de marfil, es el techo  
de aquella sala tan régia,  
que es todo de piedra pomez  
construido en una pieza."



## LOS DOS LOROS.

Poseía una señora,  
cuyo nombre yo me callo  
que es preciso con las damas  
ser discreto y reservado,  
dos hermosísimos loros,  
procedentes de un regalo  
de un Oficial de Marina,  
uno de ellos, de Alvarado,  
y otro, de Fernando Poo,  
animales muy gallardos,  
á los cuales dedicaba  
un esmero y un cuidado  
especiales, mas la suerte  
dispuso que los dos pájaros,  
sin conocerse el motivo,  
enfermaran de lobado.  
Prodigóles la señora,  
como es natural en caso  
tan crítico, los afanes



que el corazon delicado  
atesora de una dama,  
para poder arrancarlos  
de las garras de la muerte  
de que estaban tan cercanos;  
pero el destino inflexible  
ordenó que el de Alvarado  
se despidiese del mundo,  
marchándose para el báratro:  
y cuentan que la señora  
la enfermedad relatando  
del loro superviviente,  
decia con tono cándido:  
"Pues este estuvo peor  
que el otro, el año pasado."



## UN ALBUR.

Grande fama de discreto,  
de oportuno y decidor,  
gozó con justicia en Cádiz,  
en su tiempo Gabarron.  
Se cuenta, por los cronistas  
locales, que este señor,  
estando explicando un día  
la cátedra, columbró  
entre los diversos jóvenes  
que oían su explicación,  
dos estudiantes que estaban  
á sus anchas y sabor,  
dando gusto á una baraja  
ocultos en un rincón  
de la clase, no creyendo  
ser por el ojo avizor  
del Catedrático, vistos,  
y el tal que era algo guason,  
es fama que muy formal,  
dirigiéndose á los dos,  
sin alterarse en un punto,  
por única reprensión,  
para llamarlos al órden,  
de este modo les habló:  
"una peseta á esa sota"  
y siguió su explicación.



## EL DÓ DE PECHO.

Disputaban una noche,  
hará ya sus ocho años,  
unos cuantos *dilettanti*,  
concurrentes y abonados  
al Teatro Principal,  
sobre si el tenor Stagno,  
que en aquel tiempo cantaba  
ante el público ilustrado  
de la cultísima Gades,  
entre vítores y aplausos,  
daba ó nó el *dó* de pecho  
en el *duetto* con Yago  
que en el *Otello* famoso  
hay en el segundo acto.  
"Yo le digo á usted, que es *dó*."  
"Pues está usted engañado,  
que es tan solo un *sí* bemol  
y eso á fuerza de trabajo."  
"Es un *dó*, como una casa;



porque así lo ha asegurado un amigo que lo entiende que es profesor de piano.”

”No comprendo esta disputa,” exclamó, con tono enfático, un *quidam* de los del corro, que era en leyes licenciado, dándose aires de entendido, aunque era un pobre gaznápiro en el arte de Rossini.

”¿Y por qué?” le preguntaron:

”Porque tienen las dos partes la razón en este caso.

El tenor dá el *sí* y el *dó*,  
y si nó, poned cuidado  
cuando se repita el duo  
y le oireis cantar, muy claro,  
si *dopo lei*; es decir,  
que teneis razón entrambos.”

---



## LA REVOLUCION DE SETIEMBRE.

Era el señor de *Caño*  
un simpático torero,  
segun unos, de esperanza,  
segun otros, de *camelo*;  
pues decian estos últimos,  
que nunca midió más suelos  
en sus suertes arriesgadas  
tan incomparable *diestro*,  
que el *redondel* de esta plaza,  
y alguna vez el del Puerto;  
y eso, á fuerza de mil súplicas,  
de compromisos y empeños,  
pues todo el mundo sabia  
que era un *diestro* de *recelo*,  
es decir, de los llamados  
de *camama* ó de *paseo*;  
más claro, de los que salen  
solo en los casos extremos  
por estar los *de la tarde*  
bizmados ó medio muertos.  
Y que aseguran lo fijo  
los que tal dicen, es cierto;  
pues en los muchos *carteles*



que al escribir este cuento,  
como datos, á la vista  
en este momento tengo,  
no se encuentra que *Caíto*  
saliese á lucir el cuerpo  
en más plazas que las dichas;  
y además sé por extenso,  
que en tiempo de la *parada*  
para ganarse el sustento,  
era corredor de bestias,  
olvidando lo torero;  
que la *mona* era prestada,  
segun consta en documentos  
fehacientes que aun existen,  
igualmente que el sombrero,  
la *pescaraya*, la *banda*,  
y todo cuanto el arreo  
compone de un picador;  
por lo cual, yo me sospecho  
que al tauromáquico oficio  
le sacaba poco medro  
quizás por tenerle *asco*,  
tal vez por presentimiento;  
si fué así, tuvo razon,  
que el pobre murió *de cuernos*.  
Pero dejando esto á un lado  
para asunto de otro cuento,  
bástenos, por hoy, decir  
que este apreciable mancebo  
honor de la gente *crua*,



y regocijo del templo  
que llaman *mulabardó*,  
vulgarmente matadero,  
á fin de que me comprendan  
los que en el arte son legos;  
cuando el señor de Topete  
y sus bellos compañeros  
confeccionaron la honra  
que nos trajo á Cárlos sétimo,  
los cantoncitos dichosos  
y lo demás que sabemos,  
y entró aquella madruguda  
de aquel Setiembre, tan bueno  
y fecundo en peripecias,  
al son del himno de Riego  
en la gran ciudad de Cádiz,  
para armar aquel jaleo  
de abrir cárceles y echar  
por las calles á los presos,  
y todas las demás cosas  
que en la memoria tendremos  
mientras aliente la vida  
nuestros miserables cuerpos;  
el intrépido *Caíto*,  
liberal de pelo en pecho,  
tomó parte muy activa  
en tan glorioso suceso;  
recorriendo alborozado  
los más peligrosos puestos,  
como son: la *Sacristía*



y la tienda de *Modesto*,  
el *Siglo*, el *Candil*, la *Parra*  
y otros sitios como estos,  
consagrados al dios Baco  
en Cádiz, desde *ab æterno*.  
Iba nuestro buen *Caíto*  
en un jaco caballero,  
dando destemp'ados vivas  
y esgrimiendo un sable viejo,  
seguido de grande golpe  
del entusiasmado pueblo,  
que libre de sus cadenas  
vociferaba contento,  
las toscas barbaridades  
de aquel borracho aplaudiendo.  
En esta forma, llegó,  
segun autores muy sérios  
que este episodio relatan,  
mil plácemes recibiendo  
de los ilustres patricios  
que formaban su cortejo,  
á la tienda del *Castillo*;  
taberna que, á lo que entiendo,  
está, si no me equivoco,  
en la calle del Fideo  
esquina á la del Marzal,  
cañsado ya y sin aliento;  
y queriendo refrescar,  
ató á la ventana el penco,  
y seguido de sus próceres,



se coló nuestro hombre, dentro:  
pero es el caso maldito,  
(¡quién habia de creerlo!)  
que un grupo de liberales  
y honradísimos sugetos,  
de los muchos que aquel día  
realzaban el suceso,  
pasando por aquel sitio  
y observando aquel jamelgo  
sin ginete, calculando  
sin duda que era mostrenco,  
por derecho de conquista,  
se lo llevaron corriendo:  
sin que se sepa, hasta hoy,  
del rocin el paradero;  
mientras que su propietario,  
ignorando todo esto,  
en la taberna libaba  
del *Ojen*, que era un portento.  
Cuando salió el pobre hombre  
á continuar su paseo  
y no encontró su caballo;  
por el furor descompuesto,  
sudando la gota gorda  
y mesándose el cabello,  
entre votos y blasfemias  
exclamó iracundo y fiero:  
”¿Quién ha visto mi caballo?  
Fuera *guaza*, compañeros,  
que no me gustan las *groma*....



¿Lo has visto tú, Juan Mateo?  
 Por la *salú* de mi *mare*,  
 que *ar patoso* que ha hecho esto  
 le voy á *rompé* la crisma  
 con este sable ahora *mesmo*.”

Buscóse por todas partes,  
 inútilmente, el jamelgo:  
 se preguntó á todo el mundo,  
 sin topar rastro ni pelo,  
 hasta que al fin, un muchacho  
 le dijo medio riendo:

”No lo busque *usté* ya más,  
 que hace poco lo cogieron  
 unos *cuanto*, y de *segua*  
 se fueron con él corriendo;  
 y *asegun* lo que *najaban*  
 en la Isla están lo ménos.”

Convencido por lo dicho  
 nuestro infelice torero,  
 que el robo de su caballo  
 no tenia ya remedio,  
 siendo excusado negocio  
 el empeñarse en ponérselo,  
 marchóse para su casa  
 mil ideas revolviendo,  
 y exclamando entre suspiros  
 con honores de regüeldos:

”Esto no es revolucion  
 ni pu...ede ni podrá serlo.”



## LA MATERIA PRIMA.

Tambien Cádiz ha tenido,  
no podía ser por ménos,  
que es tierra sobrado fértil  
y abundoso criadero  
de mozos de buena sombra  
y de tipos muy completos,  
ha tenido, repetimos,  
para su grato recreo,  
un mentiroso mayúsculo  
de pronto y agudo ingenio,  
si no tan cacareado,  
tan discreto y embustero  
como aquel famoso Gazquez  
á quien todos conocemos,  
en la persona de un sastre,  
apellidado Landero.  
Es tanto lo que la historia,  
la tradicion, los recuerdos  
y las notas taquigráficas  
conservan de este sugeto,  
en el género ya dicho,  
que casi á decir me atrevo,  
que siete tomos, en fóllo,



serian campo asaz estrecho  
para contener la suma  
de estrambóticos inventos,  
de cosas imaginarias  
y agudísimos conceptos,  
que brotaron de la mente  
de tan célebre maestro.

Dada pues, tal abundancia,  
nosotros que no podemos  
contarlos uno por uno,  
trabajo que seria eterno,  
á referir al lector  
solo nos concretaremos,  
algun episodio insigne  
de aquellos más estupendos  
que contiene el repertorio  
de invenciones de Landero.

Decia pues, este señor:  
que, hace ya bastante tiempo,  
estuvo una vez en Rusia,  
con el encargo secreto  
que le dió su gran amigo  
el general Ballesteros,  
de comprar cuatro mil potros,  
mitad tordos, mitad negros,  
de aquellos que se apacientan  
en las dehesas de Smolensko,  
para formar con tal base  
la remonta del ejército  
español, que estaba entonces



provisto de caballejos  
tan asquerosos y malos,  
que daba vergüenza el verlos.  
Iba, decia nuestro sastre,  
como es natural, relleno  
de cartas de introduccion  
para diversos sugetos,  
como el Romano Pontífice  
y para el sacro colegio,  
para el rey de Dinamarca,  
para el sultan de Marruecos,  
para el lord gobernador  
de las Indias; el rey negro  
de la Nubia, y para otros  
que al presente no recuerdo;  
que aunque yo era conocido  
en los reinos extrangeros,  
tuvo empeño en que llevara  
dichas cartas, el gobierno.  
Un dia, que paseaba,  
con tres príncipes armenios  
y diez generales rusos  
por junto al jardin de invierno  
del emperador de Rusia,  
debieron verme de dentro,  
pues el Czar mismo, en persona,  
con grande premura abriendo  
un balcon de su palacio,  
y quitándose el sombrero,  
me saludó cortésmente,



estas frases añadiendo:

”Quisiera tener el gusto de que mañana, Landero, honraras este palacio con tu asistencia, que anhelo que presencias y que veas un notable experimento que el sabio Ivan Kalakoski, mi camarero secreto, vá á ejecutar ante toda la grandeza de mi imperio.”

”Iré, señor,” dije yó.

”Que no me faltes Landero,” contestó aquel gran monarca, y cerró el balcon muy sério, dejando medio corridos por la envidia, á los armenios y á los generales rusos, pues no se acordó de ellos.

Acudí, muy puntual, á la cita; me estremezco de recordar la grandeza y el lujo que se ofrecieron á mi vista, en aquel dia.

¡Qué de reyes extranjeros, archiduques y marqueses, obispos de rito griego, alcaldes y generales, patriarcas, consejeros, archimandritas y popes!



¡Qué salones tan inmensos!  
¡Qué tapices! ¡qué riqueza!  
¡Qué cuadros tan estupendos!  
¡Qué mármoles tan finísimos!  
¡Era aquello un gran portento!  
Cuando entré, su magestad  
dijo enseguida: "empecemos,  
que está aquí lo que faltaba,  
puesto que llegó Landero."  
Entonces el sabio Ivan  
colocó, con mucho tiento,  
sobre una artística mesa  
de oro puro y raiz de almendro,  
una redoma muy grande  
de cristal de roca terso,  
transparente como el aire,  
llena de un líquido espeso,  
color de tomate verde;  
que como despues veremos,  
era la materia prima  
de que nos hablan Galeno,  
Averroes, Aristóteles  
y Tales el de Mileto,  
en sus libros eruditos;  
y vertió, con grande esmero,  
en ella doce mil gotas  
de varios pomos diversos  
que llevaba el dicho Ivan,  
escondidos en el seno.  
Tapó luego la redoma



con un hermoso pañuelo  
de seda cruda, color  
entre hortensa y pensamiento,  
y al cabo de breve rato,  
con asombro, todos vieron  
al descubrir la redoma,  
en su centro un punto negro,  
que á la vista y por instantes  
iba el tal punto creciendo,  
hasta tomar el volúmen  
natural que tiene el cuerpo  
de un niño recién nacido.

Nuestro asombro fué en aumento,  
cuando el sabio profesor  
el embrion recogiendo,  
sacólo de la redoma

y en pañales envolviéndolo,  
puso á la vista de todos  
un niño perfecto y bello,  
llorando á moco tendido,  
vivo, sano y muy completo.

Eso sí: vivió muy poco:  
mas no es obstáculo esto  
á que fuese un hecho práctico  
tan grandioso experimento.

Levantóse la sesion  
al son de marciales ecos,  
y el emperador gozoso  
me dió un abrazo y un beso.”





## CHURRI-BURRIS.

Afirman varias personas,  
de muy luengas navidades,  
que conocieron de trato  
á don Antonio Trianes,  
canónigo lectoral  
muchísimos años hace  
del cabildo gaditano,  
lo que yo pienso contarle  
al entendido lector,  
con tosca y sencilla frase,  
si me honra con su atención  
en el presente romance.  
Era el señor lectoral  
persona muy docta y grave,  
modesto, de buen consejo,  
orador recomendable,  
hombre de mucha lectura,  
de virtudes relevantes,  
y poseía además  
dotes muy escepcionales  
que me abstengo de citar  
porque á mi cuento no atañen.  
Visitaba, por costumbre,



sin faltar, todas las tardes, despues de acabado el coro, la librería de Pajares, que segun tengo entendido andaba poco distante de la iglesia de San Pablo, donde varios comerciantes y algunas otras personas aficionadas y amantes á las letras, se entregaban á pláticas agradables. Tratóse allí, cierto dia, de unas prebendas vacantes que, con fecha muy reciente, acababan de llenarse; y se discutian los méritos, circunstancias y quilates de todos los agraciados, sin que el señor de Trianes, que estaba leyendo un libro, en esto tomara parte.

”Que lo diga el lectoral, dijo uno interpelándole: ¿no es cierto que, por desgracia no está el cabildo como antes, y que hay mucho *churri-burris*?”

”Diré á usted, dijo Trianes: lo que es *churri*, yo no sé, pero *burris* hay bastantes.”



## EL TIO PIERRES.

---

Allá en los dichosos tiempos  
de felice remembranza  
en que no sufria Cádiz  
las cuitas que hoy la quebrantan;  
cuando las modernas glorias  
con su fatídica planta,  
marcado no habian su rastro  
por sus arenosas playas;  
mucho antes de existir  
las carretelas de Arana,  
y que el pestífero gas  
nuestras calles alumbrara;  
aun antes que el Gran Teatro  
su cascaron de pizarra  
de color berrendo ó pio  
cual los toros ó las vacas,  
y sus muros de granito,  
del llamado de pinzapa  
de la cantera del pino,  
con altivez ostentara  
para hacer rabiar de envidia



á la clase de farmacia,  
que al fin, como dama *libre*,  
es aficionada á galas,  
y no puede competir,  
aunque de ello tiene ganas,  
con la joya arquitectónica  
que vive en la misma plaza;  
mucho antes que hubiera bancos  
y de haber traída de aguas,  
cuando el correo venia  
tres veces á la semana,  
cuando la luz de las ciencias  
no alumbraba para España  
y se usaban *marselleses*,  
capotes, mantillas blancas,  
corbatines de charol,  
ahuecadores de mangas,  
y no habia ferro-carriles,  
ni vapores de la Habana,  
ni el alambre misterioso,  
que tantas mentiras cuaja,  
no levantaba á las gentes  
con su lengua charlatana;  
ni habia puertos mercantiles,  
casinos, ni democracia,  
ni cantones federales,  
ni república unitaria,  
y andaban los gaditanos



cuasi, cuasi en la ignorancia;  
se puede decir, que esto  
era un gran corral de vacas;  
donde habia mucho dinero,  
honradez y bienandanza,  
muchos centros de recreo,  
tranquilidad, paz y calma,  
aunque faltaban las cosas  
que dejamos indicadas  
y que gozamos ahora,  
disfrutando sus ventajas  
los que tenemos la dicha,  
que es por Dios, para envidiarla,  
de vivir en el presente,  
en la *tacita de plata*.

En aquel tiempo, repito,  
habia, aunque homeopáticas,  
ciertas industrias menudas,  
que yacen hoy enterradas;  
como son, entre otras muchas,  
si quieres un *verbi gratia*,  
lector mio, unos barberos  
que bajo de la muralla  
en la Puerta de la mar,  
al aire libre, afeitaban,  
dos cuartos mirando al muro,  
y cuatro si se miraba  
hacia el lado de bahía,



posicion, aunque más cara,  
más amena y distraida;  
porque el paciente gozaba  
viendo entrar los muchos barcos  
que en aquella época insana  
con alguna más frecuencia  
que en esta feliz, entraban.

A una de estas barberías,  
para pelarse las barbas,  
acudió cierto gallego  
un sábado de mañana:  
preguntó primero el precio,  
y pareciéndole cara  
la operacion, buscó otra;  
y segun dice la fama,  
topó con la del Tio Pierres,  
peluquero de ambulancia,  
hombre grave, ya algo anciano,  
sombbrero de copa alta,  
chaqueta de punto oscura,  
pantalon lleno de manchas,  
un banquillo de tijeras,  
las navajas en la faja,  
y oprimidas las axílas  
por una vacía de lata.

”¿Cuántu me quiere llevare  
pur afeitarme estas barbas?”

”Lo mismo que llevan todos,



respondió Pierres con calma:  
dos cuartos mirando al muro,  
y cuatro á la mar salada.”

”Caramba, dijo el gallego,  
*eu* creí sacar *ventaga...*”

”Sí la sacas: contestó  
el tío Pierres. ¿Pues es nada  
el que te puedas beber  
cuando te rape la cara,  
todo el agua de jabon  
que te diere la real gana?”

---



## LAS CAMPANAS.

Fué, una vez, un caballero  
 á sacar en la parroquia  
 de S. Antonio, una fé  
 de bautismo, á cierta hora  
 en que todas las campanas  
 con algazara espantosa,  
 no sé si en repique ó doble,  
 armaban tal bataola,  
 que aun dentro del mismo archivo  
 no se entendia una jota.  
 Molido el buen caballero,  
 con la cabeza hártito bomba,  
 exclamó: "¿No le molesta  
 señor cura, esa horrorosa  
 metálica sinfonía?  
 "No señor, no me incomoda,  
 porque ha de saber usted,  
 respondió el cura con sorna,  
 que todas esas campanas  
*tantum valent quantum sonant.* (\*)

---

(\*) Aforismo jurídico aplicable á indulgencias, privilegios y rescriptos apostólicos, los cuales no deben interpretarse latamente sino al tenor de la letra, porque *tantum valent quantum sonant.*



## EL PASAPORTE.

Vino, aquí, un napolitano, muy apreciable sugeto, que por haberse metido en aquellos movimientos que estallaron en Madrid en el año, según creo de cuarenta y ocho (cuando en la *Casa de Correos* al desgraciado Fulgoso dejaron de un tiro seco y hubo aquellas demás cosas que ya olvidadas tenemos); tuvo el hombre que salir de la corte, más que huyendo á fuerza de mil fatigas de disfraces y de enredos, que andaban los polizontes que se bebían los vientos á caza de los fautores de semejantes excesos.

El día que llegó á Cádiz, tan distinguido extranjero,



daba la casualidad  
que salia de este puerto  
para Lisboa un vapor,  
cuyo nombre no recuerdo,  
y queriendo nuestro hombre,  
sin pérdida de momento,  
marcharse en él, pues tenia  
muy justificado miedo  
que llegara alguna orden  
apremiante del gobierno  
disponiendo que en seguida  
que fuese cogido y preso  
le pegaran cuatro tiros,  
de sus hazañas en premio,  
que Narvaez no jugaba  
y era muy capaz de ello,  
le importaba, como es justo,  
poner tierra de por medio,  
entre aquellos que abrigaban  
tan laudable pensamiento  
y su inocente persona  
para librar el pellejo.  
Fué, pues, á ver á su cónsul  
que era un respetable viejo  
italiano, como él,  
llamado, si bien me acuerdo,  
D. Márcos Machiavelli,  
excelente caballero,  
al cual halló en su escritorio,  
tranquilamente, leyendo



mientras tanto le barria  
un criado el aposento,  
pues decir se me pasaba,  
y es muy importante esto,  
que era en hora muy temprana  
cuando pasó este suceso.

Pues señor, como decia  
estaba el cónsul leyendo  
un diario de la plaza,  
sospecho que era *El Comercio*  
por conjeturas vehementes,  
esperando á que el gallego  
que tenia á su servicio  
le barriese el aposento.

Empezó, nuestro emigrado,  
con ambages y rodeos,  
á referir á su cónsul  
sus temores y recelos,  
el peligro en que se hallaba  
de poder ser descubierto,  
la necesidad de huir  
de riesgo tan manifiesto,  
y por fin la precision  
de marcharse en el momento  
con los papeles en regla  
para evitar un tropiezo  
que seria para él,  
sin duda alguna, funesto.  
Cuatro veces tal relato  
tuvo que hacer por lo ménos



aquella infelice víctima  
en los tonos más patéticos,  
sin que el impávido cónsul  
comprendiera sus deseos,  
bien por ser *algo teniente*,  
bien, tal vez, porque el gallego  
con el ruido de la escoba  
no dejaba comprenderlo,  
acaso por otras causas  
que por prudencia reservo:  
hasta que al fin *Peberelly*,  
que era el nombre del sugeto,  
cansado de tal escena  
y sus causas comprendiendo,  
se dijo para sí mismo:  
*lo que quiere este es dinero,*  
y sacando cuatro onzas  
lucientes y de buen peso  
las arrojó en la carpeta  
estas palabras diciendo,  
que ha consignado la historia:  
"Si é solo *per* los derecho...  
*venga pure il pasaporto*  
*é tome, D. Marcos, eso.*"  
¡Santa palabra! A la vista  
del oro se obró el portento  
de curar de la sordera  
aquel solapado viejo:  
levantóse el buen D. Marcos  
y con los brazos abiertos



se fué al pobre fugitivo  
estrechándolo con ellos  
y exclamando alegremente,  
segun consta en documentos:  
”*¡Acabára, Peberelly*  
*de mi alma!... intendo, intendo:*  
*¡Un pasaporto!... Capisco*  
*súbito... all'ora... al momento*  
*io sono qui per servirla...*  
Deja la escoba, gallego,  
vé á *cercar* al *cancelliere*  
é que venga aquí *coriendo*  
*che al mio amico Peberelly*  
*bisogna* dejar contento.”

---



## LOS ÚLTIMOS MOMENTOS.

Fué, una vez, el Padre Cañas,  
fraile exclaustro francisco,  
muy semejante á una idem  
de aquellas de su apellido,  
en lo largo, lo derecho,  
en lo seco y lo amarillo,  
á confesar un gitano  
conocido por *Josico*,  
que vivia en una calle  
de las de frente al Presidio,  
que estaba en trance de muerte  
con un fuerte tabardillo.  
Encontrólo el religioso  
en un camastro metido  
con la cara á la pared  
lanzando tristes suspiros,  
más tieso que una berlinga  
y todo convulso y frio.  
"Deo gratias, dijo al entrar;  
vamos, ánimo, hermanito,  
que aquí le traigo consuelos  
por si quiere recibirlos."



Mas el mísero gitano,  
 en su horrible paroxismo,  
 de aquella salutacion  
 hizo el pobre, caso omiso.

”Vuélvase, hermano, á este lado”  
 añadió el fraile francisco:  
 y el gitano muy inmóvil  
 desoyendo tal aviso.

Viendo aquello su muger  
 y que su infeliz marido  
 no hacia cuenta para nada  
 de lo que el padre bendito  
 le decia, muy llorosa  
 con semblante conmovido  
 y haciendo mil aspavientos,  
 dicen autores, que dijo:

”¿Osté quiere, *pae cura*,  
 que yó llame *ar probecillo*  
 y verá como responde  
 y se *güerve* de seguío?”

”Sí hija mia, lo deseo;  
 que para eso he venido.”

”*Pus catelo osté seño:*  
*güerve* la cara, *Curriyo*,  
 que vas á ver á la muerte,  
 antes de morirte, hijo.”



## EL PAJARITO.

Se refiere de un sugeto  
que ocupó una dignidad,  
tan elevada y conspícua  
en aquesta capital,  
que no me atrevo, lector,  
hablándote en puridad,  
pues la franqueza es mi norte  
y no quiero abandonar  
las estrechísimas sendas  
de esta virtud sin igual,  
hacer de su ilustre nombre  
pasto á tu curiosidad:  
por lo cual te pido humilde  
perdon amplio y general;  
además que de esta falta  
yo te pienso subsanar  
con señas tan bien sacadas,  
tomadas del natural,  
que te estén diciendo, á voces,  
á quién quise retratar:  
pero su nombre. . . . ¡Eso nó!  
no me lo pidas jamás:



pregúntaselo á cualquiera,  
natural de esta ciudad,  
que tú calcules que haya  
cumplido ya el *tercer ta*  
y demos principio al cuento  
que de exordio basta yá.  
Fué el sugeto yá indicado  
un modelo de humildad,  
varon santo y piadoso,  
generoso sin igual,  
llano, sencillo y afable,  
ardiente en la caridad:  
pero tuvo la desgracia  
de dar tanto en engordar,  
que llegó á tan triste extremo  
de una fiera obesidad,  
que era con piernas y vida  
el peñon de Gibraltar.  
Baste decir que ya en Cádiz  
ni por nombre ó dignidad  
era el hombre designado,  
ni otras señas daban ya  
de tan infeliz sugeto,  
por la gentuza locuaz,  
segun dicen las historias  
que pronto la luz verán,  
que "el señor.... (lo dicho) *gordo*"  
y sobraba lo demás.  
Aumentaba esta irrupcion  
de polisarcia fatal



de que se veía atacado,  
la acción viva y eficaz  
de una canina tan fiera,  
que no había en Cádiz pan,  
carne de vaca y pescado  
par hacerla mitigar.

Siguiendo de esta pendiente  
el camino, llegó á tal  
estado, que los doctores  
lo mandaron preparar,  
pues no daban por su vida  
la valía de un real.

”Ay, doctor, exclamó un día  
en que aquella enfermedad  
le concedía un momento  
en que poder respirar:  
¿por qué no me manda algo  
que comer? ”Ya se andará”  
el médico replicó  
con bastante sequedad.

”Mire usted que me desmayo:  
y yo creo que mi mal  
no reconoce más causa  
que mucha debilidad.”

”Pues le otorgo mi licencia:  
pero así.... sin ejemplar,  
de que coma un pajarito.”

”¿Y nada más?” ”Nada más.”  
Marchóse nuestro doctor,  
y el enfermo hizo llamar



en seguida, al mayordomo,  
y le dijo: "mira Juan,  
vé al instante á la cocina,  
que tengo licencia ya  
de comerme un pajarito,  
y tráeme, sin tardar,  
un pavo." "Pero señor,  
eso es una atrocidad."  
"Haz, hijo, lo que te mando  
y no me hagas aguardar."  
Comióse el enfermo el pavo,  
y es fama, en esta ciudad,  
que estaba al siguiente día  
libre de molestias ya,  
gozando de las delicias  
de la mansion celestial.

---



## EL LAUDO COMPROMISARIO.

~~~~~  
o

Cuando Cádiz era Cádiz,  
es decir que á la de hoy  
se parecia lo mismo  
que una naranja á un melon,  
un inglés á un hotentote,  
oro fino al similor,  
la salud á unas tercianas,  
un perro chico á un doblon;  
allá por el año veinte,  
si equivocado no estoy,  
fué elegido en un litigio,  
de gran consideracion  
que entre dos acaudalados  
comerciantes estalló,  
otro idem, por las partes,  
árbitro componedor,  
á fin de que dirimiese  
con su mucha ilustracion  
amigablemente aquella  
diferencia de los dos,  
sin que el asunto pasase  
á las vias del feroz  
papel sellado, peligro  
de que huian con razon  
ambas partes contendientes,



por razones de que yo  
creo excusado hacer presente,  
porque bien sabidas son;  
mútuamente conviniendo,  
dando palabra de honor  
de estar en todo conformes  
sin más ulterior cuestion  
con el laudo que dictase  
tan competente señor.

El árbitro que era un hombre  
que gozaba buena pró,  
cachazudo en demasía,  
genovés en conclusion,  
sin hacerse de rogar  
la comision aceptó,  
muy contento de poder  
servir en tal ocasion  
á dos amigos tan grandes  
en conflicto tan atroz:  
pidió los antecedentes  
y á su casa los llevó  
para estudiar, segun dijo,  
bien á fondo la cuestion.  
Así pasó mucho tiempo  
y el grave componedor  
á pesar que al blando lecho  
se recogia con sol  
leyendo los documentos  
para formar su opinion,  
nunca pudo el pobre hombre,  
por más que se desveló  
redactarla por escrito  
ni fundarla á su sabor:



así el plazo para darla  
 de tal guisa trascurrió  
 sin haberse dado el laudo  
 fiado á su discrecion:  
 y cuando los litigantes,  
 tal como se estipuló,  
 fueron al treinteno dia  
 á saber su decision,  
 con tono muy reposado,  
 dirigiéndose á los dos,  
 pronunció este veredicto,  
 que honrar pudo á Salomon:  
 "Io ho visto tutto lo scritto  
 é asicuro per quien soy  
 que non puedo decir sí....  
 ma tampoco digo nó....  
 Io digo, tan solamente,  
 lu que sia de razon....  
 Si ustedes están conformes  
 este pleito se acabó."

Yo tengo por excusado  
 manifestar al lector  
 que con tan sábia sentencia  
 la litis no concluyó;  
 y aquel pleito endemoniado,  
 con tenacidad feroz,  
 á pesar del veredicto  
 de tan sesudo señor  
 por todos los tribunales  
 tales trámites siguió,  
 que llegó hasta nuestros dias  
 sin hallar composicion.



## LA VARA DE PUNTILLA.

Se cuenta de una individua,  
 que hace yá bastantes años,  
 por órden de una señora  
 fué á comprar varios encargos,  
 á las tiendas, no recuerdo  
 si de costura ó bordados;  
 lo que sé que uno de ellos,  
 si no mienten buenos datos  
 era una linda puntilla,  
 para lo cual un pedazo  
 como de muestra llevaba  
 con su precio señalado.  
 Evacuó la comision  
 si los datos indicados  
 son cual debo suponerlos,  
 muy verídicos y exactos,  
 en la tienda del *Buen mozo*,  
 un señor muy afamado  
 que en la esquina de las calles  
 del Baluarte y Rosario  
 poseia un buen refino,  
 surtido y acreditado,  
 resultando lo siguiente,  
 segun su propio relato:  
 "La puntilla que usted quiere,  
 la encontré: mas no la traigo:  
 porque no la quieren dar  
 un real ménos de tres cuartos.



## LAS NATILLAS.

Hubo há tiempo un escribano  
que aquí gozó grande fama,  
por múltiples y complexas  
y pasmosas circunstancias,  
que no pienso enumerar,  
porque al cuento no hacen falta;  
solo diré que era chato,  
que tenia mucha panza,  
y en extremo aficionado  
á las bromas y á las gracias,  
á pesar de su barriga,  
de sus años y sus canas.  
Y para que los lectores  
no se den calabazadas  
discurriendo quién seria,  
les diré que se llamaba  
nuestro sugeto, Don Juan  
(por supuesto en confianza  
y de guardar el secreto  
dándome ustedes palabra:)  
Nepomuceno Fernandez,  
y otras yerbas y otras plantas  
que no se dan en el campo,  
con las cuales sobra y basta



para que todos recuerden  
al héroe de esta jornada;  
cuya memoria respeto  
y pido á Dios por su alma,  
que fuimos algo parientes  
y la caridad lo manda:  
entremos pues, en materia,  
que ya de introitos basta.  
Fué, una vez, este señor  
á saludar una dama,  
de esas señoras antiguas  
muy mujeres de su casa,  
de las que gastan rapé,  
zapatos de orillo, gafas,  
ridículo y papalina,  
cocinan, planchan y lavan  
y tienen mil formularios  
para frituras y salsas,  
y recetas admirables  
para curar almorranas,  
achocaduras, lombrices,  
dolor de muelas y ahijada,  
y hacen veces de matronas,  
y saben cuanto se habla  
en toda la vecindad,  
y son partes obligadas  
en duelos y desposorios,  
bautismos y zarabandas,  
novenarios, misas nuevas,  
días, pésames y pascuas,



procesiones y visitas,  
y las demás zarandajas  
de este linage, que exige  
la casera diplomacia  
del siglo de las pelucas,  
las peinetas y las capas,  
hoy, no sé si por fortuna  
ó desgracia, adulterada:  
fué, repito, este señor  
á saludar á tal dama  
en un dia de su santo,  
y la encontró atareada,  
en la cocina, batiendo  
con una hermosa cuchara  
de madera, unas natillas  
que, para postres, pensaba  
presentar aquella tarde  
á la gente convidada,  
que eran todos los vecinos  
de las casas inmediatas.  
"Ola, mi señor don Juan:  
dijo al verlo nuestra dama,  
mire usted como me encuentra;  
pero al fin, como es de casa,  
me sabrá disimular  
si nó lo llevo á la sala....  
Yo quisiera concluir  
esta golosina, y.... Vaya,  
usted nos hará el honor  
de acompañarnos, sin falta



esta tarde. ¿No es verdad?  
 Ya verá como le agrada  
 este plato de natillas:  
 le cojo á usted la palabra.”  
 Nuestro don Juan, que entretanto  
 á la señora miraba  
 de hito en hito, habia observado,  
 disimulando las bascas,  
 una gotita de moco  
 y tabaco que colgaba  
 de la nariz cavernosa  
 de la tabacosa dama,  
 amenazando caer  
 en las natillas malvadas;  
 sin saber qué responder,  
 estaba como una estatua,  
 discurriendo el mejor modo  
 y la manera adecuada  
 de librarse del convite  
 que feroz le amenazaba.  
 ”Vamos, diga usted que sí;  
 verá como se regala,  
 que están hechas las natillas  
 con leche pura de cabras.  
 ¿Vendrá usted, don Juan? Señora,  
 le contestó el de la panza,  
 sin quitar su absorta vista  
 de aquella gota tirana:  
 eso de venir.... veremos....  
 quiero decir.... *segun caiga.*”



## LOS PASTELEROS.

Despues de haber conducido  
á la fosa, como buenos,  
el cuerpo de Pepe Plepas,  
distinguido *pastelero*  
de estas playas, que murió  
de cierto atracon de hierro  
que le aplicó, á mano airada,  
su compadre Juan el Perro,  
celebrando están sus honras  
sus antiguos compañeros,  
con *culitos de mayorca*  
en la tienda de Mateo,  
mezclando sus alabanzas  
con sorbos y con regüeldos.  
Allí está la flor y nata  
de estos mozos beneméritos,  
Currillo el de la Caleta,  
de *tomadores* espejo,  
el Mellizo, el Colorao,  
Juan Saliva, el Sanluqueño,  
Pepe Buche, el Gusarapo  
y *Grabiél* el Buñolero,  
y el Nestor de la reunion  
Diego Pichoco el del Puerto,



anciano muy respetable  
de experiencia y canas lleno,  
que por sus muchas campañas,  
*afanos y pasteleos*,  
era el hombre de consulta  
en los apuros, del gremio.

No faltan tambien matronas  
que honraran allí su sexo,  
pues lo ménos habia cuatro  
de esas de rostro moreno,  
castaña sobre el cogote,  
lunares grandes con pelos  
á manera de mostachos,  
y el pañolon por el cuello;  
alternando con el vaso,  
los cigarros y los ternos,  
con aquellos mozos *cruos*  
sus amantes y cortejos.  
Pero oigamos lo que hablan  
que ya es tiempo de saberlo.

¡Es mentira! dijo uno  
por los dientes escupiando  
de *chirrete*, cual se usa  
entre los *callejoleros*  
de la Isla de Leon;  
¡no *havia* en *er* mundo entero  
hombre más *habilioso*  
en *er* *negosio* que *er* muerto!  
Y merece, por mi *via*,  
*er patoso* é Juan *er* Perro



que es más malo y más cobarde  
 que una mona, que le demos  
 por haberlo *mulabao*  
 lo que se llama *pa er pelo*.

¿No oyes tú, Buche? exclamó  
 solemnemente el tío Diego;  
 no te metas en honduras.

¿Por qué me dice *osté* eso,  
*señó* Pichoco? Si yo....

Ya te *icho* que silencio:  
 conque basta de belenes....  
 Naide en *Cais, cabayeros,*  
*ma ganao á celebrá,*  
 como se merece *ar* muerto,  
*poique sabe to er mundo*  
 que yo lo crié á mis pechos....  
 (y *asin* salió *er probesiyo*  
 que era más fino *quer* viento)  
 y *toas* cuantas *hombraas*  
*er difunto* llevó á *efeuto,*  
 sin que *fartara* una sola  
 se las enseñé yó *mesmo:*  
 pero esto no *tié* que ver  
 con venirse con mareos;  
 y *er queré* meté la pata  
 es salirse fuera *er tiesto.*  
 ¿Qué *manitú* tienes tú  
 en los asuntos *agenos*  
 y más cuando ya te *costa*  
 que es un *barbian* Juan *er Perro?*



Yo no lo *ije pa ofensa*,  
la *verdá*, de ese sugeto:  
pero señó, he sentio . . . .

¡Que te calles, *majaero*!  
¡Digo, y en buena ocasion  
te vienes, niño, con eso;  
¡cuando *estamo ajogándonos*  
casi casi con un pelo!

¡Vaya, que está *osté sembrao*  
esta noche señó Diego!  
exclamó una de las damas  
de aquel ilustre congreso.

*Pus* no es más que la verdad;  
y sabedlo, compañeros,  
que está la corporacion  
largando el *úrtimo* aliento  
*po farta* de gente lista  
en *er tragin*.

Señó Diego,  
aun hay aquí quien trabaja  
como *er mejó*.

Calla necio:  
que no sabes lo que *ices*:  
dime si nó, *prosupuesto*  
sea dicho sin *alabancia*  
*pus* voy á *hablá* de mí *mezmo*;  
¿hay arguno que hoy en dia,  
tenga tanto entendimiento  
que invente lo que he inventao,  
*asin cuar* me veis tan viejo?



¡Que lo *iga*: que lo *iga*!  
 con un vocejon tremendo  
 dijo otra ilustre doncella  
 despues de dar un bostezo  
 esperezando los brazos  
 que á poco, dan en el techo.

Vaya un buche y venga *d'ahí*  
 que ya oimos, padre *agüelo*;  
 añadió otra señorita.

Voy *ar* punto á complaceros:  
 pero *convíanos* antes  
 que tengo *er* gaznate seco.

Vino luego el aguardiente  
 y en seguida que bebieron  
 comenzó su relacion  
 de este modo señó Diego.

Habeis *de sabé*, señores,  
 dijo el orador tosiendo,  
 y largando un *ostion*  
 en medio del santo suelo,  
 que cuando vino á embarcarse  
 hace ya bastante tiempo,  
*aquer* batallon famoso,  
 que daba gusto de verlo,  
 de voluntarios de Prim  
 de catalanes compuesto,  
*pa* la Habana; como era  
*too* de gente de dinero,  
 que marchaban *po* su gusto,  
 y venia tan completo. . . .



yo me *ige ijole ice*  
 aquí hay fango de lo *güeno*;  
 conque vamo á *pensá*  
 cómo *cogeremo er sebo*,  
 que si pierdo esta *collaa*  
 sabe Dios que está en los cielos  
 si nos veremos en otra;  
 conque á *pensá señó Diego*.  
 Y estuve piensa que piensa  
 discurriendo un modo nuevo  
 de *podé pasteledá*  
 libre de *cacho* y sin riesgo;  
 que estaba la policía  
 que se bebia los vientos  
 y llevándose á la *preve*,  
 sin compasion ni respeto  
 hasta *er gayo*; y además  
 habia cuatro sargentos  
 que andaban *descompadraos*  
 conmigo, por un *camelo*  
 que les largué, y se habian *dío*  
 los *mu pillos ar berreo*.  
 Como eran cuenta *esplotaa*  
 todos los *camaraneos*  
*der juego de las tres cartas*,  
 los *breses* y los *armuerzos*  
 con *er precio convenío*  
*pa hacé luego er regateo*  
 y lo *demá* que sabeis  
 que se cae ya de viejo;



como son los *organillo*,  
 los baules y *er* paseo  
*pa propocionales* fonda  
 y las letras *pa* su pueblo  
 y las *demá* menudencias  
 con sus *timo* y sus *queos*;  
 era, *ar fin sa menester*  
 cosas de *ma güen* provecho  
 nunca vistas ni probadas  
 por estas tierras *ar meno*,  
 á fin de que la corchuela  
 se *jundiera* y que el anzuelo  
 se tragaran los *sordaos*  
 y pescara yo *er* dinero;  
 y me salí con la mia,  
*pus* cavilé *aquer* invento,  
 de que se ocupó *to Cais*,  
 de las gafas *par* mareo.

¿Y qué gafas fueron esas?  
 le preguntó el Buñolero.

Unas gafas que yo *jice*  
 con los cristales de un cierro  
 de una casa que se hundió  
 en la calle de Flamencos,  
 de que yó *trinqué* una puerta  
 y la escondí en *ca der* Meto,  
 y les puse *po armazon*  
*pa* que *tó* fuese *perfeuto*,  
 unos aros *mu* bonitos  
 que me *jizo* Juan *er* Clueco



*der metá* de unos *quinqueses*  
 que se vendieron *ar* peso,  
 por más seña que corrí  
 la romana con los *deos*  
 y le *ñapé ar vendeor*  
*cinco ó sei* libras de esceso.

Y cuando estuvieron *lista*  
 se las vendí con salero  
 y muchísima parola  
 á los *peazo e* mostrencos  
 de los *jundos* que creían  
 que con *aquer* adefesio  
 no se iban á *mareá*  
 por esos mares *adrento*.

Y *er* dia que se embarcaron  
 era una risa de *verlo*  
*estivaos* en *er* bote  
 con los *anteojo* puestos  
*mu creios* los pobretes  
 que se libraban con eso  
 de *echá* los *gofes* y el *arma*  
 y hasta *der gómite* negro.

¡Vivan los viejos con gracia!  
 dijo el Mellizo riendo:  
 y diga osté *der chapuz*  
 ¿cuánto sacó, *pare agüelo?*

Lo *meno* sesenta *duro*:  
 y *cu diao* que no miento,  
 que vendí *too el surtio*,  
 y si más hubiera hecho



hubiera *vendío* más;  
 que el *negosio* fué tan *güeno*  
 que hasta *er Pare* Capellan  
 me dió por una tres pesos;  
 y *er mu* tonto queria más,  
 sin duda que estaba lelo.

Pero en esto entró Rebollo  
 seguido de sus sabuesos,  
 es decir, los vigilantes  
 del benemérito cuerpo  
 de órden público, que estaban  
 esta relacion oyendo  
 ocultos tras de la puerta,  
 y amarrando, en un momento,  
 sin distincion de personas  
 á damas y caballeros,  
 á la cárcel de seguida  
 á todos se llevó presos.

.....

.....

Ahora, lector complaciente,  
 te diré, con gran respeto,  
 que si al llegar hasta aquí  
 censuras, como sospecho,  
 de villano, en demasía,  
 este humildísimo cuento;  
 y juzgas que su lectura  
 puede destemplan los nervios  
 de toda persona culta  
 por lo especial de su género,



su lenguaje tabernario  
 y sus términos flamencos,  
 y sus héroes de presidio  
 y su estilo asaz grosero  
 y su corte chavacano;  
 yo todo te lo concedo:  
 pero has de saber, lector,  
 que si yó pequé por esto,  
 fué solo porque tomé  
 de algunos el mal ejemplo;  
 que, segun tengo entendido,  
 en lenguaje *rufianesco*  
 escribió muchos romances  
 Don Francisco de Quevedo,  
 y tambien el grave Góngora  
 no se desdeñó de ellos,  
 aunque, lector discretísimo,  
 bien sabes tú que era clérigo.  
 Si los Príncipes preclaros  
 del Parnaso, hicieron esto;  
 ¿qué tiene de reprehensible  
 el que yó, pobre pigmeo,  
 por esa atmósfera densa  
 extienda mi torpe vuelo,  
 si llegar hasta Helicon  
 por más que quiero no puedo?  
 No sigo, lector benigno:  
 porque ya en tu rostro veo  
 que lo dicho basta y sobra  
 para disculpa á mi yerro.



## EL BANCO DE TERRANOVA.

Segun papeles viejísimos  
y por datos biográficos,  
se sabe que en esta ínsula  
hubo un corredor muy cándido,  
que sin llegar á lo estólido  
pasaba de lo gznápiro;  
pues el hombre era tan crédulo  
y de criterio tan pánfilo,  
que creia que á lo hipógrifo  
pudieran volar los cuártagos,  
y otras sandeces análogas  
muestra de su ingenio apático:  
Dicen, que con priesa insólita,  
llamólo á su casa, un sábado,  
un comerciante riquísimo,  
muy amigo del escándalo  
y á las bromas pesadísimas  
en su período más álgido:  
por cuya razon los códices  
son de opinion que en el báratro,  
de Mercurio el tal discípulo,  
debe estar ahora pagándolo.  
Comision sigilosísima,



de grave asunto metálico  
comunicóle lacónico  
con mucha premura instándolo,  
á que evacuarla solícito  
nuestro corredor escuálido  
saliera, sin poner óbice  
en el término más rápido;  
pues eran momentos críticos  
y en el mundo burocrático  
existían deseos mayúsculos  
de pescar premio tan máximo.  
Y era, lector queridísimo,  
el negocio que aquel vándalo  
le propuso al pobre mísero  
(¡qué perversidad de ánimo!)  
que le comprase unas pólizas  
y unos créditos, (¡qué bárbaro!)  
del banco (¡oh maldad crasísima  
de aquel poderoso zángano!),  
de Terranova. Y unánimes  
dicen los contemporáneos,  
que aquel corredor estúpido,  
tragándose hasta los hálitos,  
estuvo más de una hebdómada  
por todo Cádiz buscándolos.



## TRADUCCION LITERAL.

Habeis de saber, lectores,  
que, en época no reciente,  
hubo aquí unas elecciones  
que se hicieron harto célebres  
por lo reñidas que fueron,  
lo empeñadas y candentes:  
era ya el último día,  
y como sucede siempre,  
estaban de cabildeos  
los muñidores y jefes  
rebuscando por las listas  
enfermos, muertos y ausentes  
á fin de hacerlos votar  
largando gato por liebre;  
que en casos tan apretados  
esto es asunto corriente;  
cuando vieron que en la calle  
de San Juan, número nueve,  
ó diez ó doce, que el número  
no lo tengo muy presente,  
vivía ciertó elector  
llamado don Juan Gutierrez,  
que usado no habia el derecho  
de votar, é incontinenti  
fueron por él, en un coche,



para que al punto lo hiciese,  
 dos electores, muy listos  
 en estos tejes-manejes:  
 preguntaron en la casa:  
 pero todo inútilmente  
 que allí nadie conocia  
 á semejante Gutierrez;  
 no viviendo más que un Juan,  
 hacia lo más diez meses,  
 llamado *Guepinoviche*,  
 sillero, precisamente,  
 de manos y colchonero,  
 y si los datos no mienten  
 genovés y muy pesado,  
 cual lo son generalmente  
 todos los de su nacion,  
 con excepciones muy leves.  
 Viendo esto los electores  
 y que la cosa era urgente,  
 sin encomendarse á Dios,  
 lo llamaron diligentes  
 y le hablaron de este modo:  
 —"Hola, señor de Gutierrez."  
 —"*Io sono* Guepinoviche  
 é muy servidor de ustedes."  
 —Es lo mismo, caballero:  
 Guepinoviche es Gutierrez  
 al idioma castellano  
 traducido exactamente."  
 —"*Sará: ma non* lo sabia....  
 ¿é a *ustedes* qué se le ofrece?"  
 —"¿Usted será liberal?"  
 —"Mucho." —"¿Bien: perfectamente!



¿entonces, sin duda alguna,  
amigo D. Juan Gutierrez,  
querrá votar con nosotros  
como es cosa consiguiente?"

—"Votaré si *tu* desean."

—"Pues venga sin detenerse."

Lo metieron en un coche  
y marcharon, advirtiéndole,  
por el camino, que al dar  
su nombre, que no dijese  
por nada Guepinoviche  
y sí, tan solo, Gutierrez.

Hízolo así nuestro hombre,  
cumpliendo perfectamente,  
y votó, cual si tal cosa,  
sin que nadie se opusiese.

Y es fama, que al regresar  
á su casa, el muy pobrete  
tomándolo por lo sério,  
decia muy formalmente:

—"¡*Cuaranta* año llevo en *Cadi*  
sin que caer *io* pudiese  
que eran una cosa misma  
Guepinoviche é Gutierrez!"

Que es excusado lectores  
el deciros me parece  
que al salir el genovés  
buscó el coche inútilmente.



## L A L L A V E .

En una noche de Enero,  
por demás fría y oscura,  
en que la lluvia á torrentes  
caía, con fuerza suma;  
iba haciendo equis y eses,  
carreteando una *juma*,  
el famoso tío Carando  
más borracho que una uva.  
A fuerza de resbalones,  
tropiezos, paradas muchas,  
palabras entrecortadas,  
echar por la boca espuma,  
eruptos, interjecciones,  
pesadeces y tontunas,  
que forman el repertorio  
obligado de una *turca*;  
pudo llegar nuestro hombre  
de su barrio en las alturas:  
una vez que hubo topado  
con su mísera casucha,  
que era una pobre accesoria  
en extremo chica y sucia  
*circum-circa* del presidio,



principió busca que busca  
 por faltriqueras y faja,  
 la más empeñada lucha  
 en demanda de la llave  
 de aquella vivienda inmunda;  
 encontróla, al fin y al cabo,  
 y aquí comienza otra pugna  
 porque mi hombre no acierta,  
 por más que se afana y suda,  
 por el ojo de la llave  
 meterla en la cerradura.

Un vecino, que hacia rato  
 lo miraba, con *gran chungu*  
 le dijo, al ver sus esfuerzos:  
 "Compadre: se me figura  
 que viene usted muy borracho."  
 "No levante *osté* calumnias:  
 ¿borracho yó? cuando estoy  
 más fresco que una lechuga,  
 y podía comulgar  
 por estar casi en ayunas!"  
 "¿Pues entonces, tío Carando,  
 á qué viene esa trifulca....  
 sin atinar á meter....?"  
 "¿No comprendes, *cara é arcuza*,  
 que esta llave *mardecia*  
 se ha *jinchao* con la lluvia  
 y por más que la *arrempujo*  
 no cabe en la *cerraura*?"



## LA SOTA DE ESPADAS.

Cuando Cádiz solamente  
podía llamarse España,  
pues el puente de Zuazo  
era la raya de Francia,  
según dicen que decía  
*el calesero de marras*;  
gran número de familias,  
fugitivas de las armas  
del primer Napoleón,  
buscaron en las murallas  
de la "perla de los mares"  
ó la "tacita de plata"  
como por aquel entonces  
á Cádiz se le nombraba,  
un asilo poderoso  
contra las potentes alas  
de las águilas francesas  
que por doquier dominaban.  
Entre las muchas personas  
que vinieron, con tal causa,  
se cuenta de una señora  
natural de Tacotalpa,  
persona muy religiosa,



de costumbres arregladas,  
viuda de un brigadier,  
muy bizarro, de la armada,  
que halló una gloriosa muerte  
en el canal de Bahama  
peleando por su rey,  
por su Dios y por su patria,  
mujer de trato muy fino,  
llena de hermosura y gracia  
y rellena de dinero,  
segun era voz y fama:  
pero tenia el defecto....  
(¡quién se vé libre de faltas!)  
de estar por el feo vicio  
de los naipes dominada,  
circunstancia asaz sensible  
que mucho la rebajaba.  
Se refiere que una noche  
que recibia en su casa,  
en la esquina de las calles  
de San José y de la Zanja,  
á numerosos amigos  
que sus salones poblaban,  
y que segun la costumbre,  
en ella ya inveterada  
de *verlas venir*, ponía,  
quiero decir *apuntaba*,  
con alegre complacencia,  
en una muy fuerte banca  
que constante á toda hora



en su casa funcionaba;  
sobrevino una tormenta  
de furia tamaña y tanta,  
que parecía que los cielos  
con fragor se desplomaban:  
Sucedíanse los truenos  
unos á otros con tal saña,  
que un momento de reposo  
casi casi no se daban.

Nuestra heroína, que era  
miedosa, al fin, como dama,  
y tenía á las tormentas,  
terror pánico, asustada  
corre á la inmediata alcoba,  
se abalanza á una camándula  
que, junto á la cabecera,  
tenía siempre de la cama,  
con varios libros devotos,  
reliquias y cosas santas,  
y enciende luego una vela  
á un cuadro de Santa Bárbara,  
pidiendo muy fervorosa  
á la patrona sagrada  
contra rayos y tormentas,  
que acabase la borrasca  
y la librara del susto  
de tempestad tan malvada.  
Pero como su pasión  
por las cartas, era tanta,  
y una puesta muy cuantiosa



al huir dejó apuntada,  
ni rezaba buenamente  
ni volver al juego osaba,  
que entre el miedo de los truenos  
y su amor á la baraja,  
y su respeto á los santos  
confusa y perpleja andaba:  
así, pues, dice un testigo,  
que medio en pié, medio hincada,  
en el quicio de la puerta,  
de esta manera rezaba:  
"¡Dios te salve reina y madre...!  
¿ha venido la cargada?  
madre de misericordia....  
¡esa sota cuánto tarda!  
vida y dulzura.... ¿y la sota?  
en este valle de lágrimas....  
y muéstranos á Jesús....  
¡gané.... la sota de espadas!"

---



## EL ALQUILER DEL CUARTO.

Lo que voy á referir  
pasó en Cádiz por los años  
de mil ochocientos treinta,  
si es verdadero el relato  
que del suceso me ha hecho  
un caballero, ya anciano,  
que vive y bebe actualmente  
y que conoció de trato  
á la heroína de este cuento,  
que fué una moza de encargo.  
Arrendó la Josefina,  
que era el nombre de este encanto,  
*flamenca* de pura raza,  
la más *barbiana* del *gao*,  
con más quilates que el oro  
y más sal que San Fernando  
y una lenguita sin pelos...  
un cuarto desalquilado,  
de una casa situada  
frente al arco de los Blancos.  
Súpolo una amiga suya  
que vivía más abajo,  
y enseguida fué á decirle



que habia muerto allí, un soldado  
ético, no hacia dos meses;  
razon por lo que en el barrio  
no habia persona alguna,  
aunque fuera de regalo,  
que se amoldara á vivir  
en aquel cuarto apestado:  
saberlo la Josefina  
y en seguida irse volando  
en demanda del casero  
para deshacer el trato,  
fué cosa de dos minutos.

”No oye *osté*, tío Mariano?  
le dijo muy sofocada  
al punto de haber llegado.  
El *alquiler* de la *alcova*  
es negocio *esbaratao*.”

”¿Se puede saber por qué?  
le preguntó con agrado  
el casero, que era un viejo  
de más de setenta años.”

”Pues es nada lo del ojo,  
¿se ha pensado *osté*, cristiano,  
que me iba yo á meter  
*aonde* dicen que ha *espichao*  
un *probecito* de un ético  
no hace dos meses! ¡Canario,  
ni que yo estuviera loca!  
¡Lo que es eso ni pensarlo!”  
”Pues si no hay otro motivo



para romper el contrato,  
puede usted, cara de rosa,  
dejar el temor á un lado,  
desechar las aprensiones  
y mitigar vuestro asco;  
que ese cuarto, reina mia,  
está más que ventilado,  
y además, por precaucion  
he mandado ya picarlo.”  
”Pues yo, dijo la flamenca  
fin á la plática dando,  
aunque lo banderilleen  
no me *queo* con el cuarto.

---



## EL FONDO DEL MAR.

Me consta de buena tinta,  
por preciosos documentos  
que hoy obran en mi poder  
por voluntad de su dueño,  
y que, según mis noticias,  
allá en un principio fueron  
del célebre "chato Bosi,"  
aquel consueta tan feo  
que apuntaba en el Balon  
á las *hermanas Cantero*,  
á Zafrané, Sarramian,  
Bireli, Sopera, Vechio,  
Carrillo, Bernabé, Lara,  
Barreda, Brotons y Prieto,  
Vigo, Carrasco, Mendoza  
y otros artistas no menos  
afamados y de punta  
que las delicias hicieron  
del público gaditano  
cuando mandaba Espartero,  
y hoy por desgracia del arte  
están en el cementerio  
la mitad, seguramente,



ó tercera parte de ellos:  
juntólos el dicho *Bosi*,  
con solicitud y esmero,  
y en su desgraciada muerte  
se los legó, en testamento,  
á *Solis el sastre*; aquel  
tipo, patron, y modelo  
de empresarios distinguidos  
que fué por tantos conceptos  
en Cádiz tan renombrado  
el cual por fallecimiento  
los dejó en fideicomiso  
al famoso *Pepe Fierro*,  
que en paz descansa tambien,  
visco de sumo gracejo  
representante que fué  
en el viejo coliseo  
de muchísimas empresas,  
hasta que el teatro nuevo  
vino al mundo para herirlo  
mortalmente en sus afectos;  
viniendo luego á poder,  
cuando murió este sugeto,  
de pena al considerar  
al Principal tan desierto,  
á las manos de Natera,  
apuntador de los buenos  
y de este al buen *don Roque*  
aquel célebre portero  
de sin igual estatura



á quien todos conocemos,  
 el cual, un dia de levante,  
 me han dicho, los vendió al peso,  
 segun datos fidedignos,  
 á *Cos* el almacenero,  
 de la esquina de las calles  
 de la Torre y Sacramento.  
 Dicen, pues, estos papeles,  
 que viniendo de regreso  
 á Cadiz, desde Canarias,  
 en un riguroso invierno  
 año de cincuenta y cinco,  
 poco más ó poco ménos,  
 en el místico *Buen Mozo*,  
 barco excelente en extremo  
 que mandó Don Blas Horozco,  
 y hacía veces de correo  
 entre España y dichas Islas,  
 una compañía de verso,  
 con su seccion coreográfica,  
 ó más claro, de boleros,  
 compuesta de la *Guillen*,  
 la *Capineti*, el *Velero*,  
 la *Zapato blanco*, *Sanchez*,  
 la *Naranjo*, la *Cabello*,  
 el *Teté*, *Petaca*, *Lara*  
 y *Jalpon* ó *Montenegro*,  
 lector querido, que así  
 te es más fácil y hacedero  
 conocer sin vacilar





al zanquilargo mancebo  
que llevaba este apellido,  
hombre que medía tres metros  
sin que haya exageracion,  
hijo de aquel carpintero  
que fué de la *Tia Norica*  
director, actor y dueño,  
con lo cual te basta y sobra  
para poder conocerlo  
si fuiste, como no dudo,  
allá en tus años primeros  
con tu mamá y hermanitos,  
la niñera ó el gallego  
á gozar con los primores  
y los chistes y conceptos  
del tío Isasio, Cucharón  
y los hidráulicos fuegos,  
las astucias de Luzbel,  
el toro y el testamento,  
la adoracion de los reyes  
y los demás pasatiempos  
variados é ingeniosos  
del *difunto nacimiento*,  
hoy trocado en casa nueva,  
almacen de loza ó huevos,  
sastrería ó qué sé yo....  
que esto importa poco al cuento.  
Pues como digo, el viaje  
era en medio del invierno,  
y como cosa corriente



les cogió un furioso tiempo,  
una tempestad deshecha  
por esos mares adentro,  
que si dura un poco más  
y no amaina el recio viento,  
el *Buen Mozo*, el capitan,  
cómicos y marineros  
en lo profundo del mar  
iban á dar sin remedio,  
sin dejar señal ni rastro,  
en el líquido elemento,  
de aquel fin tan desastroso  
que les deparaba el cielo.  
Dejo á juicio del lector  
considerar los horrendos  
instantes, que pasarian  
con temporal tan tremendo  
los infelices artistas,  
en tan críticos momentos,  
viendo la muerte tan cerca  
y la salvacion tan léjos.  
Sólo, en tal tribulacion,  
se conservaba sereno  
sin dar señal en su rostro,  
de abrigar pena ni miedo  
el larguirucho *Jalpon*,  
que tranquilo y sonriendo  
dominaba aquella escena  
de angustias y sufrimientos,  
de terror y de agonía,



con su larguísimo cuerpo  
 paseando en la cubierta  
 y contemplando el suceso  
 cual si estuviese bailando  
*la guaracha ó el bolero*  
 en un beneficio suyo  
 con el teatro repleto.

.....

.....

.....

Rendido que fué el viaje,  
 pasado que fué el aprieto,  
 despues de pisar la tierra,  
 cuando alegres y contentos  
 en Cádiz, al verse libres  
 de los ya pasados riesgos,  
 contaban á sus amigos  
 de aquellos tristes momentos  
 pormenores y detalles;  
 me consta que uno de ellos,  
 tomando café una tarde  
 en el idem del *Correo*,  
 ante un apiñado corro  
 de cómicos y toreros,  
 milicianos y cesantes  
 y gente de poco pelo,  
 que escuchaban con ahinco,  
 comprimidos los alientos,  
 las peripecias del lance,  
 conmovidos y suspensos,



de este modo se expresaba  
con acento muy patético;  
"En aquella hora tan negra,  
yo aseguro, caballeros,  
ante peligro tan grave  
nuestro fin cercano viendo,  
y que á sumergir nos íbamos  
en el mar, sin más remedio,  
todos gimiendo y llorando  
estábamos medio muertos....  
la verdad,.... no hay que negarlo,  
de purísimo *canguelo*,  
ménos Jalpon que allí andaba  
cual si tal cosa riendo;  
porque como *hacía pié*  
no tenia el hombre miedo."





## EL CALDO.

~~~~~

En una de aquellas rondas,  
que á deshora de la noche,  
practicaba con frecuencia  
el gobernador Ordoñez;  
y que le dieron en Cádiz  
tan temeroso renombre,  
entre los mozos de punta  
que llaman gente *del bronce*;  
se refiere por el texto  
de numerosos autores,  
que están sobre aqueste asunto  
unánimes y conformes,  
que una noche vigilando  
seguido de una cohorte  
comandada por Falety,  
de bizarros polizontes,  
con las manos en la masa  
cogió, *infraganti*, á unos doce  
ó catorce caballeros,  
que al nobilísimo *monte*,  
cual si hiciesen cosa buena  
se jugaban los doblones,



en un modesto garito  
allá en la calle del Norte,  
casa, si no voy errado,  
señalada con el once.

Despavoridos los puntos  
toman al instante el trote,  
para ver de dar el *mutis*:  
pero D. Melchor Ordoñez  
que de todo tendria algo  
mas ni un átomo de torpe,  
en la puerta de la calle  
dispuso para un *embroque*,  
cuatro fornidos guindillas  
con tremendos chafarotes.

El banquero agarra el *unto*,  
se lo guarda, y toma el tole  
por una alcoba inmediata,  
sin decir oste ni moste,  
para ver de escabullirse;  
vé una cama, se repone,  
y reflexionando un poco  
levanta los cobertores,  
y vestido, cual estaba,  
se mete en ella y se pone  
á roncar, cual si dormido  
estuviera; llega Ordoñez,  
y al mirar aquel mostrenco  
lo agarra por el cogote,  
y le pregunta con brios  
dándole zamarreones:



¿qué hace usted aquí metido?  
Se revuelve nuestro hombre,  
y fingiendo el sobresalto  
que se sufre cuando el goce  
nos interrumpen del sueño,  
de este modo le responde:  
"¿No te dijo Benjumeda  
que si seguían los sudores  
no me trajeras el caldo  
hasta que dieran las doce?  
Vete, que no quiero nada,  
y cuidado con ser torpe."

---



## LA FÁBRICA DE ARMAS DE TOLEDO.

No hace dos años murió  
en Cádiz, cierto sugeto,  
que fué aquí muy conocido  
de grandes y de pequeños,  
por su buena posición  
y su fortuna, primero;  
después por su buena sombra,  
su elegancia, su gracejo,  
sus vicios, calaveradas,  
locuras y devaneos,  
sus *ingleses*, sus escándalos,  
sus remedos extranjeros.  
Su colección de corbatas,  
su pericia en todos juegos,  
por sus muchas relaciones,  
y después... por el extremo  
de miseria y de pobreza,  
soledad y abatimiento  
en que concluyó sus días:  
mostrándonos el ejemplo  
del fin que reserva el mundo  
al que deja los senderos  
que llevan de la virtud



á la santa... mas advierto  
que engolfado en estas cosas  
y olvidado de mi cuento,  
un sermon iba á espetaros  
lectores, ni más ni ménos.  
Pues señores, á este tal,  
cuyo nombre inútil creo  
despues de las señas dadas,  
el revelar, yo recuerdo  
haberle oido referir  
lo que sirve de argumento  
á este cuento, y vais á oirlo  
en romance si no en verso.  
Viniendo el sugeto dicho  
de una corrida en el Puerto,  
una tarde de San Juan,  
á su casa de regreso,  
fué tanta la muchedumbre  
que se agolpó en el momento  
en la estacion, deseosa  
de billetes, que rompieron  
las vallas que siempre hay  
dispuestas con el objeto  
de que se vayan por órden  
los billetes adquiriendo,  
y evitar las confusiones,  
las disputas y atropellos.  
Como digo era la bulla  
muy grande y el ruido inmenso,  
y quien no estuviera en datos,



sin duda un pronunciamiento  
juzgara que en la estacion  
estallado habia del Puerto;  
pero la Guardia Civil  
acudió al primer momento,  
y en ménos de un dos por tres,  
con un simple vapuleo,  
es decir, unos sablazos  
dados por puños maestros,  
sin apelar á otros r cipes  
puso fin   aquel jaleo.  
En el reparto de palos  
nuestro amigo obtuvo un premio;  
y decia el pobre hombre  
refiriendo este suceso:  
"Me arrimaron un sablazo  
tan famoso y estupendo,  
que al mes y medio del lance  
puedo decir y no miento  
que marcado en las espaldas  
aun conservaba un letrero  
que decia: *Real f brica  
de armas blancas de Toledo.*

---



## EL CUARTO DE BILLETE.

Hubo, aquí, un Ramon Guerrero,  
 hombre de poco caletre,  
 propietario de una tienda  
 que estaba frente por frente  
 de esa casa nuevecita,  
 remetida varios jemes  
 y que forma una ensenada (\*)  
 en esa calle, que siempre  
 aunque es hoy del *triste Prim*,  
 está empeñada la gente  
 en que es de la *Compañía*,  
 sin que hombres ni mujeres  
 la llamen con otro apodo  
 que el que tuvo antiguamente;  
 era la tienda ya dicha  
 de muñecos y juguetes  
 de la féria, encages bastos,  
 tente-tiesos y peneques,  
 abanicos de calaña,  
 panderetas, alfileres,

---

(\*) Casa señalada con el 1 en cuya planta baja está el almacén de calzados de D. Juan Aguilar, tan recomendable por lo especial del género y la confección de los artículos que allí se expenden.



triquitraques, culebrillas,  
pandorgas y barriletes.  
Cerillas, niños de Dios,  
matracas, trompos, rabeles,  
chinchines, ruedas de fuego,  
pitos de cuerno y cohetes,  
y alguna otra cosa más  
que no tengo ahora presente;  
y si otras señas, lector,  
de Guerrero tú quisieres,  
que era el pobre corcovado  
te diré, si es que no mienten  
los escasos documentos  
y rarísimos papeles  
que á cerca de este señor  
me han dado tres montañeses  
expendedores de vino,  
de *mistela* y aguardiente;  
licores á que Guerrero  
les tuvo pasion muy fuerte;  
y que además fué condueño,  
segun indicios vehementes,  
del reñidero de gallos  
y marido *in facie ecclesie*  
(más vale creerlo así  
y valga lo que valiere)  
de una señora algo *bizca*  
que fué en Cádiz harto célebre....  
y pasemos adelante  
y las señas aquí queden.



Un día que el tal Guerrero  
tomó un *fiero sudoeste*,  
*jumera* dicen algunos,  
de los que llamarse suelen  
de padron, quiso San Rorro,  
que es santo que vela siempre  
por los borrachos, que un ciego  
que pregonaba billetes  
de la lotería nueva  
lo encontrara por su suerte,  
y que quiso ó que no quiso  
un número le vendiese,  
me figuro que era un cuarto  
lo que compró aquel zoquete;  
y digo que me figuro,  
porque ignoro francamente  
si fué décimo ó fué quinto:  
porque en esto los papeles  
están un poco confusos;  
mas hay razones prudentes  
para creer que fué cuarto;  
pero es fuerza que las deje  
para no alargar el cuento  
con digresiones crueles.  
Cuando llegó á su morada  
con la turbacion aleve  
que embargaba de lo lindo  
su escasísimo caletre,  
cogió el pobre jorobado  
un roñoso pucherete



donde guardaba el engrudo  
para hacer los barriletes,  
y enarbolando la brocha  
ó pincel, si es que tú quieres  
que fuera pincel, lector,  
le dió una mano muy fuerte  
el muy bruto, del engrudo  
por el dorso del billete  
y lo pegó de seguida,  
¡qué cosas el vino tiene!  
en el cristal de una puerta  
diciendo tranquilamente:  
"Como yo no he de sacar  
nada en pegarlo se pierde."  
Pasóse así la semana,  
y satisfechos y alegres  
parroquianos y tenderos  
ancianos y mozalvetes,  
celebraban el capricho  
dándole mil parabienes  
al infeliz del autor  
que se creyó un hombre célebre  
por haber llevado á cabo  
barbaridad tan patente:  
pero es el caso menguado  
que el hado, que nunca duerme,  
dispusiera que en la lista  
del sorteo, el mil y veinte,  
que era el número pegado,  
el pobre Guerrero viese;



y aquí las tribulaciones,  
las maldiciones soezes,  
las blasfemias y los ternos  
de aquella boca de hereje,  
al contemplar su desdicha  
pegada perfectamente  
en el cristal de su daño,  
sin consentir desprenderse  
por más medios empleados,  
de su adherencia imprudente.  
Se consultó á los vecinos,  
se tomaron pareceres,  
se intentó la vía húmeda,  
tambien el agua caliente;  
vinieron varias comadres,  
mujeres muy competentes,  
un municipal amigo,  
un abogado, un alférez,  
tres patrones de Moguer,  
dos sacadores del muelle,  
un moreno limpia-botas,  
*el freidor del Boquete,*  
*Jurado* con sus veneras,  
tres marineros ingleses,  
todo el cuerpo de *atacantes*  
comandado por sus jefes,  
un cabo de la bandera,  
un herrero con sus fuelles,  
el vice-cónsul de Grecia,  
dos monacillos castrenses



un boticario, algo químico,  
con reactivos y aceites,  
un pasante de una escuela,  
la partida de *Falety*  
y *Tuntun* el sacristan  
de Santiago, los jueces,  
la compañía de bomberos,  
*el alcalde y sus satélites*,  
dos gallegos aguadores,  
tres ó cuatro genoveses  
colchoneros, un maestrante,  
un escribano y dos ternes;  
y por más que discurrieron,  
el billete erre que erre  
más adherido al cristal  
que la luz al astro ardiente  
que el dia engendra con sus rayos,  
ó que la vida á la muerte.  
Hubo ensayos de saliva  
y de uñate, inútilmente;  
hasta que el pobre Guerrero  
devorado por la fiebre,  
dispuso coger la puerta  
y por la via más breve  
marchar con ella á Madrid  
para cobrar el billete.

---



## UN ASUNTO INTERESANTE.

En aquellos tristes días,  
de recordacion funesta,  
de la ominosa década  
algo despues que Angulema  
con los *hijos de San Luis*  
nos arrancáran la *neta*;  
á pesar de los esfuerzos  
y las gloriosas proezas  
que hicieron nuestros papás,  
en valde, por defenderla,  
y que luego, andando el tiempo,  
el gobierno de la reina  
recompensó, como es justo,  
con aquella *charretera*,  
llamada del *Trocadero*,  
ennobleciendo con ella,  
para estímulo de bravos,  
el hombro de los atletas  
que, en aquel sitio fangoso,  
defendieron el *sistema*,  
como llamaban entonces  
los serviles, por burleta,  
al código sacrosanto



que nos perdió las Américas.  
Cuando habia en nuestra España,  
entre otras menudencias,  
negros y purificados,  
informaciones secretas,  
cédulas de confesion  
y tablillas á las puertas  
de los templos, delaciones  
y periódicas remesas  
á los presidios de Africa  
y ahorcados por docenas,  
y ostracismo de bigotes,  
y varias otras lindezas  
que forman el repertorio  
de las pláticas amenas  
y narraciones continuas  
de los viejos y las viejas,  
que alcanzaron tales dias  
y con fruicion los recuerdan.  
Cuando en nuestra amada Cádiz  
regia con mano diestra  
el Intendente Malvar  
las dificultosas riendas  
de ambas á dos policías,  
la pública y la secreta,  
en honor de la verdad  
sin causar graves molestias  
á los *inocentes negros*  
que en ocultas madrigueras  
no perdian la ocasion



de andar en marimorenas  
 por ver si podían urdirle  
 á *Fernando* alguna treta,  
 burlando de su Intendente  
 la suspicacia y destreza;  
 es fama que hubo aquí un quidam,  
 llamado *Caraballeda*,  
 chistoso de profesion,  
 jorobado, por más señas,  
 que andaba siempre husmeando  
 dónde había una peseta  
 para ver si con sus gracias  
 podía cargar con ella:  
 y así dicen que vivía  
 tan tranquilo este *planeta*,  
 del público gaditano  
 con general aquiescencia,  
 con más fama de ocurrente  
 que la tuvo Esopo en Grecia.  
 Pues señor, este sugeto  
 que así retratado queda,  
 dicen autores sesudos  
 que tratan esta materia,  
 que se presentó, una vez,  
 en la temida Intendencia  
 de policía, que estaba  
 según las gentes añejas  
 afirman, en esa casa,  
 de la portada tan buena  
 que llamaban de *Cenon*



hasta hace muy poca fecha,  
calle del general Riego  
y en aquella *oscura era*  
del glorioso San Francisco,  
que hoy por milagro conserva,  
en perjuicio del que dió  
*el grito de las Cabezas.*  
Se presentó, repetimos  
el señor *Caraballeda*  
en la Intendencia, pidiendo,  
con la faz muy descompuesta,  
ser al punto introducido  
de Malvar á la presencia,  
pues tenia precision  
de hablarle con gran reserva  
de un asunto interesante  
que exigia grande urgencia,  
pues un instante, tan solo,  
que en hablarle se perdiera  
podria, seguramente,  
traer graves consecuencias.  
Escuchólo el secretario  
señor de Miura, que era  
persona muy bondadosa,  
con tamaña boca abierta,  
sin saber qué resolver,  
pues tenia órden expresa  
del mismísimo Intendente  
de no conceder licencia  
á ninguno para hablarle,



pues estaba en conferencia no sé con qué personaje: pero como había sospechas y temores muy fundados de próximas ocurrencias, que andaban soliviantadas las sociedades secretas muy afanosas de armar alguna gresca tremenda, no se atrevía á despedir al señor *Caraballeda*, temiendo que tal sugeto pudiera dar *hilo ó hebra* de alguna conspiracion ó cosa que lo valiera, al verlo tan insistente reclamar aquella audiencia: así es que, reflexionando, arrostró las consecuencias de no obedecer, en pró del servicio que pudiera prestar en tal ocasion, y marchando, con presteza, le dió parte al Intendente de sus fundadas sospechas; y al punto fué introducido el señor *Caraballeda* al despacho de Malvar, quien mandó cerrar las puertas, que en asuntos de tal monta



es precisa la reserva.

Cuando se quedaron solos  
dijo Malvar, con voz queda  
para no ser escuchados  
como exige la prudencia,  
por las gentes que esperaban  
en la antesala de fuera:

"Hable usted con confianza;  
y dígame lo que sepa."

"Lo que tengo que decir,  
respondió *Caraballeda*,  
es que hoy hace ya dos días  
que en mi estómago no cuele  
cosa fría ni caliente  
con que restaurarlo pueda.  
¡Calcule su señoría  
si el asunto tendrá urgencia!"

Quedó al principio Malvar  
perplejo con tal respuesta:  
pero cayéndole en gracia  
de aquel quidam la insolencia,  
lo socorrió compasivo  
con tres ó cuatro pesetas.



## LAS CURSIS.

Si quieres lector amigo,  
y perdóname el *tuteo*  
que si contigo lo uso  
no es por falta de respeto  
(¡Dios me libre y me defienda  
de tan criminal exceso!)  
sino por costumbre rancia,  
sancionada por el tiempo  
seguida por los que escriben  
tanto en prosa como en verso,  
los cuales han convenido  
en no dar más tratamiento  
á sus discretos lectores,  
que siempre han de ser discretos  
por idéntica costumbre  
ó curiosos ó benévolos  
los lectores, *magüer sean*  
*bien apartados de aquesto,*  
que ese *tú* tan cariñoso,  
tan íntimo y tan ingénuo,  
aunque rabien con tal uso  
los que ostentan en sus pechos  
grandes cruces y encomiendas  
dadas por D. Amadeo,



que estos son á mi entender  
los más regidos y tiesos;  
si quieres saber, repito,  
y á requerirte yo vuelvo  
me perdones, otra vez,  
y no ya por el tuteo  
sino por las digresiones  
que nos apartan del cuento  
dejando lo principal  
por paréntesis molestos,  
que cosa sea una *cursi*,  
yo á explicártelo me atrevo  
si me prestas atención  
tan solo por un momento;  
con un simple sucedido  
y como tal verdadero:  
mas antes te he de decir  
á manera de proemio  
que esta rara palabreja,  
de origen no muy añejo,  
no nos vino del latin,  
ni mucho ménos del griego,  
ni arranca de los fenicios,  
ni su probado abolengo  
se remonta á las raices  
de aquellos campos tartesios,  
que no sé por dónde estaban,  
ni se usó nunca en los pueblos  
y gentes que dominaron  
y habitaron este suelo  
allá cuando el rey rabió,  
ni aun en tiempos más modernos:  
su origen etimológico,



segun varios documentos,  
nunca vistos, ni leídos,  
es sin duda más plebeyo  
y se debe, sin disputa,  
yo al ménos así lo creo  
por razones especiales  
que por ser breve reservo,  
á la inventiva especial  
y al envidiable gracejo  
con que á los hijos de Cádiz  
los adornó el Ser Supremo:  
inventada por acaso  
por desconocido ingenio,  
aquí nació esa palabra,  
que tanta fortuna ha hecho,  
cual nacieron otras muchas,  
que á mi ver pasan de ciento,  
verbi gratia: *abarbetar* (1),  
*cabezada* (2), *bolichero*,  
*hoyanca*, *mota* (3), *manporro*,  
*potala*, *pita* (4), *camelo*,  
*alcauciles*, *ostiones*,  
*sobreusa* y *agetreo*,  
*atraque*, *bronquí*, *casimba*,  
*barrilete*, *quita* (5) y *sebo* (6)  
y otras más que á la presente

---

(1) *Abarbetar*: es apoderarse de una cosa y no soltarla.

(2) *Cabezada*: es el saludo que se hace antes de salir un entierro de la casa mortuoria á los dolientes que reciben á los amigos del finado.

(3) *Mota*: es una moneda de dos cuartos.

(4) *Pita*: aguardiente de mala calidad.

(5) *Quita*: lo mismo que dinero.

(6) *Sebo*: expresion con que se increpa á los que dicen fanfarronadas y principalmente á los borrachos.



en la memoria no tengo,  
y vamos á lo que importa  
y demos principio al cuento.  
Pues sabrás, lector paciente,  
que le oí contar á un sugeto  
llamado Salvador G.....

(lo grande es que no me acuerdo  
del apellido del tal.....

mas no importa, seguiremos,  
que si el hecho se refiere  
lo del nombre es lo de ménos;  
pues le oí contar repito  
este episodio grotesco:

"Estaba yo, cierta noche,  
muy tranquilo con mi perro  
sentado en el emparrado  
del lindísimo paseo  
que llaman Plaza de Mina,  
arrobado con los ecos  
de la *banda de la Sopa*  
que, sin duda por efecto  
de que soplaba levante  
desafinaba en extremo,  
sentado estaba, cual dije,  
en uno de esos asientos  
que por no costar un cuarto  
desde temprano están llenos,  
cuando llegaron solícitas,  
es decir, casi corriendo,  
á sentarse por asalto  
en un hueco asaz estrecho  
que habia junto de mí,  
tres celestiales portentos



seguidas de una mamá  
más fea que el mismo infierno  
que navegaba á remolque,  
casi casi sin aliento  
y con la lengua de fuera,  
de sus tres pimpollos bellos;  
estrechéme cuanto pude,  
y estivando ellas sus cuerpos,  
se sentaron todas cuatro,  
dejándome en grave riesgo  
de morir á la manera  
de los gatos y los perros,  
que víctimas infelices  
de los pueriles manejos  
los cogen entre dos puertas  
y los dividen por medio.  
Diéronme todas las gracias  
con un precioso meneo  
de cabeza y la sonrisa  
de tabla, que ya sabemos  
ostenta siempre en su boca  
la que no usa dientes negros;  
y sin más preparativos  
de este modo me dijeron:  
mas antes quiero pintar  
de las damas el pergeño:  
el vestido de las cuatro  
era de incógnito género  
color de *pulga fané*,  
muy lustroso por lo viejo,  
mucho peinado de cocas,  
(era moda en aquel tiempo)  
velos de punto redondo



color sepia, segun creo,  
 y la cabeza cubierta  
 como un estrellado cielo  
 de jazmines de papel,  
 que mirándolos de lejos  
 y con gafas de miope  
 casi daban un camelo:  
 y además otros primores  
 de cintajos y de flecos,  
 que no cito por temor  
 de pecar en lo molesto.  
 Así dijo la más viva  
 despues de mil escarceos.

—¿*Osté* no será *daquí*;  
 porque yo nunca lo veo...

—Sí, señora, de aquí soy.

—Yo lo creí forastero:  
 tambien acá todas *tre*  
 nacidas en *Cadi semos*;  
 ménos mamá que nació  
 á media legua de Méjico,  
 pues su papá fué intendente  
 de allá.....

—¡Mucho lo celebro!

—Y el pobre al vení *pa acá*  
 á *boldo* se quedó muerto  
 de la fragata *Esmerrarda*  
 que mandaba un tío nuestro.

—¡Qué desgracia señorita!

—Yo soy hija de un correo  
 de gabinete, que el pobre  
 siguiendo á Fernando *Sétimo*  
 en el *ortracismo* cuando



lo cautivaron los *negro*  
 se *flacturó la do piesnas* . . . .  
 era todo un caballero . . . .  
 Su retrato de uniforme  
 que aquí lo traigo yo puesto,  
 (y me enseñó un medallon  
 que llevaba sobre el pecho,  
 y que sospecho que era  
 un retrato de Espartero),  
 lo *traemo* siempre *consigo*  
 yo y mamá como *recuerdo*.  
 —¿Y cómo se llama usted?  
 —A mí me llaman *Remedio*  
 y esta se llama *Lualda*  
 y Zoraida la de enmedio  
 y *Eduvige* mi mamá  
 y tengo un hermano Arfredo.  
 —¿Y usted tendrá algún amante?  
 —Ay no *señó* no por cierto.  
 —Cavá, cavá que lo tiene,  
 dijo Zoraida á este tiempo  
 con una voz de falsete.  
 —”No podia ser por ménos”  
 añadí por decir algo  
 cansado ya del mareo  
 de tan ruin conversacion;  
 con ese rostro hechicero  
 no es posible estar sin él.”  
 —”*Mir gracia* por el requiebro”  
 me contestó la aludida  
 el cumplido agradeciendo.  
 —¿Usted tambien tendrá novia?  
 —Hija mia yo no puedo,



yo tengo mucho que hacer.

—Váigame *Dio* de los *cielo*  
¿pue qué es *usté* señor mio  
que le *farta asin er* tiempo?

Deseando yo acabar  
y poner remate y término  
á aquella plática insulsa,  
respondí con tono seco:

—"Señora, soy oficial."

—¿De marina?—Nada de eso.

—¿De artillería tal vez?

—Tampoco soy artillero.

—¿Será *usté* de infantería?

—No, señora; mucho ménos.

—Entónce, sin duda *arguna*  
*usté* es de carabineros.

—No, señora.—Pues *samigo*,  
¿podremos saber *er cuelpo*  
á que pertenece *usté*?

—Oficial de Monterezzio.

—¿Y qué regimiento es ese  
que *denguna* conocemo?

—No es regimiento, es un sastre  
que no vive de aquí léjos.

Aun no habia yo acabado,  
lector, de decir aquesto,  
cuando aquellas cuatro cursis  
tomaron el viento fresco,  
horrorizadas sin duda  
de saber mi humilde empleo;  
sin despedirse siquiera  
y haciendo unos aspavientos  
y lanzando unas miradas,



que con solo su recuerdo  
aún me parece lector  
que de risa estoy muriendo.  
Ya tienes lector amigo,  
de tan estúpido género  
descrita una variedad;  
yo otro día te prometo  
retratarte alguna más  
que materia hay para ello.



## EL TENOR NAUFRAGO.

Casi todas las esquinas  
de Cádiz, aparecieron,  
hace ya bastantes años  
con cartelones tremendos,  
anunciando una función  
en el viejo coliseo  
que llaman *El Principal*,  
que como sabe el discreto  
y cultísimo lector,  
en España obtuvo el cetro  
sobre todos los teatros  
y corrales de su tiempo,  
quieta y pacíficamente  
con imperio mixto y mero,  
por ser, sin disputa alguna,  
superior á todos ellos  
en condiciones, en lujo,  
en amplitud, en atrezzo,  
en decorado y en público,  
y más que nada en ingresos;  
y si digo en compañías,  
me parece que no miento:  
y quien diga lo contrario  
que vá errado me sospecho.



Gran funcion extraordinaria,  
como íbamos diciendo,  
se leia en letras gordas  
en los citados prospectos,  
para hoy veinte de abril  
del año mil y ochocientos  
etcétera, á beneficio,  
aquí principia lo bueno,  
del desgraciado tenor  
señor de Sanz, que viniendo  
á descansar á su patria,  
no sé si de Rio Janeiro,  
Pernambuco ó Buenos Aires  
ó tal vez Montevideo,  
atestado de laureles,  
alabanzas y dinero,  
tuvo la cruel desgracia  
de sufrir el más horrendo  
naufragio, que los mortales  
conocen y conocieron,  
perdiendo en tan negra hora  
el fruto de sus talentos;  
porque no pudo salvar  
en momentos tan supremos  
sino solo la persona,  
y eso á fuerza de mil riesgos:  
y seguia en esta forma  
un larguísimo proemio  
para despues anunciar  
que, dicho artista, á los ruegos



de numerosos amigos,  
tendria el honor inmenso  
de cantar una cancion  
titulada *El marinero  
náufrago*, para final  
de la funcion. Este pueblo,  
que es sobrado generoso  
y que en cosas de este género  
lleva su filantropía  
á los límites postreros,  
no hay que decir que esa noche  
no cumpliera tal objeto;  
pues antes de dar principio  
el teatro estaba lleno,  
y no así como se quiera,  
sino á pison y repleto.  
Pasóse sin novedad  
un drama que hubo primero,  
luego el baile nacional,  
con palillos y panderos,  
y empezó la espectacion  
del público, en el momento  
de comenzar la cantata,  
esperada con anhelo.  
El maestro director,  
profesor de mucho mérito,  
que reúne á su modestia  
un grandísimo talento,  
andaba un poco escamado  
receloso de un mal éxito,



pues el célebre tenor,  
del ensayo prescindiendo,  
que tocara, le había dicho,  
en vez de acompañamiento  
lo que le diera la gana;  
lo cual se cumplió en efecto,  
levantándose el telón  
á los armoniosos ecos  
de la bella sinfonía,  
que aquí tanto conocemos,  
del *Gran caballo de bronce*,  
dejando ver el proscenio  
figurando una marina  
con un horizonte negro,  
que iluminaba *Camilo*  
con relámpagos horribles,  
sin dejar un punto ociosa  
la *caja grande de truenos*.  
En esto, de un bastidor,  
no recuerdo si el derecho,  
salió haciendo que nadaba  
un tagarote tremendo,  
envuelto en un capoton,  
como el que usan los serenos,  
moviendo, como se mueven  
impulsadas por el viento  
las aspas de los molinos,  
los brazos; paróse en medio  
del escenario, gritando  
con una voz de becerro:



"*Mi naufragati perduti*"

y dió el *mutis* al momento,  
poniendo fin el telon  
á espectáculo tan bello.

Lo que allí se armó, despues  
de tan osado *camelo*,

á la consideracion

de los lectores lo deajo:

baste decir que hubo aplausos,

carcajadas y denuestos,

embargos de botiquin,

discusiones, cabildeos:

decian unos que era broma,

otros que caso muy sério,

hasta que al fin el alcalde

ordenó, que fuese preso

el celebrado tenor,

en pena de sus excesos.

Y es fama, que entre guindillas,

al marchar el muy mastuerzo

desde el teatro á la cárcel,

decia, muy satisfecho:

"Donde quiera que he cantado

he obtenido el mismo éxito."



## EL SISTEMA PLANETARIO.

Hace ya bastantes años,  
lo ménos sus tres docenas,  
que tuvo lugar en Cádiz  
una corrida estupenda  
de novillos, con objeto,  
segun las historias cuentan,  
de proveer con los productos  
de la taurómaca fiesta  
la milicia nacional  
de tambores y cornetas;  
que sin duda, por lo visto  
carecia de estas prendas.  
Con tan plausible motivo,  
los jefes de dicha fuerza,  
autores del pensamiento,  
muñidores de la idea,  
se vieron como obligados  
y es natural que así fuera;  
á ser partes principales  
en la táurica faena,  
formándose de su seno  
toda la cuadrilla entera;  
que por cierto puso el mingo  
en lo bizarra y apuesta.  
Pero quien más se lució



fué el noble marqués de Ureña  
que, al frente de aquellos bravos,  
iba de espada primera:  
ufano salió al saludo,  
con rica capa de seda;  
pero en cuanto saltó el bicho  
del coso á la ardiente arena,  
se dijo, prudentemente,  
á sí mismo, el noble Ureña:  
"Caro marqués, mucho ojo  
que el burladero te espera."  
Y dió en él, con su persona,  
y allí estuvo, con gran flema,  
mientras ginetes y chulos  
demostraron su destreza  
con varas y rehiletos  
llenando al bicho de leña.  
Sonó, al fin el trompetazo,  
con que al matador se ordena  
que es llegada ya la hora  
del estoque y la muleta:  
y como el tiempo pasaba  
y el noble marqués de Ureña  
sin darse por entendido  
de aquella señal tremenda,  
cual si no fuese con él  
continuaba en la barrera,  
fumando tranquilamente,  
sin salir á tomar vénia  
al palco presidencial  
como es uso de la tierra,  
antes de matar al toro,  
brindando con gentileza



y arrojando con desplante  
por el aire la montera;  
y el público con tal causa  
ya perdía la paciencia  
dando indicios, muy vehementes,  
de que se iba á armar la gresca;  
el presidente dispuso,  
que en forma cortés y atenta  
sin faltarle en lo más mínimo,  
un alguacil le dijera  
al impávido Marqués,  
que en vista de la impaciencia  
del público, si al novillo  
no aprestaba muerte fiera  
al punto la media luna  
mandar sacar era fuerza.  
Escuchó tranquilamente  
el marqués toda la arenga,  
y con voz muy reposada  
dicen que dió esta respuesta:  
"Anda y díle al Presidente,  
que por mí tiene licencia  
para sacar á la plaza  
cómo y cuando le convenga,  
no solo la media luna,  
sino hasta la luna llena:  
y si le parece poco,  
hasta el sol y las estrellas;  
porque á mí ese becerrito . . . .  
te digo que no me pesca."

---



## LOS ALGODONES.

La historia del grande Ñoto  
aún, por dicha, está muy fresca  
para que pueda creerse,  
por un instante siquiera,  
que Cádiz haya olvidado  
al fénix de las plazuelas,  
al orador elocuente  
de las fáciles arengas,  
al publicista profundo,  
al manantial de apotegmas,  
al entusiasta de Prim,  
por cuya causa en la *trena*  
durmió más de cuatro veces;  
al rey de las agudezas,  
al orgullo del Egipto,  
al inspirado profeta,  
al hermanito menor  
de *Majalaolla* y *Yesca*,  
al intrépido torero,  
al vendedor de cabezas,  
patas, mondongos, hocicos,  
despojos y cornamentas,  
aquel Ñoto, cuyo entierro



narró la *Correspondencia*,  
en un suelto que valia  
lo ménos cinco pesetas,  
dando pelos y señales  
de aquella fúnebre fiesta  
que llenó de amargo luto  
á la España y sus Américas.  
Pues bien, de ese grande hombre  
quiere ocuparse mi péñola  
y contar de D. Bernardo  
José Salas y otras yerbas,  
conocido por el Ñoto,  
una anécdota estupenda  
que es digna de que la historia  
le dispense fama eterna.  
Endosóle, este señor,  
al peso, y esta advertencia  
conviene tener presente,  
al montañés de una tienda,  
entre otras varias piltrafas  
que llevaba en una espuerta  
vendiéndolas por las calles,  
una soberbia cabeza,  
ignoro si de cochino  
de vaca, buey ó ternera;  
pero es el caso maldito  
que el comprador, al quererla  
aderezar y guisarla,  
se encontró dos grandes piedras  
que la cabeza tenia



metidas por las orejas,  
sin duda con el objeto  
de aumentar con esta treta  
algunas libras el peso  
y ñapar de esta manera.  
"¿Que es esto? le dijo airado  
al descubrir tal monserga  
el montañés; me querias  
sorprender con esta plepa?  
¿Vienes á robarme así?"  
"No te creí tan babeiaca  
contestó el Ñoto, al instante:  
no suponía que fueras  
tan romo de entendimiento.  
¿No has conocido gran bestia  
que ese animal era sordo  
y eso que tú llamas piedras  
son sólo los algodones  
que llevaba en las orejas?"

---



## EL QUESO.



Grande fama gozó en Cádiz  
de rico D. Luis Moreno,  
y vive Dios que fué justa  
la tal fama, pues en Méjico,  
á fuerza de mil afanes,  
trabajando como un perro  
y de muchísimos años,  
consiguió este caballero,  
reunir, muy bien contados,  
su medio millon de pesos.  
Viéndose cansado el hombre,  
y frisando ya en lo viejo,  
el dar la vuelta dispuso  
al amado pátrio suelo,  
estableciéndose en Cádiz  
en un pisito tercero  
de una solitaria calle  
de un barrio de los extremos  
de esta linda poblacion:  
porque el señor de Moreno,  
habituado á las miserias  
que de jóven pasó en Mejico,  
era por educacion,



instinto y temperamento  
el hombre más estreñado,  
más tacaño y cicatero  
que en toda la redondez  
se daba del universo.  
Instalado, mi D. Luis,  
en su mísero aposento,  
sin parientes, sin amigos,  
sin criados, sólo, escueto  
cual en el campo se crían  
los espárragos *trigueros*,  
entregado al solo goce  
de contemplar sus talegos;  
vida hacia de anacoreta  
mortificando su cuerpo,  
tan solo por no gastar  
del caudal un triste peso.  
Tomaba para almorzar,  
según informes muy buenos,  
un jarro lleno del agua  
donde había cocido un huevo,  
de aquellos que aquí se llaman  
por su frescura *gallegos*;  
para comer un potage,  
sin más sopas ni puchero,  
y finalmente, de cena  
su media cuarta de queso  
que él compraba por la noche  
cuando volvía de paseo.  
Nadie le vió dar limosnas,



y en teatros mucho ménos,  
y ni en títeres, ni en toros  
humanos ojos lo vieron.

Con tan raras cualidades  
excusado decir creo,  
que era motivo de hablillas  
obligado, el tal sugeto,  
y en toda la poblacion  
conocido por modelo  
de la miseria, y el blanco  
del horror y el menosprecio  
de chicos y de medianos,  
de grandes y de pequeños.  
Se contaban de él, historias  
que erizaban los cabellos:  
y muchísimas personas  
aseguraban, muy sérios,  
por supuesto á mi entender  
con bien poco fundamento,  
que llevaba noche y dia  
el caudal, todo completo  
que de América se trajo,  
en varios cintos de cuero,  
perfectamente cinchado  
sobre su mísero cuerpo;  
por temor que le robasen  
el encanto de sus sueños.  
Una noche tenebrosa  
de relámpagos y truenos  
que volvía mi D. Luis



á su casa, del paseo,  
y que contra su costumbre  
no média cuarta de queso  
sino uno entero llevaba,  
que por estar ya muy viejo,  
rancio, podrido y verdoso,  
en la tienda se lo dieron  
de regalo, por burleta,  
su miseria conociendo:  
al llegar junto á la puerta  
de su casa, le salieron  
dos hombres, navaja en mano,  
para robarlo dispuestos.  
Quedóse D. Luis inmóvil  
apretando mucho el queso,  
como si fuese un tesoro,  
contra su mezquino pecho,  
tratando de defenderse  
contra aquel par de rateros  
empeñados en quitarle  
el bulto que ya sabemos.  
Don Luis, viéndose perdido,  
gritaba como un becerro,  
y temiendo los ladrones,  
por tales voces, ser presos  
si acudian lo vecinos  
movidos por tal estruendo,  
pues ya sonaban las puertas  
y se oían ladrar los perros  
y se sentían las pisadas



como de gente corriendo,  
le dieron dos puñaladas  
al pobre D. Luis Moreno  
y se escurrieron los dos  
cual plumas que lleva el viento.  
Cuando los buenos vecinos  
presurosos acudieron,  
estaba D. Luis, nadando  
en su sangre, por los suelos;  
recógenlo condolidos  
y pregúntanle, al momento,  
la causa de aquel desastre.  
"Unos pícaros rateros  
han querido despojarme  
y ya veis cómo me han puesto;  
pero se han llevado chasco,  
que aunque es cierto que me hirieron,  
no han conseguido su gusto  
puesto que he salvado el queso."

---



## UN ACADÉMICO DE LA LENGUA.

Me han dicho que hubo un señor,  
muchísimo tiempo hace,  
en esta nuestra adorada  
y queridísima Gades,  
persona de posición,  
muy abundante en reales,  
montañés, un poco cojo,  
propietario, comerciante,  
luego diputado á Córtes  
allá en tiempos de Narvaez,  
y no tengo muy presente  
si fué concejal ó alcalde,  
porque faltan muchos datos  
en papeles importantes  
que consulté, con esmero,  
sobre aqueste personaje.  
Entre las diversas fincas  
de las muchas propiedades  
que tenia este señor,  
no solo en la culta Cádiz  
sino en Córdoba, Lucena  
y tambien en otras partes,  
era célebre un teatro,



con el que ganó bastante,  
y que el Obispo Arbolí  
y el canónigo Mahave,  
con justísimo derecho  
consiguieron derribarle,  
por motivos tan sabidos  
que es molesto el que se hable  
de ellos, pues de memoria  
los saben chicos y grandes.  
Despues de las señas dadas,  
tan exactas y cabales,  
si callo, lector querido,  
por razones apremiantes  
el nombre de este señor,  
convendrás en que no hace  
grande falta esta omision:  
y pasemos adelante.

Pues señor, en el teatro  
que está *requiescant in pace*,  
como digimos, el hombre  
principal de este romance,  
pasaba las horas muertas  
por mañanas y por tarde  
gozando con las entradas  
y charlando con las *partes*,  
como en su lengua especial,  
abundosa en disparates,  
él llamaba á los artistas  
comi-lírico-danzantes,  
que en su célebre teatro



glorificaban el arte:  
llegando á tal su entusiasmo  
y su amor puro y constante  
por el brillo de la escena,  
que tanto enalteció Maiquez,  
que arrojó como empresario  
los peligros teatrales,  
y segun tengo entendido  
con resultados notables.  
Se cuenta, pues, de este hombre,  
que disputando una tarde  
segun dicen sus cronistas,  
con algunos comediantes,  
sobre el mérito especial,  
circunstancias y quilates  
de los tres viejos teatros,  
que como el lector ya sabe  
habia en Cádiz en tal fecha,  
exclamó, con cierto arranque  
de verdadera elocuencia  
contestando á un contrincante:  
"No dudo que el Principal  
será más bonito y grande;  
pero tiene mi teatro  
mejores *cuencabidades*."





## EL GRADO DE REVALIDA.

Despues de haber concluido el exámen de reválida de un estudiante, muy bruto, que no respondió palabra á quanto le preguntaron, decia con grande calma uno de los catedráticos á los demás camaradas, que del tribunal de exámen la trinca aquel dia formaban: "Yo, señores, en conciencia, aunque me dá mucha lástima del infeliz, creo justo que merece calabazas: por mi parte lo repruebo en vista de su ignorancia." "Pues yo, dijo otro doctor, persona de mucha gracia, cuyo nombre por respeto no quiero dar á la estampa, aunque es harto conocido en la escuela gaditana de que es digno profesor;



aunque es cierto cuanto acaba de decir mi compañero, sigo la opinion contraria: mi voto le es favorable y le echo pues bola blanca.”

”Podremos saber acaso de conducta tan extraña la razon?” le preguntaron sus colegas. ”Vaya en gracia: porque tengo obligacion de amparar las alimañas, pues pertenezco hace tiempo á esa sociedad llamada, vulgarmente, protectora *de animales y de plantas.*”



## EL NEGRO.

Viniendo yo de Stokolmo,  
á donde fuí con objeto  
de comprar palo campeche  
y arreglar el casamiento  
de la hija de un *Margrave*  
con un almirante sueco,  
que conocí en Waterloo,  
mandando yo un regimiento  
de dragones infernales  
de Napoleon primero....  
Decia con mucho aplomo  
á unos amigos que atentos  
lo escuchaban asombrados,  
un conocido embustero  
natural de esta ciudad  
que fué cabo de serenos;  
y no debe confundirse  
con el célebre Landero,  
aunque en arte tan difícil  
era su rival y émulo.  
Nos cargó en el mar del Norte  
un vientecillo tan fresco,  
que comencé á sospechar



que tendríamos jaleo:  
porque en cosas de marina  
siempre he sido yo muy diestro;  
tanto que me ha consultado  
el almirantazgo en pleno,  
muchas veces desde Lóndres  
exigiéndome consejos  
en casos muy peliagudos,  
mi mucha aptitud sabiendo.  
En vista, pues, del cariz  
que iba presentando el cielo,  
me dirigí al comandante  
del navío, que era un viejo  
comodoro de la armada,  
aristócrata noruego,  
y le dije mis temores;  
el hombre que era muy terco  
no hizo caso del aviso,  
suponiendo que era miedo  
lo que yo tenía, y tranquilo  
se marchó, el muy majadero,  
á beberse una botella  
de agua de Seltz con agenjo.  
Pero pronto la pagó  
aquel estúpido viejo,  
pues sucedió lo que dije;  
porque fué arreciando el viento  
de tal suerte, que soplaba  
con ímpetu tan intenso,  
que treinta millas por hora



nuestro navío iba haciendo,  
los masteleros calados  
sin velas y á palo seco.  
Pasamos, como un relámpago,  
frente á las islas del Heno,  
dejándonos por la popa  
los peligrosos estrechos  
del Sund, del pequeño Belt  
y tambien los Dardanelos,  
el canal de Mozambique  
y el archipiélago griego;  
caminando á nuestra ruina  
sin poder poner remedio,  
porque íbamos chupados  
por la fuerza del tremendo  
abismo del Maelstroon  
que nos llevaba á su seno,  
con la furia irresistible  
de su vértice cruento.  
"¡Cuánta razon tenia usted!  
me dijo, de espanto lleno  
el comodoro, y qué bien  
en escuchar sus consejos  
hubiéramos hecho todos!...  
No que ahora por ser nécios  
vamos aquí á perecer!"  
"Ya son vanos los lamentos,"  
le contesté, resignado  
nuestro fin cercano viendo.  
No pasaron diez minutos



desde que le dije esto,  
cuando de la embarcacion  
no quedaba ni un madero,  
pues se hundió en aquel abismo  
con un ímpetu violento,  
sin que pudiera salvarse  
en tan horrible siniestro,  
de todos los tripulantes  
inclusos los pasajeros  
que estaban en el navío,  
más que solo un pobre negro  
que se hallaba en la cocina  
en tan críticos momentos;  
y salió sobrenadando  
agarrado á un gallinero.

”¿Pues y usted?” le preguntaron  
los oyentes ”¿No iba dentro?”

”Ya se vé que iba yo allí.”

”Pues entonces no lo entiendo:”  
respondió, muy asombrado,  
por todos uno de ellos.

”¿No ha dicho usted ahora mismo  
que todos los pasajeros  
hallaron allí la muerte  
salvándose solo un negro?”

”Pero ese negro era yo,”  
contestó aquel embustero.

”¡Negro usted!” ¿Qué duda cabe,  
si me tizné para ello?



## EL SERMON INTERMINABLE.

Predicando una cuaresma  
en Cádiz, el Padre Alba,  
por más señas que era cura  
del Sagrario, fué tan larga  
su peroracion, que dicen  
testigos de buena fama  
que el caso vieron y oyeron  
y aseguran que no es chanza,  
que desde que principió  
tres horas eran pasadas  
y de acabar el exordio  
no llevaba el hombre trazas.  
Aburridos los oyentes,  
bostezando las beatas,  
uno ahora, otra despues,  
casi todos desfilaban.  
Cuando de aquel auditorio  
casi nadie ya quedaba,  
uno, que hasta aquel entonces,  
tuvo bastante cachaza  
para sufrir el chubasco



de retumbantes palabras,  
que á borbotones salian  
del verboso Padre Alba;  
cansado ya de un sermón  
cuyo fin no columbraba,  
á marchar se disponia;  
mas quiso su suerte amarga  
que lo vió el predicador,  
y al punto con él se encara  
y le dice, lleno de ira  
al mirar que se largaba:  
"¿Adonde vá el mal cristiano  
que del templo así se marcha?"  
"Señor, dijo el preguntado,  
voy á avisar á mi casa,  
por si paso aquí la noche  
á que me traigan la cama."

---



## LOS TODOSANTOS. (\*)

Era el doctor D. José  
 (el apellido lo callo  
 para dejar al lector  
 el placer de adivinarlo,  
 si es curioso y tiene ganas  
 de tomarse ese trabajo),  
 solo diré que era médico  
 de aquellos más afamados  
 que hubo en Cádiz, que era rico,  
 que era ya bastante anciano  
 y que de la escuela médica  
 era insigne catedrático,  
 que era de todos bien quisto  
 y que... basta de retrato  
 pues lo vais á conocer  
 si continúo pintándolo:  
 y á este cuento asaz sencillo  
 el misterio le quitamos.  
 Entre la inmensa clientela

---

(\*) El día de Todos los Santos, 1.º de Noviembre, es costumbre en Cádiz engalanar los puestos de fruta propias de la estación, exhibiéndolas en abundancia, siendo de rigor á los vecinos de esta población hacer acopio de dicha fruta, á la que se dá el nombre de *Todosantos* ó *Tosantos*, término local sobre el cual está basado este romance.



que entregaba los cuidados de su salud, al doctor, si equivocados no estamos, se hallaban las madres monjas del convento... (si declaro el nombre del tal convento me parece que la echamos á perder, y adios entonces con el misterio indicado).

Consultólo, cierto dia, que al convento lo llamaron, yo no sé con qué motivo, con el prudente recato que las Esposas de Cristo usan en todos los casos, una madre, sobre cierta molestia, que hacia un año en una pierna sufría:

"Es doctor, un bulto raro que encima de la rodilla me ha salido y que aumentando vá cada dia á ojos vista."

"Preciso será mirarlo dijo el doctor, para ver que es eso." "¡Jesús que escándalo! dijo la madre asustada, lo que es eso ni pensarlo, baste que yo se lo explique que es usted sobrado sabio."

"Pues empieze usted señora



que ya la estoy escuchando.”  
Y la monja de este modo  
dió comienzo á su relato:  
”Empezó, dicho bultito  
del tamaño de un garbanzo;  
y así estuvo mucho tiempo;  
mas de pronto fué engordando,  
se puso como una nuez  
y luego como un damasco,  
y luego como una pera,  
y luego se fué esponjando  
y se puso como un pero  
de esos grandes colorados,  
y despues como un membrillo  
y despues como...” ”Ya caigo,  
exclamó nuestro doctor  
de tal relacion cargado,  
ya sé lo que tiene usted.”  
”Ay doctor ¿será muy malo?...  
hábleme usted con franqueza.”  
”Es muy sencillo este caso  
lo que usted tiene en la pierna  
no es más que los *Todosantos*.”

---



## EL MUERTO SALUDABLE.

Hubo, en Cádiz, un señor  
más animal que un atun,  
por cuya causa su nombre  
no queremos dar á luz;  
no digan sus sucesores,  
que hoy gozan buena salud,  
que así la santa memoria  
herimos de aquel gandul.  
Una vez, que cual doliente  
seguia un fúnebre ataud,  
do llevaban á enterrar  
uno que le dijo agur  
al mundo, y que fué su amigo  
en la tierna juventud,  
al llegar al cementerio,  
que está en la playa del Sur,  
queriendo darla de sabio,  
con un gracejo andaluz  
capaz de desesperar  
en persona á Belzebú,



dijo con voz campanuda

con un aire de *non plus*,

cual si hablase por su boca

el mismísimo Habacuc.

"Aquí en este Campo Santo

me han de enterrar, como hay luz,

si Dios misericordioso

me otorga vida y salud."



## EL MENSAGERO LISTO.

Que fué el Padre Bacareza  
un señor muy conocido  
en esta ciudad de Cádiz,  
lo prueban los infinitos  
sucesos extraordinarios  
y celebérrimos dichos  
que, acerca de este sugeto,  
se guardan en los archivos  
de la ilustre sociedad  
de cuentos y chascarrillos:  
razon por la cual, lectores,  
en demostraros no insisto  
la inmensa celebridad  
que gozó el Padre bendito:  
baste decir que fué, en Cádiz,  
poderoso reactivo  
contra deudores morosos  
insolventes y fallidos;  
siendo muy solicitado,  
para ejercer este oficio:  
pues no se dió jamás caso  
de retener el *cum quibus*  
el deudor que él bloquease



aunque fuese, el tal, más pillo  
que aquellos que por honrados  
habitan en el presidio.

Se cuenta de este señor,  
entre otros rasgos divinos  
que registran sus anales,  
el siguiente sucedido.

Fué, una vez, comisionado,  
por unos cuantos amigos,  
para decirle á una pobre  
que su marido y su hijo,  
infelices pescadores  
de esos frágiles barquillos  
que aquí llaman *las parejas*,  
allá, junto á los *cochinos*,  
por efecto del mal tiempo,  
ambos habian perecido:  
y evacuó de esta manera  
el encargo supradicho.

”¿Que se le ocurre á usted, Padre,  
y en qué podemos servirlo?

dijo la pobre mujer,  
procurando con solícito  
afan atender al Padre  
que honraba su domicilio.

”Poca cosa, hermana mia....  
que se ha ahogado su marido.”

”¡Válgame la Vírgen Santa!”  
exclamó, pegando un grito  
aquella pobre viuda



y cayendo de improviso  
sobre el duro pavimento  
casi casi sin sentido.

”Pero no es eso tan solo,  
siguió diciendo tranquilo  
nuestro héroe, procurando  
acercarse á los oídos  
de su víctima: hija mia;  
porque saberlo es preciso,  
que tambien su hijo de usted  
con su padre ha sucumbido.”

El santo óleo á la mujer  
le dieron acto contínuo:  
y es fama que nuestro hombre,  
refiriendo el sucedido  
exclamaba satisfecho:

”Por poco, si no ando listo,  
se me muere la mujer  
sin saber lo de su hijo.”



## TRABAJAR POR CUENTA AGENA.

Es un inmundo garito,  
por demás lóbrego y puerco,  
el teatro donde pasa  
toda la acción de este cuento.  
Negras y súcias paredes,  
ahumado y ruinoso el techo,  
y alfombrado de gargajos  
el húmedo pavimento:  
una atmósfera cargada  
de mefíticos y densos  
vapores, que bien se pueden  
casi palpar por espesos;  
una mesa medio coja  
con un cobertor muy viejo  
por tapete, y dos bujías  
amarillentas, de sebo,  
componen todo aquel cuadro,  
al que imprime movimiento  
un hombre, que en estas casas  
se le apellida banquero,  
y veinte puntos que están  
pendientes de su manejo  
la vista puesta en sus manos



y comprimido el resuello.  
En aquel vivo mosaico  
de diferentes sugetos  
que poblaba aquella noche,  
el local de que hemos hecho  
descripcion, dicen que habia  
empleados en correos,  
jugadores de ventaja,  
médicos de regimiento,  
contadores de marina,  
colegiales, estanqueros,  
actores fuera de ajuste,  
levantadores de muertos,  
alféreces retirados  
y otros honrados mancebos  
que juzgo muy enojoso  
y cansado por extremo  
el irlos clasificando  
por servicios y por méritos.  
El último, que á la banca  
vino, de entre todos ellos,  
aseguran, fué un señor  
muy grandable y corpulento  
que hubo en Cádiz, cuyo nombre  
por prudencia no revelo,  
pues fué aquí muy conocido  
y no quiero de indiscreto  
pasar la plaza; pues bien,  
dicho señor tomó asiento  
detrás de todos, que estaban



muy ocupados los puestos,  
aguardando la ocasion  
de poder topar un hueco.  
Así estuvo un breve rato  
calculando cuáles juegos  
se daban, aquella noche,  
cuando vió, de asombro lleno,  
que el vecino, que tenia  
en el puesto delantero,  
depositaba en la silla,  
dó se sentaba, los *muertos*  
que levantaba el taimado  
al descuido del banquero,  
y dicen tambien las crónicas,  
que conforme iba poniendo  
á recaudo, de esta suerte,  
las monedas con gran tiento,  
el de detrás, muy tranquilo,  
por virtud de escamoteo,  
desde la silla á su bolsa  
se las iba *suspendiendo*.

Cuando creyó el pobre hombre  
que ya habia muchos *muertos*,  
y era hora de marcharse,  
con disimulo perfecto  
llevó la mano á cojer  
las monedas, al asiento:  
pero solo halló el vacío  
dó creyó encontrar dinero:  
volvió medroso la cara



y vió el rostro muy sereno  
del señor, que á retaguardia  
se encontraba, cual sabemos,  
y se *tragó la partida*  
el pobrete, en el momento.  
”¡Hola: que estabas ahí!”  
exclamó convulso y trémulo,  
y el otro, con mucho aplomo  
le contestó sonriendo,  
segun refieren testigos:  
”Hace ya bastante tiempo  
si tú no fueras tan torpe  
que debiste conocerlo.”

---



## EL FRAC NUEVO.



Hace algun tiempo, existió  
en Cádiz, cierto sugeto  
apellidado Benitez,  
el nombre no lo recuerdo,  
empleado en la Aduana,  
hombre aficionado al juego,  
segun datos recogidos  
en dos viejos palimpsestos  
que se guardan archivados,  
con diligencia y esmero,  
en poder de una persona  
cuyo nombre me reservo,  
por no ofender la modestia  
de tan apreciable *griego*.  
Refieren los pergaminos  
que un dia que marchó al Puerto  
á divertirse, el Benitez,  
estrenando un fraque nuevo  
azul, con boton de oro,  
de paño de mucho precio,  
confeccion, corte y hechura  
del renombrado *Museo*,



sastre que tenia gran boga  
en Cádiz en aquel tiempo;  
tan luego como llegó  
al pueblo de Menesteo,  
como cosa natural  
fué en demanda, muy derecho,  
de una *timba* conocida  
donde jugarse unos pesos  
pensaba, para hacer boca  
y pasar un rato ameno.  
Estaba el hombre de *buena*,  
y *apuntaba* con acierto;  
pues á poco de seguir  
la faena, bien repletos  
se encontraban sus bolsillos  
con el amoroso peso  
del amarillo metal;  
y viéndose ya relleno,  
consideró muy prudente  
marcharse, con viento fresco.  
Tomó la escalera abajo,  
nuestro amigo, tan contento,  
mas al llegar á la puerta,  
dispusieron los decretos  
de su menguado destino  
que se encontrara suspenso  
y detenido el Benitez  
por un furioso aguacero  
que, á tal hora y tal sazon  
parece estaba cayendo:



como no tenia paraguas  
y estrenaba el traje entero  
y no tenia precision  
de marcharse, en el momento,  
determinó el aguardar,  
y picado del deseo  
de la malvada codicia,  
volvió á la sala del juego:  
pero ya su buena estrella  
menguado habia su destello,  
y en ménos de un dos por tres,  
sobre el tapete funesto,  
entregó el señor Benitez  
sus ganancias con exceso;  
pues tuvo la mala suerte  
de perder todo el dinero  
con que se salió de Cádiz  
á divertirse en el Puerto;  
y además jugó tambien  
de palabra, y quiso el cielo  
que no ganara tampoco  
en aquel feroz empeño.  
Mohino y desesperado  
y lanzando mil venenos  
por la descompuesta boca,  
que parecia un infierno,  
á la calle se lanzó,  
el infeliz, muy colérico,  
renegando de su ropa,  
del agua y del mundo entero:



y como seguía la lluvia  
y era casi un arroyuelo  
el caño tradicional  
que toda calle del Puerto  
con fetidez, ostentaba  
manando siempre en su centro;  
es fama que se tiró  
en su cauce, muy resuelto,  
y cubierto de vil lodo  
revolviéndose en el cieno  
exclamaba con voz ronca:  
”¡Toma, fraquecito nuevo!”



## AD UTRUMQUE.

Hubo en Cádiz un presbítero,  
que se llamó el padre Ramos,  
á principios de este siglo  
ó á los fines del pasado;  
que dicen fué muy fornido,  
grueso, buen mozo, muy alto  
y que mataba una res  
sin más arma que su brazo;  
que tenia el genio alegre,  
que era amigo de fandangos  
y que á pesar de estas cosas  
no daba ningun escándalo  
que pudiera acarrearle  
el rigor del diocesano:  
pues su conducta era buena,  
su fé, de cristiano rancio,  
y aunque en letras no llegaba  
ni con mucho á Tertuliano  
y no estaba en Salamanca  
ni en Bolonia graduado,  
tenia, como se dice,  
sabido de cabo á rabo  
el Larraga y otros libros



de moralistas muy sabios,  
por el estilo, que á veces  
en casos muy complicados  
lo ayudaban á salir  
airoso de algún mal paso,  
de pregunta enmarañada  
hecha en el confesionario  
por beata veterana  
ó penitente angustiado.  
Se cuenta de este señor  
que al retirarse á su barrio,  
que decir es conveniente  
era el triste y solitario  
que está allá por la muralla  
y se llama el de San Carlos,  
una noche, ya bien tarde  
que volvía algo alumbrado,  
pues venía de un casamiento,  
dos rateros lo asaltaron;  
al verlos, nuestro presbítero  
diz que se quedó plantado  
sin dar la menor señal  
de susto ni sobresalto;  
los dejó llegar sin miedo,  
les larga dos puñetazos  
y tiende del golpe al uno:  
y el otro desconcertado  
toma las de villadiego  
en vista de aquel chubasco.  
"Remataremos á este:"



dijo tirando el cigarro  
nuestro clérigo, y al punto  
le sacudió un puntillazo  
al infeliz que yacía,  
en el suelo, derrengado  
con siete dientes de ménos  
y la quijada colgando:  
"¡Que me muero: confesion!"  
con gritos entrecortados  
el ratero repetía  
viendo ya su fin cercano.  
"Eso ya es punto y aparte,  
dijo el presbítero Ramos,  
híncate y despacha pronto  
que voy á absolverte, hermano:  
que yo sirvo en un barrido  
lo mismo que en un fregado."

---



## EL PIMIENTO DULCE.

Lidióse aquí, ya hace tiempo,  
una corrida de Vazquez,  
que ha dejado por lo buena  
grande fama en los anales  
del toreo, y sus recuerdos,  
para siempre memorables,  
indelebles se conservan  
entre los mozos *barbianes*  
aficionados de veras  
al arte de Costillares.  
¡Qué animales tan hermosos!  
¡Qué francos y qué boyantes  
en los tiempos de la lidia!  
¡Qué duros al acicate  
de la vara y al castigo!  
¡Qué nobles para los lances  
de banderillas y muerte!  
¡Como al fin toros de Vazquez!  
que con esto queda dicho  
en su elogio lo bastante.  
¡Y qué bien que estuvo Montes  
aquella célebre tarde!  
¡Qué feliz con el estoque!



¡En los quites qué admirable!  
¡Qué gallardo en los galleos!  
¡Y qué sereno en los pases!  
¡Qué bueno en la dirección!  
Y en todo ¡qué inimitable!  
Es preciso confesar  
que el que no llegó á admirarle  
ni sabe lo que son toros  
ni lo que es un diestro sabe:  
diga en contra, lo que quiera  
ese público, que aplaude  
á los toreros del día,  
que al lado de aquel gigante  
solo pueden ser tenidos  
por unos pobres petates.  
Pues bien, en esta corrida,  
el picador José Fabre,  
que era un mozo bien plantado  
aunque un sí es no es cobarde;  
pues como él mismo decía  
no es posible se amalgame  
el haber cursado letras,  
cuando pequeño, en las clases,  
y ser picador de mozo;  
molido ya de los grandes  
batacazos que había dado,  
(y aun quedaba media tarde  
y tres toros encerrados  
y que pegaban bastante)  
aun cuando por turno estaba,



segun ellos, *de entra y sale*,  
el haber mandado arriba  
por unguento y cabezales  
los bichos, al tio Juan Pinto  
y al señor Antonio Sanchez,  
*Poquito pan* (buena pica)  
del señor Montes compadre,  
á salir se vió obligado  
por órdenes terminantes  
del jefe de la cuadrilla,  
que con cara de vinagre  
le dijo: "¡Pepe á los medios!  
que aquí estoy para librarte."  
Salió Pepe echando tacos,  
mas queriendo resguardarse,  
todo cuanto más pudiera,  
de la furia inexorable  
de los Vazqueños, mi hombre  
agotó, cuanto á su alcance  
hubo de marrullerías  
para que el tiempo pasase;  
ya acortando los estribos,  
ya haciendo que le apretasen  
la cincha, al pobre jamelgo,  
ya remojándose el guante  
ó pidiendo otra garrocha  
ó figurando bajarle  
los lomos al caballejo...  
En fin, todo cuanto hacen  
los lidiadores maulones,





para evitar de los lances  
el peligro, dando tiempo  
y al fin y al cabo quedarse  
*libres de cacho*, esto es,  
de los cuernos muy distantes.  
Mientras tanto el animal,  
que era un toro formidable,  
negro zaino, bragado,  
greñado, gato muy grande,  
algo bizco del izquierdo,  
por apodo, *Chocolate*,  
divisa azul y pajiza  
que es la que usó siempre Vazquez,  
se enfriaba, sin tener  
caballos en qué cebarse.  
Figúrense mis lectores,  
lo de palabras suaves,  
improperios y denuestos  
y escogidísimas frases,  
que á una voz, á grito herido,  
*y n emine discrepante*,  
contra el pobre picador,  
de gradas, localidades,  
azoteas y barreras,  
saldrian con son pujante.  
Pero Fabre ni por esas  
abandonaba sus planes.  
Yo no s e qu e fin tendria  
tal *crescendo* de infernales  
palabrotas, si un mocito



no hubiese puesto remate  
á la zambra de este modo,  
con aplausos generales:

”Me hacen, ustedes señores,  
el obsequio de callarse:”

dijo con un vocejon  
y unas fuerzas pulmonales  
de sobrehumana potencia:

”Ese picador no sabe  
ni puede, señores míos,  
hacer más de lo que hace.”

”¿Y por qué?” le preguntaron  
curiosos los circunstantes.

”Porque pica, sin disputa,  
sea dicho sin ultrajarle,  
ménos que un pimiento dulce  
el picador José Fabre.”



## EL HABITO NO HACE AL MONGE.

De este siglo en los comienzos  
existió un Domingo Perez,  
que vendió pescado frito,  
si las crónicas no mienten,  
en la calle de Cardoso  
esquina de la Cruz Verde.  
Era el Perez hombre honrado,  
francote, de génio alegre,  
y por estas circunstancias  
muy bien quisto de la plebe;  
pero tenia el defecto  
de ser dado al aguardiente;  
y los lunes y los martes,  
los miércoles y los jueves,  
los sábados y domingos  
y añaden muchos, los viernes,  
nunca los pasó este mozo  
sin estar borracho siempre.  
Una noche de parranda  
que dormia nuestro héroe  
una inmensa borrachera  
de anisado y anisete,  
como un perro, en las baldosas



de una calle, á la intemperie  
cual si fuera en un colchon,  
dispuso su mala suerte  
que pasaran por allí  
unos cuantos mozalvetes,  
*gente airada*, sin temor  
á Dios, al Rey y á las leyes,  
y viéndolo de tal guisa,  
concibieron el aleve  
proyecto de divertirse  
á costa del pobre Perez.  
Cargan con él decididos,  
y en ménos de un periquete  
á casa de uno de ellos,  
que era mozo de espediente  
para bromas semejantes,  
marcharon muy diligentes:  
allí le abren un cerquillo  
de fraile camandulense,  
y un hábito franciscano  
que tenian casualmente  
le acomodan, y al instante  
cargan con él seis ó siete,  
y á la puerta del convento  
(¡oh maldad irreverente!)  
del glorioso San Francisco  
lo llevan; llaman muy fuerte  
y al lego que los recibe  
le dicen que un accidente  
tan furioso acometió



al fraile aquel, que ya inerte  
 sin dar señales de vida  
 al llegar á socorrerle  
 le encontraron y lo traen  
 condolidos de su suerte.

”Es obra muy meritoria:  
 ¡que Dios se lo premie á ustedes!”

dijo el lego agradecido  
 y ellos se fueron riéndose.

Toda la comunidad  
 acudió muy diligente  
 á prestar al punto auxilio  
 al enfermo: pero en breve  
 el olor que despedía  
 á purísimo aguardiente,  
 con escándalo de todos  
 indicó que era un *sudeste*,  
 ó si se quiere una *chispa*,  
 lo que embargaba al paciente.

”Lo mejor es que la duerma,  
 dijo con tono solemne  
 el guardian, que ya mañana  
 obraremos cual se debe,  
 contra el que á Dios y á la órden  
 de modo tan grave ofende.”

Pasóse la borrachera  
 y por más que el pobre Perez  
 se devanaba los sesos  
 al verse en tan diferente  
 estado del que tenía



convertido, su caletre  
no le explicaba la causa,  
la memoria era rebelde  
y de nada se acordaba  
y sufría horriblemente,  
máxime cuando los frailes  
le instaban á que dijese  
de qué casa ó qué convento  
era; que si penitente  
se arrepentía de todos  
los escándalos que aleve  
contra el sayal que vestía  
cometiera indignamente;  
que si pesaban censuras,  
sobre él, graves ó leves;  
y otras cosas semejantes,  
que, sin duda, á nuestro héroe  
á pesar de ser tan santas  
las juzgaria sandeces.  
Así pasaron dos días,  
los frailes erre que erre,  
creídos en que era fraile,  
y en no serlo, el pobre Perez  
empeñando su facundia,  
aunque bien inútilmente,  
puesto que todos á una  
insistían en sus trece.  
Ya estaba aquel desgraciado  
cuasi á punto de volverse  
loco de atar, y dudando



si era ó no Domingo Perez,  
cuando súbita una idea  
vino á su turbada mente:  
"Padre guardian, exclamó,  
quisiera, pues lo merece  
el caso, que usted mandara  
dos padres, incontinenti,  
á la calle de Cardoso  
esquina de la Cruz Verde  
y vieran si un tal Domingo,  
freidor que allí ha estado siempre,  
no se encuentra en aquel sitio;  
que entonces es evidente  
que yo soy á quien se busca:  
pero si el demonio quiere  
para mal de mis pecados  
que, ustedes, allí lo encuentren,  
confieso que yo no sé  
quién soy yo, si allí está Perez."

---



## DEL DICHO AL HECHO....



Has de saber lector mio  
que era vez y vez un clérigo  
llamado Don Cayetano.....  
el apellido creemos  
que sepultarlo es prudente  
en el fondo del tintero:  
porque obrando de este modo  
evitamos el pretexto  
de que venga algun pesado,  
suponiendo parentesco  
con el finado, á pedirnos  
explicacion de este cuento:  
y de pensarlo no más,  
francamente nos dá miedo.  
Tuvo pues, este señor  
necesidad de ir al Puerto,  
y como en aquel entonces  
no existian esos medios  
de fácil locomocion,  
que hoy á la mano tenemos,  
quiero decir, que no habia  
en aquel felice tiempo,



esa invencion prodigiosa,  
de los caminos de hierro,  
ni aun surcaban los piróscafos  
las costas de aquestos reinos;  
no tuvo Don Cayetano  
más que acudir al remedio  
de embarcarse en un falucho  
como el único en su género:  
y como vió que habia uno  
que largaba el aparejo,  
se ajustó con el patron,  
por cierto en muy poco precio,  
se santiguó por costumbre,  
dió un salto y se coló dentro.  
No era el dia, segun dicen,  
de aquellos llamados buenos;  
vaciaba ya la marea,  
y de poniente era el viento,  
y decir se me olvidaba  
que estábamos en Enero.  
Comenzó bien el viaje,  
descartando por supuesto  
el frio, los rociones,  
los temores, el mareo  
y las demás consecuencias  
que ya todos conocemos  
del cambio de la *peseta*.  
Ya estaban cuasi en el Puerto  
cuando, al entrar por la barra,  
el viento que venia fresco,



y el agua que era bien poca  
combinándose al efecto,  
hicieron que mi falucho  
sobre el costado derecho  
recostado en dicha *barra*  
se quedara en un momento.  
Llenóse el barco de agua  
y los pobres pasajeros,  
en situación tan maldita  
y en tan inminente riesgo  
para salvar sus personas  
de peligro tan horrendo,  
á nado como los peces  
hácia la playa se fueron.  
Mi pobre Don Cayetano  
que bogaba como el hierro,  
al verse ya que se ahogaba,  
con un vocejon tremendo  
que llenaba los espacios  
con sus estentóreos ecos,  
exclamaba: "¡Una talega  
al que me salve le ofrezco!"  
Acudió, á reclamo tal  
un fornido marinero  
y en ménos que canta un gallo  
sano y salvo á nuestro clérigo  
sobre la arenosa playa  
depositó satisfecho.  
"¡Te has portado amigo mio!  
dijo, loco de contento



el señor don Cayetano,  
del peligro al verse léjos;  
te has portado como un héroe,  
y es tanto lo que te debo,  
que no sé cómo pagarte  
el servicio que me has hecho.  
Toma esas cinco pesetas.....  
y no olvides.... "¡Caballero,  
pues esto no es lo tratado!"  
exclamó de asombro lleno  
mirando los veinte reales  
el incauto marinero.  
"¿Pues hemos tratado algo?"  
"Sí, Padre." "Pues no me acuerdo."  
"Si me dijo su merced;  
se lo juro á usted por esto,  
y la señal de la cruz  
hacia el hombre con los dedos,  
que me daría una talega  
si en salvo lo ponía luego.  
"Será verdad, no lo dudo  
y cual lo dices, lo creo:  
¡pero cómo tendría yo  
la cabeza en tal momento,  
cuando te llegué á ofrecer  
disparate tan tremendo!  
Nada, nada, no se hable  
del asunto!.... Toma el peso  
y vete con Dios, amigo,  
porque yo.... ya estoy en seco."



## DOS APELLIDOS BÉLICOS.

~~~~~

Cuando más furiosa andaba  
la desoladora guerra  
entre los dominicanos  
y los hijos de esta tierra,  
á causa de una anexión  
tan inútil como necia;  
se dice que en un casino  
de una ciudad de aquí cerca,  
tal vez fuera la de Cádiz  
y quizá tal vez no fuera,  
que no llegan mis noticias  
á tal grado de certeza;  
sobre dudas en el juego  
trabaron grave contienda  
un coronel de reemplazo  
llamado el señor de Guerra  
y un tal don Fulano Armas;  
no tengo de ellos más señas.  
Principiaron, como es rúbrica  
en todas estas grescas,  
por risas provocativas,  
precursoras de indirectas  
y de pullitas punzantes



para acabar por ofensas  
peladas, como los chinos  
de las calles y plazuelas.  
En unos de estos periodos,  
de la dicha pelotera,  
jugando con la palabra  
decia con mucha flema  
el bizarro coronel  
aludiendo, á su manera,  
al acerado apellido  
de su contrario: "Extrañeza  
me causa en verdad, el ver  
que quien de apellido lleva  
el nombre de *Armas*, tan flojo  
y tan apocado sea."  
"Pues más extraño es aún,  
le contestó con viveza  
de seguida el aludido,  
que aquel que se llama *Guerra*  
y es tan fuerte y alentado  
y no le falta una pierna  
ni un brazo y es militar,  
de reemplazo aquí se vea  
pudiendo en Santo Domingo  
su apellido dar á prueba."

---



## EL BENEFICIADO.

Era el señor de Quintan  
 un actor bastante malo,  
 que aburrió muy de lo lindo  
 al público gaditano,  
 allá cuando el rey rabió,  
 lanzándose á los espacios  
 de su probada torpeza  
 del Balon en el tablado,  
 en los informes delirios  
 de *el Valiente Campuzano*, (1)  
*Oscar* (2), *la Misantrópia*, (3)  
*Lo que son suegro y cuñado*, (4)  
*El sordo y el Montañés*, (5)  
*Riesgos y alivios de un manto*, (6)  
*Duendes son los alcahuetes*, (7)  
*El casado avergonzado*, (8)

- 
- (1) De D. Fernando de Zárate.  
 (2) Anónimo.  
 (3) De D. Dionisio Solís.  
 (4) De D. Gregorio Cifuentes.  
 (5) De D. Melchor Fernandez de Leon.  
 (6) De D. Juan Matos Fragoso.  
 (7) De D. Antonio Zamora.  
 (8) De D. Luciano Francisco Comella.



*La Moscovita sensible*, (9)

*El rencor más inhumano*, (10)

*Chirivitas el Yesero*, (11)

y otros muchos mamarrachos  
que aplaudió con frenesí  
el siglo décimo octavo  
cuando estaba en sus *agonis*,  
y el presente, recién nato,  
no se desdeñó de ellos  
si no estoy equivocado;  
pero dejando este asunto,  
lectores, para otro rato,  
en que ustedes, como yó,  
no estemos tan ocupados,  
solo me concretaré  
á deciros, que ya anciano,  
achacoso y miserable  
el actor de quien tratamos,  
consiguió tras mil empeños,  
que unos buenos empresarios  
le concedieran, benignos,  
condolidos de su estado,  
un beneficio de gracia  
en el ya dicho teatro.  
Dispúsose la función  
y Quintan tomó el encargo  
de redactar el programa

---

(9) De D. Luciano Francisco Comella.

(10) Anónimo.

(11) Sainete anónimo.



cual se acostumbra en tal caso:  
puso el encabezamiento;  
y despues fué enumerando  
las piezas que aquella noche,  
ante el público ilustrado,  
habian de ejecutarse,  
concluyendo su trabajo  
con la indicacion de hora  
y precios acostumbrados.  
Mas temiendo el infeliz,  
despues de haber repasado  
el borrador del cartel,  
conociéndose, un *fiasco*,  
pues el éxito arriesgaba  
si salia al escenario,  
del ansiado beneficio  
á tanta costa logrado;  
puso esta nota al programa,  
para evitar el fracaso:  
"Para dar á esta funcion  
mayor brillantez, declaro  
que no toma parte alguna  
en ella, el beneficiado."

---



## E L L I T E R A T O .

Cuando á la *neta del doce*,  
aquel código tan sabio  
que labró segun he oido  
la dicha del suelo patrio,  
le pegó con tanta gracia  
un puntapié el rey Fernando,  
aquellos graves señores,  
llenos de ciencia y de años,  
de virtud y . . . . de otras cosas  
que por sabidas las callo,  
que á manera de nodrizas  
á sus pechos la criaron,  
tuvieron todos á uña,  
cual se dice, de caballo,  
que buscar, por cualquier parte,  
la *cagada del lagarto*,  
para evitar de este modo  
el amor del soberano  
y el olor que despedían  
ya sus pescuezos á cáñamo;  
unos se fueron á Argel,  
otros, como más cercano  
á Gibraltar escogieron  
como el más seguro amparo:



pero los más, es sabido,  
ó al ménos los de más rango,  
que cayeron sobre Londres  
con su afan parlamentario.  
Allá fueron periodistas,  
teólogos, abogados,  
publicistas entendidos  
y médicos cirujanos,  
en fin, la flor y la crema  
del género diputado.  
En esta pléyade ilustre,  
ó *turba magna* de sabios  
que á impetrar fué la clemencia  
del libre pueblo británico,  
sentó plaza un patriota,  
como quien dice, *inter alios*;  
era el tal un bullanguero  
muy conocido, un gitano  
aunque abundante en los chistes  
no estéril tampoco en zafio  
que llamaban *Muselina*,  
banderillero muy malo,  
de esos tipos que se ven  
en Cádiz á cada paso  
y que forman las delicias  
de mozos, hombres y ancianos.  
No es mi plan el describir  
ni ha pasado por mi ánimo  
referir las aventuras,  
las miserias y trabajos  
que sufrió por largo tiempo,  
tal colonia de emigrados:  
basta solo á mi propósito



coñsignar, que fueron tantos, que condolido el gobierno de Inglaterra, de un estado tan lastimoso y tan ruin, con pródiga y franca mano dispuso que una pension se diera, segun el rango ó profesion, á cada uno de los pobres desterrados.

Citólos, con tal motivo por medio de un Comisario que les iba á cada cual su profesion preguntando para asignarle, en su vista, el socorro ya indicado:

cuando al llegar al mocito que sabemos, muy ufano sin ponerse para ello

verde, azul ni colorado, á las preguntas ya dichas respondió nuestro gitano:

”Yo me llamo Muselina, de profesion literato.”

Y fué, desde aquel entonces, en Londres considerado al nivel de los Capmanys, los Torenos y Gallardos.



## EL PRENDIMIENTO.

Lector, sabrás que hubo un sastre llamado el señor Guerrero, que fué un hombre especialísimo en saber partir el tiempo entre pergeñar gabanes, pantalones y chalecos, y trasegar del barril á su alcoholizado cuerpo ese líquido engañoso, con sus puntas de veneno, que en Cádiz llaman *mayorca*; cuyos funestos efectos, cada dia, cada hora estamos tocando y viendo en los millares de víctimas que señala en sus afectos los devotos humildísimos de Noé, Baco y Sileno. Dadas pues estas premisas no extrañarás, lector cuerdo, que no se pasara noche sin que diera este sugeto, al regresar á su casa,



un escándalo de esos  
que forman época célebre  
en la historia de los pueblos.  
En una de esas borrascas,  
capeando á palo seco  
la borrachera más grande  
que los hombres conocieron,  
marchaba un miércoles Santo  
el simpático Guerrero,  
en demanda de su casa,  
dejando tras sí, un tiberio  
de alboroto y vocerío,  
por do pasaba el mastuerzo.  
Pacientes los vigilantes  
y pacientes los serenos,  
su intervencion limitaban  
á custodiar impertérritos  
la penosísima marcha  
del envinado pellejo,  
del animado tonel,  
quiero decir, de Guerrero,  
para evitar cautelosos  
un accidente funesto  
contra las buenas costumbres  
ó las leyes de este reino,  
mandatos del municipio  
y bandos de buen gobierno.  
Yo no sé si en esa noche  
un descuido padecieron  
ó cómo se barajaron,



porque lector, es lo cierto  
que en vez de llevarlo á casa  
segun uso trasañejo,  
con todo el ceremonial  
que en esos casos extremos  
se acostumbra, verbi gratia  
garrotazo y tente perro,  
aquellos viles sayones  
llevaban al buen Guerrero  
(en medio de una algazara  
capaz de quitar el sueño  
al mismísimo Epiménides  
si aun durmiera el muy mostrenco)  
á ese sitio de dolores,  
que todos aborrecemos,  
antesala de la cárcel,  
*avant propos* de los hierros,  
avanzada de presidio,  
posada de poco precio  
que llaman aquí la *preve*,  
prevencion en otros pueblos,  
*vivaque* en algunas partes  
y en otras que son las ménos,  
la casa de *madre abuela*  
y adelante con el cuento.  
Como era tanto el bullicio  
que llevaba en el paseo  
triunfal, que vamos narrando  
el caballero Guerrero,  
dicen crónicas vetustas,



que cuentan este suceso,  
que alarmados los vecinos  
á los balcones salieron  
curiosos de averiguar  
la causa de tal estruendo.  
"¿Me quisiera usted, hacer  
el favor, cabo Rivero,  
de explicarme qué sucede?"  
preguntó, de susto lleno,  
un señor ya entrado en años  
que estaba asomado á un cierro.  
"Muy torpe debe usted ser  
si no llega á comprenderlo:"  
(contestó sin vacilar  
nuestro sastre sonriendo).  
Como hoy es Miércoles Santo  
han querido los serenos  
representar á lo vivo  
el paso del prendimiento."



## E L V I U D O .

Aquel señor de Benitez  
que fué en Cádiz tan famoso,  
aquel que de fraque nuevo  
se revolcó por los lodos,  
en pena de haber estado  
cierto dia, un poco tonto  
perdiendo en vez de ganar  
bastantes doblones de oro;  
hoy nos vá á suministrar  
argumento para otro  
histórico chascarrillo,  
si el lector es bondadoso  
y nos otorga su vénia:  
conque basta ya de exordio,  
que la jornada es bien larga  
y el tiempo sobrado corto.  
Cuando se quedó viudo,  
de su primer matrimonio,  
fueron sus muchos amigos,  
en caso tan doloroso,  
á tomar parte con él  
en sus penas y sollozos:  
porque el hombre, que era bueno,



recibió dolor tan hondo  
con desgracia tan horrible,  
que á poco se vuelve loco;  
segun dicen documentos  
que con afan cuidadoso  
he tenido muy presentes;  
y añade que fueron pocos  
los amigos que dejaron  
de acudir, muy presurosos  
á rendirle este tributo,  
con lágrimas en los ojos,  
al viudo desolado  
en lance tan angustioso;  
y dicen los documentos  
que él, en medio de sus lloros,  
sus angustias, sus pucheros,  
convulsiones y soponcios,  
queriendo de la difunta  
hacer el debido elogio  
y pintar la situacion  
tristísima, en que de pronto  
su falta lo habia sumido,  
le decia á su auditorio:  
”¡Esto es más que haber perdido  
un *entrés*.... Eso es muy poco!  
¡Es mucho más que un *elijan*....!  
¡Es haber sufrido un copo!”

---



## NO ME LO NIEGUES.

---

Entre las varias personas,  
que por decreto del hado,  
han visto la luz primera  
en el suelo Gaditano,  
no deja de ser famoso  
y por muchos celebrado  
un doctor en medicina  
limpio de carnes y alto,  
peinado de media caña  
y muy bien emparentado;  
que ajustando bien sus cuentas  
y pareciéndole escaso  
el interés que sacaba  
á su arte, visitando,  
echó el hombre pecho al agua  
y se hizo galeno acuático:  
quiero decir que en la Armada  
de médico cirujano  
tomó plaza, y se quedó  
de marítimo Esculapio,  
hasta que la parca fiera  
de su vida picó el cabo.  
Profundos estudios hizo



en el mar Mediterráneo  
y en el canal de Bahama  
conoció mil casos prácticos;  
pero donde llegó al colmo  
de sus muchos adelantos  
fué sin duda, en *guarda-costas*,  
y tambien, si no me engaño  
voltejeando por las aguas  
del Casino Gaditano,  
el Teatro Principal  
y otros escollos y bajos  
adonde la medicina  
ocupa un papel muy alto.  
Con tan buenos elementos,  
llegó nuestro paisano  
en la ciencia de Averroes  
á sentarse en el pináculo,  
y ni Velpeau, ni Civiale,  
ni ningun profesor sabio  
en el arte de curar,  
bien francés ó bien germano,  
ó bien hijo de esta tierra,  
que aquí no los hay muy malos,  
le aventajaba un milímetro  
á nuestro doctor acuático.  
Pues bien, de este caballero  
se ha contado tanto, tanto,  
que para no molestar  
al lector con un relato,  
que la copia de materia



bien pudiera hacer muy largo,  
consignaré solamente  
este dicho apotegmático,  
perla fina del Oriente  
que dispararon sus labios,  
una mañana felice,  
á bordo de cierto barco,  
visitando á un marinero  
que sin duda estaba malo.  
"Sí, tú tienes calentura,  
dijo estándolo pulsando,  
no me lo niegues, caramba,  
que para tí será el daño."  
Y el enfermo no murió  
lo cual pasó por milagro.



## PEPE LA PULGA.

El *señó* Pepe la Pulga  
mozo, aunque basto, *d'esprit*,  
era todo un calesero:  
cuando, con aire gentil  
y un *medio vaso* en el *buche*  
y en la boca un *prajandí*  
saltaba en el pesebron  
bien se le podía aplaudir;  
y no habia mayoral,  
ocupado en el trajin  
desde Cádiz á Sevilla  
y desde Sevilla aquí,  
que al *señó* Pepe la Pulga  
le tuviera que advertir,  
en punto á su obligacion,  
el más mínimo deslíz.  
Así el tal tenia más fama,  
en aquel tiempo *barí*,  
y más viento y *fantesía*  
que tuvo el general Prim,  
cuando dicen que ganó  
*la bandera marroquí*:  
y ninguno por delante



pudo nunca conseguir  
 ponérsele, que la Pulga  
 era el hombre de más *chic*  
 para rodar la calesa  
 que hubo desde aquí á Madrid.  
 Cierta dia, que á una urgencia,  
 segun tengo oido decir,  
 en su calesa llevaba  
 á un mercader que hubo aquí  
 muy rico: el maldito potro,  
 que estaba casi cerril,  
 se empeñó, el muy testarudo  
 en quererlo deslucir:  
 y al fin se salió con ella:  
 porque venciendo en la lid  
 contra la rienda empeñada,  
 á pesar del gran tilin  
 y ciencia de *señó* Pepe,  
 consiguió á escape salir  
 desbocado, por la cuesta  
 que coje junto al perfil  
 del castillo que le llaman  
 la Cortadura, y así  
 dando tremebundos botes  
 y saltando baches mil,  
 corria por el camino  
 con furioso frenesí:  
 El mercader iba muerto,  
 más lívido que el añil,  
 y más rojo que un tomate





la Pulga, de berrenchin  
 y los dos con más *cerote*  
 que tiene un perro infeliz  
 cuando víctima inocente  
 de la sevicia infantil  
 lleva colgando del rabo  
 algun cacharrillo ruin.

El mercader fué el primero  
 en romper, con voz sutil,  
 el pavoroso silencio  
 y dicen que dijo así:

”¿Qué te parece Pulguita?”

”¿Que, qué me parece á mí?”

contestó el interpelado  
 rascándose la nariz.

”Poca cosa, señorito:

que no *güerve ozté á meir*

más varas é *percalina*

de *coco ni bombasin.*”



## S E D T E N G O .

En otro cuento anterior  
 hemos dicho, ya otra vez,  
 que entre las ilustres dotes  
 y altas prendas de saber  
 que adornaban al gran Ñoto,  
 sin duda la de más prez,  
 más grande, más exquisita  
 y de más precio y valer,  
 era su insigne pericia,  
 su asombrosa lucidez  
 en explicar de corrido,  
 en ménos de un *sancti amen*,  
 los textos de la Escritura  
 mejor que lo puede hacer  
 un graduado de Bolonia  
 ó algun pastor de Belen,  
 ó esos otros *Pastorzuelos*  
 productos del oro inglés  
 que más tarde ó más temprano  
 que marcharse han de tener  
 de esta tierra que deshonran  
 con su sórdido interés,  
 con sus pindongos, sus niños



y sus biblias de reten,  
 á donde el Padre Padilla  
 es opinion que se fué.  
 Pues lectores, este Ñoto  
 á quien todos conoceis,  
 explicando una mañana  
 ante un público soez  
 que atestado de ignorancia  
 casi se burlaba de él,  
 la pasion del Salvador,  
 con el profundo saber  
 que todos le concedieron,  
 dijo á impulsos del *Ojen*:  
 "Exclamó el *palomo cándido*,  
*Sicio*, dame de beber;  
 y en cuanto lo oyó *don Sicio*  
 fué á casa de un montañés,  
 coje una esponja corriendo,  
 la refriega el mal *gaché*  
 por cima del mostrador  
 y se la dió á su merced;  
 pero Jesús que habia visto  
 desde la cruz tal *belen*,  
 á tragar tal porquería  
 prefirió morir de sed."

---



## LOS BILLETES DE BANCO.

En los tiempos ominosos  
en que la desgracia aleve,  
sobre Cádiz descargó  
su mano pesada y fuerte,  
en el año maldecido  
en que comenzó á dolerles  
á los Bancos la cabeza,  
y no habia más que billetes,  
en vez del oro y la plata  
que aquí circulara siempre,  
y todos los recibian  
cual se recibe una fiebre,  
sucedió lo que ahora mismo  
voy á referir á ustedes.  
En aquel año, repito,  
vino, como siempre viene  
sin curarse de la crisis  
que afectaban los *parneses*,  
un serrano con chacina,  
cuyo nombre no conviene  
estampar en este cuento,



mas si el lector apetece  
que lo diga, entre Galan,  
Puga, Macalio, Jimenez,  
Barreda, Florez y otros  
que no tengo muy presentes,  
que con su rica chacina  
nuestros gustos entretienen,  
escoger á su capricho  
con toda franqueza puede,  
que entre los dichos está  
el serrano fijamente;  
y basta de digresiones  
que van siendo impertinentes.  
Aconteció que un marchante,  
á quien el serrano siempre  
le escogia lo mejor  
por ser señor muy pudiente,  
parroquiano ya de antiguo,  
que pagaba en pesos fuertes,  
esta vez al liquidar  
la cuentecilla, en billetes  
le pagó todo el importe.  
Al mirar tantos papeles,  
muy confuso el chacinero  
se quedó, sin resolverse  
á tomarlos: pero al cabo  
diz que dijo lo siguiente:  
"Guardé *osté* esos papeluchos



que no entiendo de *belenes*.”  
”Pero, amigo, si esto es plata  
y tiene cambio corriente  
con un pequeño descuento  
que le abonaré si quiere.”  
Lo que quiero son *moneas*,  
dijo el otro incontinenti  
rascándose la mollera,  
que yo *puea* tranquilamente  
contarlas y recontarlas,  
sin peligro, á la intemperie.”



## DON JUAN....

Existió aquí, un boticario,  
muy excelente sugeto,  
llamado don Juan García,  
alias.... un aditamento  
que á fuerza de ser muy vivo  
debo pasarlo en silencio.  
Habitaba este señor  
allá por un barrio extremo;  
y no sé si á este motivo  
ó que le salia de adentro,  
es el caso que mi hombre  
no hablaba más que en *flamenco*;  
y no trataba más gentes  
que á gitanos y toreros.  
Más entendia de *caló*  
que de ruibarbo y unguentos;  
y era mucho más perito  
en conocer por sus pelos  
y trapíos, á los toros,  
si eran cárdenos, berrendos,  
retintos, flor de gamon,  
hoscos, sardos, salineros,



que del rábano iodado  
y preparados de hierro,  
formulario magistral,  
lectuarios, dracmas, pesos  
y los demás requisitos  
que forman del farmacéutico,  
segun tengo yo entendido  
el repertorio completo.  
Con aquestas condiciones  
cuya reseña hemos hecho,  
formó como regidor  
parte de un ayuntamiento,  
estando en las comisiones  
de jardines y paseos  
y de espectáculos públicos,  
matadero y cementerio.  
Hubo por aquellos dias  
un escandaloso esceso,  
cometido en el Balon,  
contra el Alcalde Merelo,  
que diz le costó la vida  
al susodicho sugeto,  
y se nombró á nuestro héroe  
su sucesor, en el puesto  
de presidente de fiesta  
del citado coliseo;  
y de aquí pienso tomar  
motivo para este cuento,  
que aun cuando del boticario  
abundan, hasta el extremo,



los casos de *buena sombra*  
y los dichos de gracejo,  
la decencia no permite  
referirlos por obscenos,  
y contar uno pasable  
preferible considero.

Dicen los comentaristas,  
que el egipcio farmacéutico  
tomó con solemnidad,  
segun previene el derecho,  
del palco presidencial  
posesion, y que creyendo  
que honraba tal comision  
dando al personal, aumento,  
agregóse á su señora,  
que en un butacon añejo  
en los dinteles del palco  
puso, á guisa de portero  
y á un robusto y sano vástago  
mofletudo y carilleno,  
que tenia, en un banquito  
sentado á su lado izquierdo,  
lo cual daba á dicho palco  
un patriarcal aspecto  
y cierto aire de familia  
que infundia gran respeto.  
Y dicen, que cuando el público  
manifestaba su empeño  
de repetir una pieza,  
el presidente flamenco



en vez de volver él mismo  
aquel cartelon tremendo,  
que se solia colocar  
del palco en el antepecho,  
señal cierta y evidente  
de oficial asentimiento,  
le decia, con voz grave  
al panzudo rapacejo  
que en cosas tan complicadas  
le servia de escudero:

*Chinorri, ostira er papiri*  
*que er público quie jaleo;*  
*y no camelo merar*  
*como er bueno de Merelo.*

---



## EL SERMON DE PASION.

Voy á referir un hecho,  
que aunque parezca una fábula,  
de esas muchas que se fundan  
en la broma y en la chanza,  
y se inventan, con objeto  
de divertir las veladas  
del invierno, y forman esas  
colecciones de patrañas  
cual las "mil barbaridades"  
y otras tales de su laya;  
es tan cierto y positivo  
y de verdad tan probada,  
que bien puede el que lo dude  
recorrer casa por casa  
las muchísimas que tiene  
la ínsula gaditana  
y que pregunte á las gentes  
si esta historia es ó no exacta;  
y pasemos adelante  
que para prólogo basta:  
advirtiéndolo aquí, de paso,  
para que quede salvada  
cual debe, de compromiso  
mi conciencia, pues del drama  
aun viven los personajes



que el nombre de ellos á plaza  
no piensa sacar mi pluma,  
aun cuando por excusada  
yo tenga tal precaucion:  
pero el adagio nos manda  
callar el nombre del Santo  
y al milagro darle fama.  
Estaban entretenidos,  
en una cristiana plática  
un padre predicador  
y un concurso de beatas  
en el convento del Cármen  
allá por Semana Santa.  
Explicaba el orador,  
con frase discreta y sábia,  
la pasion dolorosísima  
del Salvador de las almas,  
y llegado habia ya al punto  
que los evangelios marcan  
del prendimiento en el huerto,  
cuando al decir las palabras  
de Jesús, *¿A quién buscais?*  
un gallego de una casa,  
que en el templo entraba entonces  
para llevar á sus amas  
unos paraguas, pues mientras  
el sermon se predicaba,  
se habia armado una tormenta,  
creyó que lo interrogaban;  
y sin pararse en pelillos  
exclamó, con voz bien alta:  
"Eu busco á mis señuritas  
para darles los parajuas."



## COSAS DEL LAVI.

Bajaban á Andalucía,  
hace ya bastantes años,  
en uno de esos vehículos  
tan molestos como malos  
que se llaman diligencias,  
el nunca bien ponderado  
Manuel Diaz, alias *Lavi*,  
personage gaditano,  
con el Raton, Atalaya,  
Tio Lorenzo, Juan Gallardo  
y otros más que no recuerdo,  
que venian escriturados  
á trabajar en el Puerto  
la tarde de Santiago,  
una corrida de toros  
del difunto Sanchez Bazo.  
Tambien iba de viage,  
aguantando el gran chubasco  
de la buena compañía  
de aquellos mozos *templaos*,  
una elegante señora



de modales delicados.  
Figúrense mis lectores,  
si por su suerte han viajado,  
lo molesta que vendría  
y lo que estaría pasando  
la buena de la señora  
en medio del gran fandango  
que traían los toreros,  
con sus bromas y sus cantos,  
la bota de Valdepeñas  
y los cultos dicharachos,  
tan propios de aquella gente,  
que no trae el diccionario,  
el humo de los *chicotes*  
nunca jamás apagados  
y los demás desahogos  
que por sabidos los callo,  
sin omitir, por supuesto  
los juegos de pies y manos  
que acostumbran los alumnos  
del arte del *mulabardo*.  
La cara en el ventanillo  
y sin desplegar los labios  
venía nuestra señora,  
sus molestias devorando:  
mas llegó cierto momento  
en que el aire condensado  
á fuerza de tanto humo



y del calor del verano,  
se hizo ya punto imposible  
casi casi el respirarlo:  
notó el Lavi las fatigas  
que debia estar pasando  
aquella dama infeliz,  
por su rostro demudado,  
y con modo placentero  
y el acento lo más blando  
que pudo, nuestro torero  
le dijo, si no me engaño:  
"¿*Le incomoa á ozté, maama,*  
*er jeor* de los cigarros?"  
"Sí, señor." "¿Cómo ha é ser!  
le contestó el muy zamarro;  
*pus* ya se irá *ozté jaciendo*:"  
y siguió mi hombre fumando.



## LAS CUATRO ESTACIONES,

El Cármen de la Alameda,  
como en Cádiz es nombrado,  
es un templo muy bonito,  
bastante capaz y amplio,  
con tres espaciosas naves,  
altar mayor de retablo,  
un órgano de primera,  
un precioso coro alto,  
dos torres de muy mal gusto,  
una portada de mármol  
que es bastante pasadera  
y otras cosas que me callo  
por ser, por demías, sabidas  
por el público ilustrado,  
pero que todas reunidas,  
su exacto valor sumando,  
no darian á este templo  
el renombre venerado  
que la piedad exquisita  
de los fieles gaditanos,  
le ha concedido hace tiempo,  
por ser al escapulario  
del Santísimo Carmelo



y á su culto consagrado;  
como así lo testifican  
la multitud de milagros,  
ó si quieres, lector pio,  
si este nombre te ha chocado,  
*cuadros votivos ó ex-votos*  
de enfermedades, naufragios,  
caidas peligrosísimas,  
curaciones, casos raros,  
que por medio de la Virgen  
con prodigio se han logrado,  
que tapizan las paredes  
de los dos lados del claustro  
y patentizan lo dicho:  
lo prueba tambien el fausto  
de la novena sagrada  
que en Julio todos los años  
á la Virgen titular,  
si no hay canton, celebramos;  
novena que tiene fama  
en los religiosos fastos  
de esta, que fué hace algun tiempo  
una nacion de cristianos,  
y hoy por gracia de . . . . silencio!  
y en esto no nos metamos,  
que el asunto es peliagudo  
y los tiempos andan malos:  
pero sigamos el cuento  
que este terreno es vedado  
á la humilde pluma nuestra



que nunca voló tan alto.  
Tuvo la citada Iglesia  
un capellan, exclaustro  
como era muy natural  
del órden carmelitano,  
llamado el Padre Joaquin,  
que era un señor grueso, alto,  
corpulento en demasía,  
de rostro muy abultado,  
voz profunda de sochantre,  
de génio corriente y franco,  
muy bromista, decidor,  
generoso, campechano,  
sacerdote virtuoso,  
conocido y estimado  
en Cádiz, por todo el mundo,  
de influjo y valer no escaso,  
por sus buenas cualidades,  
entre las gentes de rango;  
y con sospechas vehementes  
de tener atacuñados  
algunos buenos doblones  
producto de los regalos  
que á cada instante le hacian  
con pródiga y franca mano  
las muchísimas personas  
que frecuentaban su trato.  
Fundado en esta opinion  
un señor, que siempre escaso  
estaba de patacones



y de continuo atacando andaba á diestro y siniestro, sin haberse dado caso jamás de restitucion, que era tambien del estado sacerdotal, le escribió cierto dia, importunándolo á fin de que le prestara cien duros, que el tal al año se obligaba á devolverle por un pagaré firmado. Comprendió el padre Joaquin el peligro, y sin pensarlo, dicen sus historiadores, que en seguida en el respaldo de la esquila contestó: "Queridísimo (Fulano): imposible es darte gusto, pues como el tiempo anda malo con las entradas de *invierno* y salidas de *verano* me he quedado, amigo mio este *otoño*, sin un cuarto: no aguardes á *primavera* y busca por otro lado."

---



## UNA DESAFINACION.

Era el señor de Aceitun  
una excelente persona,  
muy lleno de buenas dotes;  
pero el dinero en su bolsa  
brillaba muy pocas veces,  
circunstancia dolorosa  
que le obligó á ser corista,  
aun cuando no entendia jota  
de corcheas, ni de fusas,  
en una compañía de ópera;  
y luego á ser dependiente  
ó portero ú otra cosa  
semejante, del Casino,  
que en aquella ya remota  
feliz época, en la calle,  
si no es infiel mi memoria,  
de Murguía estaba abierto  
en una casa preciosa  
propiedad de.... pero vamos  
al cuento que es lo que importa.  
Ensayábase una noche  
en el Principal la *Norma*,  
y con el cuerpo de coros;  
pero formando á la cola,



el caballero Aceitun,  
dominado por la solfa,  
apuntaba, á palo seco,  
todo el chubasco de notas  
que le plugo al gran Bellini  
encajarnos en su obra.

El maestro director,  
que por cierto era persona  
muy querida y conocida  
en esta ciudad famosa,  
en una de esas paradas,  
que suelen á toda hora  
suceder á cada instante  
de un *spartito* en la *prova*,  
bien porque el *sí* era bemol  
ó porque la prima donna,  
ó el tenor, ó la contralto,  
ó los coros, ó las trompas  
no entraron como debian  
ó se fueron por las lomas  
de Ubeda, formando un *tutti*  
de armonía lacrimosa:  
en una de esas paradas,  
vuelvo á decir, con chillona  
voz, que aumentaba el corage,  
y golpeando con furiosa  
destemplanza, el director:  
"Que pare la orquesta toda"  
decia, con frenesí:  
y cual si fuese tizona  
esgrimia la batuta,  
continuando con voz ronca  
dirigiéndose á los coros:



"Hace más de media hora que ese señor de Aceitun como un perro desentona."

"¿Yo, señor? dijo Aceitun.

"Usted mismo: que atolondra con esos gritos que pega."

"¿Me lo dice usted en broma?"

"¡Pues, para bromas estamos!

contestó lleno de cólera

el maestro: ¿si querrá

este animal de bellota

venir á darme lecciones?

Tengo la cabeza bomba

de oirlo desafinar.

Ataque usted esa nota....."

"Pero señor, por la vírgen

que usted diga tal me asombra,

exclamó nuestro Aceitun:

¿Cómo ha de hacer media hora

ni una que desafino:

cuando no hago yo otra cosa

desde que aquí me ajusté

que abrir y cerrar la boca,

más callado que un difunto

para ganarme las *motas*?"



## LOS DOS DIOSSES.

Vino á Cádiz, una vez,  
un personaje muslime,  
que si no me han engañado  
era todo un señor príncipe;  
y digo me han engañado,  
porque tengo que advertirle  
al lector, que en aquel tiempo  
eran cortos mis abriles,  
pues segun cálculo exacto  
no llegaban á los quince,  
y tengo por consecuencia  
que, en mi cuento, referirme  
al dicho de los ancianos  
que en aquella edad felice  
vivian, y me han contado  
con sus pelos y perfiles  
lo que yo en un mal romance  
voy ahora mismo á decirle.  
Era, vuelvo á repetir  
nuestro personaje el príncipe,  
califa de los creyentes,  
caudillo de los emires,



el muy poderoso infante  
de las tribus marroquíes  
Muley-El-Abbas famoso  
que al frente de muy insigne  
embajada, regresaba  
á la mauritana Tingis.  
El señor que gobernaba  
nuestros asuntos civiles  
en tal fecha, tenia orden  
de tributarle y rendirle  
al infante, los honores  
que nuestras leyes prescriben  
se tributen á los reyes;  
los cuales *ad pedan literæ*,  
con precisa exactitud  
se llevaron hasta el límite  
que verá el lector curioso,  
si cansado no desiste  
de continuar la lectura  
de este romance infelice.  
Digo que el gobernador,  
que nada tenia de lince,  
con la venida del Moro  
pretendió mi hombre lucirse;  
y pareciéndole poco  
cuanto allá de los *Madriles*  
preceptuado le habian,  
concibió la idea sublime  
de lanzar á quema ropa  
al emir de los emires



una linda alocucion;  
y arremeti6, pluma en ristre,  
y se descolg6 con una  
que, entre otros sabrosos chistes  
en que abundaba, producto  
de su criterio caribe,  
concluia de este modo  
sin a~adirle una tilde.

"Que te proteja *tu Dios*  
y que el *mio* te ilumine."

Y despues de una andanada  
de tal fuerza y tal calibre,  
se qued6 aqu6 gobernndonos  
aunque parezca increible.



## EL MOQUITO.

Las crónicas gaditanas conservan en sus archivos que son asaz bien extensos, porque tengan entendido mis lectores, que esta tierra en que andamos y vivimos es, sin duda, la más fértil en toda clase de *tipos* que topar pueden las gentes en el mundo conocido; y sentada esta advertencia, conservan, digo y repito la historia de cierto *quidam* que por justo veredicto de personas entendidas, todas ellas del oficio, fué el mejor *levantador de muertos*, de este distrito; pues gozaba de invencion el privilegio exclusivo, de *levantar un cadáver* en el filo de un cuchillo, á vista, ciencia y *emboque* del *griego* más entendido;



y otros varios *tours de force*,  
 todos por el mismo estilo,  
 nunca vistos ni ensayados  
 en esos clásicos sitios  
 donde se pelan los hombres  
 por el simple mecanismo  
 de unos naipes y una mesa  
 con el tapete raído.

Dicen pues, de este señor,  
 entre otros rasgos magníficos  
 que *perpetró* en varias partes,  
 unos casuales testigos  
 que estuvieron, cierta noche  
 sin duda por compromiso,  
 en una *timba* que habia  
 por la calle del Molino,  
 que vieron á nuestro hombre  
 en el lance maldecido,  
 que con licencia de ustedes  
 voy á contar ahora mismo.

Aquella noche ensayaba  
 el sistema sencillísimo  
 de *empalmar* los duros de oro  
 y tambien los dobloncillos  
 de los puntos descuidados,  
 metiéndoselos con tino,  
 en las narices, que eran  
 segun retrato que he visto,  
 por lo largas muy capaces  
 de cumplir con tal destino,  
 y luego, con disimulo  
 que se sonaba, el muy pillo,  
 fingia, para llevarse



con el pañuelo al bolsillo  
el fruto de sus *boliches*  
quedándose muy tranquilo.  
El banquero que, sin duda,  
sospechaba ó tenía aviso  
de aquella marimorena,  
andaba esa noche listo  
observando, atentamente,  
pero así como al descuido,  
para no infundir sospechas,  
el movimiento más mínimo  
de nuestro hombre y cogerlo  
*infraganti* en el delito.  
Observó pacientemente,  
que se llevó al consabido  
lugar, un duro de premio,  
y cuando iba nuestro amigo,  
con el pañuelo á sonarse  
para enterrar lo adquirido,  
el banquero con cachaza  
metiéndole en los hocicos  
la mano, de esta manera  
con mucha sorna le dijo:  
"No te molestes pichon,  
guarda el pañuelo que es limpio,  
y lárgame aquí en la mano  
ese precioso moquito."

---



## LAS OPOSICIONES.

Hubo en esta Catedral,  
segun consta en comprobantes,  
un señor Penitenciario,  
persona muy docta y grave  
y que fué, por su virtud  
ornamento *ecclesiae almae  
gadicensis* y no añado  
otros dotes y quilates  
de virtud y erudicion  
que tenia, pues bastantes  
conceptúo los ya dichos,  
para que todos unánimes  
conozcan á quien aludo;  
pues murió bien poco hace  
y su memoria es muy grata  
para que pueda olvidarse.  
De este ilustre sacerdote  
tan sabio y tan venerable,  
si me otorgais vuestra vénia  
voy á contaros un lance,  
sin quitarle ni ponerle  
ni aun el más ligero ápice;



que tenia el buen canónigo,  
ligerísima la sangre,  
que era hijo de esta tierra  
con lo cual digo bastante.  
Vacó aquí una canongía,  
de oficio, y á todas partes  
se mandaron los edictos  
que marcan las decretales,  
convocando á oposiciones,  
sin que, á su tiempo, llegasen  
á firmar aquellos actos  
más que un licenciado en cánones  
graduado en Orihuela  
y vecino de Linares.  
Como no se presentó  
ningun otro contrincante,  
fué preciso que el cabildo  
de oficio se lo nombrase  
y le tocó, por la suerte  
el argüir al firmante  
de los actos, al canónigo  
que nuestros lectores saben,  
más claro, al Penitenciario,  
el cual con formas suaves  
y un latin que Marco Tulio  
tal vez no lo despreciase,  
en continuado conflicto  
me colocó al de Linares.  
Apurado y sin saber,  
nuestro licenciado en cánones,



cómo evitar la dialéctica  
del feroz argumentante,  
dando ya golpes de ciego  
para poder escaparse  
de las garras del contrario  
que tenia por delante;  
entre otros mil desatinos  
que largó, muy garrafales,  
exclamó ya balbuciente,  
de ignorancia y de corage:  
"Tollita causa..." "Sublata"  
contestó su contrincante.  
"Tollita" volvió á decir  
y el otro con calma grande,  
"Sublata" le interrumpió,  
"Diga usted, y no me enfade  
*tollita* como se debe....."  
"Yo no digo disparates,  
contestó el Penitenciario  
y ya pueden figurarse  
mis lectores que se iria  
el licenciado á Linares  
sin lograr que la prebenda  
el Obispo le colase.

---



## EL SANTO FRANCÉS.

En aquel tiempo glorioso  
en que Soult tuvo cercado  
este insigne baluarte  
del invicto valor patrio,  
era tanto el fuego bélico  
y tan fuerte el entusiasmo  
que ardia en los corazones,  
de los buenos que encerrados  
estaban en esta plaza  
por la patria peleando,  
como inextinguible el odio  
que sentían aquellos bravos  
contra el *corso* maldecido  
y sus huestes de sicarios.  
Así pues, los improperios  
y los insultos más bajos,  
las calumnias, los baldones  
y los hechos más menguados,  
en siendo contra franceses  
(¡oh ceguedad de los ánimos



turbados por la pasión!)  
 se daban por perdonados,  
 y aun es más, pues casi casi,  
 puedo decir sin engaño,  
 que no tan solo perdon  
 merecían, sino aplausos.  
 De este modo se concibe  
 que pasara, sin escándalo  
 el siguiente desatino,  
 á pesar de ser tan craso,  
 que escuchó la culta Cádiz  
 en la Iglesia de San Pablo,  
 y que al fin *si non e vero*  
*me fué al ménos ben trovato*.  
 Predicaba un panegírico  
 no recuerdo de qué santo,  
 en la Iglesia antes citada,  
 un lector, ya jubilado,  
 de la familia seráfica,  
 del humilde órden descalzo,  
 y entre las muchas sentencias  
 de los lugares sagrados  
 y doctores de la Iglesia  
 profetas y padres Santos,  
 versículos de la biblia  
 y citas de autores rancios  
 que amontonaba, á porrillos,  
 con notable desenfado,



nuestro buen padre Francisco,  
hété aquí que muy ufano,  
cual si vertiese una perla  
á vueltas de un latinajo,  
exclamó, con voz potente:  
"Sí, mis queridos hermanos,  
debemos creerlo así  
pues lo dice San Bernardo,  
si es que crédito merece  
un santo que fué *gabacho*."



## A G U I L L A R S E .

Entre las múltiples ruedas  
que forman el admirable  
y complicado artificio  
de las Santas libertades,  
que á fuerza de tanto oro,  
tanto sudor, tanta sangre,  
tanta honra, y tanto *et cætera*,  
se conquistaron en Gades,  
no sé si dos ó tres veces,  
que nunca llegó á importarme  
la *gloriosísima* historia  
de nuestras *felicidades*,  
existe una pequeñita  
sucursal de otras más grandes,  
que se mueve por impulsos  
de fuerzas municipales,  
y se llama "Comision,  
(vaya un nombre retumbante)  
local de instruccion primaria"  
de la cual pienso ocuparme  
lectores, con vuestra vènia  
para contaros un lance



que en esta ciudad insigne  
aconteció, poco antes  
de aquel famoso setiembre  
tan lucrativo y laudable  
que inició la era de honra  
y dió fin de los tunantes,  
á la dicha Comision  
que en el tiempo detestable,  
que referimos, estaba  
compuesta de muy capaces  
y competentes personas,  
que la mision importante  
confiada á sus cuidados  
con celo recomendable  
desempeñaban gustosos,  
como debia de esperarse  
de todo un señor canónigo,  
sacerdote venerable  
por su piedad y su ciencia  
y que *post pontificalem*  
ocupa la cuarta sede.....  
pero vamos adelante  
y dejémonos de señas  
que las dichas son bastantes.  
Un concejal, que de ene,  
era teniente de alcalde  
y dos vecinos que puedes  
lector mio muy amable,  
si te dan ganas de ello,  
á gusto tuyo llamarle



ó Rodriguez, ó Jimenez,  
 Perez, Bermudez ó Sanchez.  
 Estando, esta Comision,  
 examinando la clase  
 ó la escuela gratuita  
 como se decia antes,  
 de Belen, y viendo el poco  
 escaso, insignificante  
 adelanto, en que se hallaban  
 los pequeños escolares  
 para dar al acto aquel  
 su finiquito y remate,  
 dispuso el señor canónigo  
 que los niños se marchasen;  
 (pues decir se me olvidaba  
 que formando dos falanges  
 cercando á la plataforma  
 estaba toda la clase).

”Está el acto concluido  
 y ya pueden retirarse,”  
 dirigiéndose á los niños  
 dijo, con dulzura el. . . . ¡Diantre,  
 pues no iba yo á correrme  
 con el nombre! ¡Vaya un lance!  
 Pero los niños tranquilos  
 sin siquiera menearse,  
 en su sitio muy plantados  
 se quedaron tan campantes.  
 ”¿No han oido ustedes, niños,  
 que ya pueden ausentarse?



al ver su inmovilidad  
exclamaron los vocales.

”No se molesten ustedes,  
dijo el teniente de alcalde,  
para que entiendan los pobres  
es fuerza en su lengua hablarles.

Ya verán cómo comprenden,  
lo que les digo, al instante.

”Conque, cuando ustedes quieran;  
por la puerta y á *guillarse*”  
y al segundo no quedaba  
en toda la escuela un ángel.



## EL MAGISTRAL CABRERA.

Entre las varias personas  
que, en esta ciudad, se honraron  
con el nombre de discípulos  
predilectos, y de ahijados,  
de D. Antonio Cabrera,  
aquel Magistral tan sabio,  
sacerdote ejemplarísimo,  
ornamento el más preclaro  
por la humildad y la ciencia  
del cabildo gaditano;  
todavía existe una,  
que cuenta bastantes años,  
lo ménos diez y seis lustros  
segun cálculos exactos,  
persona de grande mérito,  
humanista, literato,  
heredero del talento  
de aquel hombre tan preclaro,  
de quien fué toda la vida  
el discípulo mimado:  
que hablando del Magistral  
y su gracia recordando,



entre infinitos ejemplos  
de viveza, celebrados  
que á borbotones salían  
de su boca, sin escándalo  
de la cristiana moral,  
muchas veces le he escuchado  
referir lo que, ahora mismo  
en este romance trato  
de contar á mis lectores  
dejándome de preámbulos.  
Dice pues este sugeto:  
estudiaba el tercer año  
de medicina, y un día  
de pronto se entró en mi cuarto,  
que era uno de los primeros  
de los del ángulo bajo  
del colegio, el Magistral  
á leerme, muy ufano,  
no recuerdo qué papel,  
que esto importa poco al caso;  
como en dicha habitacion  
no vió ni sillas ni bancos;  
(porque en todas estas cosas  
fuí siempre muy descuidado  
y no me ocupaba de ellas,  
á tal extremo llegando,  
que en los tres años que hacia  
que habitaba dicho cuarto,  
ni jamás se habia barrido  
ni ménos aljofifado,



ni la cama se habia hecho;  
llegando á tal el escándalo,  
que las sábanas y almohadas,  
en el tiempo ya indicado,  
ni habian visto la colada  
ni tampoco su reemplazo  
*et sic de cæteris*, era  
dicha alcoba un descampado:)  
tuvo el Sr. Magistral,  
su sotana remangando,  
que sentarse en un extremo  
de mi cama, resignado.  
Al pronto no reparó,  
con la vista ni el olfato,  
el estado de limpieza  
de aquel lecho tan extraño,  
sin duda con la lectura  
del papel entusiasmado:  
pero al fin, apercibióse,  
con asombro de su ánimo,  
de la negrura espantosa  
de aquellos mugrientos trapos,  
y sin darse explicacion  
de fenómeno tan raro,  
suspendiendo la lectura  
me dijo muy admirado:  
"Hazme el favor de decirme  
si te destiñes, muchacho."

---





## COSAS DEL BALON.

---

Aunque estrechísimo y largo  
como palo de geringa,  
de hechura bastante fea  
y proporciones mezquinas,  
muy pobre en el decorado  
y poco grato á la vista,  
incómodo para el público  
y extraviado en demasía,  
caluroso en el verano  
y en el invierno ni el clima  
de la Siberia es más duro  
que aquel que allí se respira,  
tiene el *anciano Balon*  
condiciones de valía,  
que lo hacen merecedor,  
segun la fama publica  
á una voz, con sus trompetas,  
á muy justas simpatías.  
Es una, ser el primero,  
que topamos, en la lista  
de todos los coliseos  
de la Europa; (y no es mentira



si viniendo desde América  
á contarlos se principia)  
es otra tener probada  
ya su noble biografía,  
pues segun narra la historia,  
y mi pluma lo consigna  
para honor de aquel teatro,  
en su sala, fementida,  
hubo vez que la Regencia,  
los grandes, los camaristas,  
los diputados á córtes,  
y los hombres de valía,  
nacionales y extrangeros  
que Cádiz, la muy invicta,  
allá por el año doce,  
en su recinto tenia,  
se solazaron de noche  
oyendo una tonadilla,  
un sainete muy chistoso  
ú otra cosa parecida.  
Y es fama tambien que allí  
autores de gran estima,  
con actores de gran mérito  
exhibieron sus primicias  
y otros estrenaron piezas,  
que han sido muy aplaudidas  
como diz que aconteció  
con la "perla granadina"  
en su drama *patriótico*  
la "Viuda de Padilla."



Despues vino á decadencia,  
 que la fortuna es esquiva,  
 y nadie clavó su rueda  
 que siempre, constante gira;  
 y hoy está en putrefaccion  
 por final de sus . . . . desdichas:  
 ¿por final he dicho? miento,  
 que en esta semana misma  
 ¿quién sabe si á *Covent-Garden*  
 le echará la zancadilla?  
 que de estas cosas se ven  
 en este mundo muchísimas:  
 pero vamos al asunto,  
 que estas digresiones pícaras  
 de marear son capaces  
 á las cabezas más listas.  
 Es el caso, que una noche,  
 en que el Balon se veia  
 henchido de bote en bote,  
 se armó allí, una rebujina,  
 de aquellas que con frecuencia  
 en tal sitio acontecian;  
 pero de tal magnitud,  
 de tal furia y tal cuantía  
 que yo creo es la mayor,  
 segun varios atestiguan,  
 de todas cuantas en él  
 han tenido fuerza y vida.  
 Todo era gritos y ruidos,  
 insultos y cachetinas,



las mujeres asustadas,  
la comedia suspendida,  
los músicos fugitivos  
y las personas pacíficas  
no siéndolo, en tal momento,  
para buscar la salida.

Mientras tanto el presidente,  
que era un sastre progresista  
que gozó gran fama en Cádiz,  
en tranquila calma chicha,  
sin tomar disposiciones  
la trapisonda veía,  
sin saber lo que mandar  
á dos medrosos guindillas,  
que su sagrada persona  
de un exceso defendían.

Yo no sé de qué manera  
la revuelta, fin tendría,  
si un chusco no se lo diera  
con la ocurrencia maldita  
de decirle al presidente  
con voces descomedidas  
que dominaron un punto  
toda aquella gritería:

”Ciudadano, presidente  
vamos á tomar *medidas*,”  
con lo cual los contendientes  
comprendiendo la alusiva  
indicacion de aquel chusco,  
trocaron el odio en risas.



## LA PATA DE CARNERO.

Tengo entendido, lector,  
que en época algo lejana,  
antes que el Sr. Topete  
la mollera se quebrara  
inventando aquella *trecha*,  
tan gloriosa como honrada,  
contra la Reina Isabel,  
de las fragatas blindadas,  
que tan buenos resultados  
está produciendo á España,  
y que el glorioso arbolito  
de las libertades santas,  
nos largara la cosecha  
carcundo-republicana,  
constitucio-interinista,  
benévolo-radicala,  
cantonal-posibilista,  
con todas las demás ramas  
de ese género *roteño*  
que llamamos calabazas;  
tengo entendido, repito,  
que en la isla gaditana



se deleitaban las gentes  
con diversiones prosaicas;  
como son, entre otras muchas  
por via de verbi-gratia,  
el café de las Cadenas,  
las tertulias de las casas,  
las arboledas del Puerto  
y las giras á Chiclana,  
aquellos bailes tan cucos,  
que gozaron tanta fama,  
de Bachicha y de los Piris,  
las meriendas celebradas,  
en los rancios ventorrillos  
de San José y de la Aguada,  
Isabel, el Chato y otros,  
de parecida importancia,  
el Balon, los *barriletes*  
y las bochas afamadas  
del Olivillo, el Laurel  
y la tienda de la Parra,  
el néctar de *Puerta Tierra*,  
como Castillo llamaba,  
en sus viejos sainetes  
tan célebres por su gracia,  
al vinillo Manzanilla  
que Sanlúcar nos regala;  
y otras tantas candideces  
que las doy por apuntadas.  
Ya se vé, como la gente  
de aquel tiempo, no gozaba



de los grandes adelantos  
que el mundo en el día alcanza  
y ni siquiera sabían  
que es can-can ni democracia,  
ni sufragio universal,  
ni canton, ni barricadas,  
ni matrimonio civil,  
ni libertad de enseñanza,  
ni derecho ilegislable,  
ni lo demás de esta laya,  
no es extraño se entregasen  
á cosa tan sin sustancia,  
cual lo es el divertirse  
sin que lo pague la patria;  
y principiemos el cuento  
que el aliento ya me falta,  
que el exordio ha sido largo  
y la pluma está cansada.  
Varios vecinos, de esta,  
personas acomodadas,  
solían acostumbrar,  
siguiendo la usada pauta,  
de las diversiones dichas  
un día de la semana,  
que supongo era el domingo,  
echar lo que aquí se llama  
una cana al aire libre,  
divirtiéndose en Chiclana,  
á donde para el efecto,  
sostenían una casa



por el año, á escote fijo,  
entre todos costeada.  
Los sábados por la tarde  
ó el domingo de mañana,  
aquel, que en rígido turno,  
por su órden le tocaba,  
ya sabia que era fuerza  
que un almuerzo preparara  
para todos los amigos:  
y despues iban á caza  
ó á disfrutar de aquel campo  
ó á lo que les daba gana.  
Tocóle el turno, una vez,  
como es justo le tocara  
á un tal D. Félix Izquierdo  
del comercio de esta plaza;  
persona recomendable,  
de ocurrencias, buena pasta,  
al cual le pasó, lector  
sin quitar ni poner nada,  
lo que voy, si lo permites,  
á decirte en confianza.  
Preparó el Sr. D. Félix  
el almuerzo, y entre varias  
cosillas, muy exquisitas  
que llevó, condimentadas,  
puso sus cinco sentidos  
en una sabrosa pata  
de un riquísimo carnero  
soberbiamente guisada



por manos de un gran maestro,  
que por entonces estaba  
en gran boga por aquí;  
pero quiso la desgracia  
que no sé de qué manera,  
si fué con malicia hurtada  
ó se perdió en el camino,  
porque en esto no andan claras  
las fuentes en que he bebido  
de este suceso las trazas,  
es el caso, que en la mesa  
D. Félix no vió la pata,  
y creyendo era descuido  
del gallego, que en la casa  
estaba constantemente  
para tenerla aseada  
y servirles la comida  
cuando el Domingo llegaba,  
le hizo señas, como pudo  
y le preguntó en voz baja,  
(para que ningun amigo  
de los que juntos estaban  
almorzando, no lo oyera,  
pues D. Félix deseaba  
darles una gran sorpresa  
con la pata desdichada)  
le dijo: "¿por qué no has puesto  
como te mandé, la pata?  
"¡Vaya, señor, lu que dice!"  
contestó lleno de calma



el robusto hijo del Miño  
sin enterarse de nada,  
pues ni tal pierna había visto  
ni entendía una palabra  
de aquello que le decían  
de la prenda culinaria.  
"¡Que la pongas! repetía  
D. Félix, echando áscuas,  
"¿Pero que voy á ponere?"  
el gallego replicaba,  
encendida de vergüenza  
la estúpida y necia cara.  
"¡Qué la pongas animal  
en la mesa! "¿El qué...?" "La pata;  
anda y despáchate pronto."  
"¡Ya que usted lo manda, vaya!"  
y levantando la suya,  
del zapato despojada,  
sobre los blancos manteles  
la puso con mucha gracia.

---



## LA LISTA DE LA LOTERIA.

Yo no sé si se habrá muerto,  
y si no, fuerza es que viva,  
un señor que hubo aquí en Cádiz  
de profesion bajonista;  
y por si el lector curioso  
no comprende la valía  
de tan noble profesion,  
y no sabe en lo que estriba,  
le diré que se reduce  
toda su categoría  
á tocar en los entierros,  
funerales, rogativas  
y en las misas de difuntos  
y tambien en las vigalias  
el piporro, ese instrumento  
tan elegante á la vista  
como agradable al oido,  
de construccion tan sencilla,  
que es pariente del fagot.  
Pues señor, mi bajonista  
yendo en una *conduccion*



*de primera, muy lucida,*  
haciendo mil gorgoritos  
con ejecucion magnífica,  
al pasar por una calle  
se le antojó ver la lista  
(así al paso, y sin dejar  
de tocar, que iban de prisa)  
en una administracion  
principal de loterías,  
por saber si, casualmente,  
un premio sacado habia:  
y dicen graves personas,  
que el del bajon vió enseguida  
su número entre los buenos,  
al primer golpe de vista;  
y que fué tal su entusiasmo,  
y tan grande su alegría,  
que olvidado del entierro,  
con la cabeza perdida,  
entregado al embeleso  
de sensaciones dulcísimas,  
abandonó, sin saberlo,  
la fúnebre comitiva,  
quedándose ante los números  
más plantado que una encina,  
soplando inconscientemente  
la malhadada boquilla  
del armonioso instrumento,



para obsequiar á la lista  
le largó una serenata  
de bajon que dama grima.  
Así estuvo largo tiempo  
*bajoneando* su dicha,  
hasta que le interrumpió  
la prosáica policía,  
sospechosa de su juicio,  
al mirarlo de tal guisa.



## COSAS DE ANTAÑO.

La Pautrez y la Quatrini,  
dos bailarinas de antaño,  
trajeron enloquecido  
al público gaditano;  
que acudia presuroso  
al veterano teatro,  
que llaman el *Principal*,  
á disfrutar con los saltos  
las piruetas y los brincos,  
y los difíciles pasos  
de aquellas dos eminencias  
del gran arte coreográfico.  
Llegó á tanto la pasion,  
subió á tanto el entusiasmo,  
que por ver las cabriolas  
los gaditanos mostraron,  
que aquellos buenos señores  
tan sérios, y encopetados,  
tan ricos y tan formales  
y enemigos del escándalo,  
cual zegríes y gomeles,



cual *chorizos* y *polacos*,  
masones y comuneros  
ó como perros y gatos  
por las sílfides, ya dichas  
se dividieron en bandos,  
tan opuestos y feroces,  
exclusivos y encontrados  
que apuraron las razones  
y apelaron á los palos  
como argumento supremo  
en pró del ídolo amado,  
que cada cual defendía  
con empeño tan bizarro,  
convirtiendo á cada hora  
en campo de pugilato  
aquello que más que templo  
á las musas dedicado,  
parecía á todas luces  
un reñidero de gallos.  
Y dicen, los que lo vieron  
que se llevó á tanto grado  
aquella empeñada lucha,  
que se dió el siguiente chasco,  
que yo quiero consignar  
por lo original del caso.  
Anunció su beneficio  
la Quatrini, un día dado:  
¿y qué hacen sus enemigos,  
los ardientes partidarios  
de su rival la Pautrez?



se juntan en conciliábulo,  
van despues al botiquin  
y compran, sin más reparo,  
todas las localidades  
disponibles del teatro:  
pactan, luego, gran secreto  
y se dispersan callados.  
Llega la hora de empezar  
y con estupor y pasmo  
de la mísera Quatrini,  
que sabia que tomados  
estaban todos los sitios  
de la casa, de antemano;  
y esperaba verla llena  
de amigos y apasionados  
que al salir la colmarian  
de coronas y de aplausos;  
solo vió, cuando el telon  
los gallegos elevaron,  
el vacío en las lunetas,  
la soledad en los palcos,  
la orquesta tocando sola  
y para colmo de escarnio  
á su rival La Pautrez,  
con la sonrisa en los labios,  
en un palco de proscenio  
su venganza saboreando.



## EL PARAGUAS.

Fué, una vez, á cierta casa  
para ver á su comadre  
una señora ya antigua,  
de cuyo nombre acordarme  
por más que lo deseara  
no puedo en aqueste instante,  
en ocasion que las nubes  
descargaban sobre Gades  
las cataratas del Cielo  
en chaparrones tan grandes,  
que de seguro hace tiempo  
no han caido otros iguales.  
Llegó, pues, nuestra señora  
como puede figurarse  
el lector, hecha una sopa  
y escurriendo el agua á mares.  
"Pero mujer, ¡qué locura!  
dijo al verla su comadre:  
¿no tenias un paraguas  
siquiera con que taparte?"  
"Ya se vé que tengo uno!"  
"¿Pues entónces, qué diantre,  
estando lloviendo tanto  
por qué hija no lo traes?"  
"Te diré; porque el que tengo  
no sirve para la calle."



## EL ALTAR MAYOR.

---

Es la Iglesia de la casa que fué de los Agustinos de aquesta ciudad, un templo que sin tener nada artístico, por sus buenas proporciones puede pasar por muy lindo. Tiene un buen altar mayor de los que son conocidos con el nombre de *batea*, que es elegante y bonito; y efigies de grande mérito, entre ellas un Cristo, fijo en la cruz, que del cincel de un gran escultor es digno; un Señor de la Humildad, de valor más relativo, propiedad de la hermandad llamada de vizcainos; y un Tránsito de la Virgen.... y un Nazareno chiquito.... y un Patriarca fundador.... y basta: que ya el camino perdemos de nuestro cuento, con los Santos engreidos.



Tuvo este templo, hace tiempo  
segun á mí se me ha dicho,  
yo no sé si sacristan  
ó encargado, aunque me inclino  
á creer fué lo segundo  
por razones y motivos  
que me reservo, persona  
así como Dios lo hizo,  
con más puntas de paleta  
que ribetes de agustino.  
Cierta dia de funcion  
al fundador, que un hechizo  
digno de ver era el templo,  
á fuerza de tanto cirio,  
tantas flores, tanta plata;  
el capellan, supradicho,  
entusiasmado de gozo  
exclamó, en el paroxismo  
de su febril alegría,  
llorando á moco tendido  
ante un corro de beatas,  
que tenian en él fijos  
sus ojos y pensamientos  
con afan tierno y solícito,  
la siguiente hermosa frase  
que se guarda en los archivos  
de la órden, cual modelo  
de sublimidad de estilo:  
"¡Qué vista le dá al altar  
el *velámen* encendido!"

---



## LOS GUANTES.

Hubo hace tiempo, un Alcalde  
(segun dicen á una voz  
muy respetables ancianos  
todas personas de pró,  
legos, llanos y abonados:)  
en aquesta poblacion,  
liberalote subido  
del género más feroz,  
que en tratándose del *Duque*,  
y de la Constitucion,  
la milicia nacional  
y del santísimo horror  
contra los curas y frailes  
y toda la coleccion  
de exquisitos sentimientos  
del progresista español,  
se las tenia muy tiesas  
hasta con Napoleon:  
aparte de estas sandeces  
y otras de marca mayor  
que, segun dicen autores,  
nuestro alcalde padeció;



era por todos tenido  
por excelente señor:  
y confirmada encontramos  
esta prudente opinion  
en el hecho que motiva  
este cuento, que un doctor  
copió, *ad verbum scripta*,  
de un antiguo cronicon  
que inédito permanece,  
sin gozar la luz del sol  
en los famosos archivos  
del Campillo del Balon.  
Tuvo, en virtud de la vara  
que dignamente empuñó  
nuestro alcalde, cierto dia  
de presidir precision,  
por supuesto de etiqueta  
como cosa de rigor,  
no sé si una religiosa  
ó cívica procesion,  
que esto al cuento no le hace  
y además no lo sé yo.  
Prepararse quiso el hombre  
con mucha anticipacion,  
que era el caso delicado  
y queria con honor  
salir de tan gran empeño,  
y para ello, comenzó  
por comprar pieza por pieza  
el traje de la funcion,



pues nunca gastado habia  
no digo frac, paletot.  
Tocóle el turno á los guantes  
y al punto se dirigió,  
como lo más natural  
á la fábrica *del Sol*,  
de la Viuda de Rodriguez,  
que fué siempre la mejor  
de toda la Andalucía  
y tal vez de la nacion:  
pidió guantes de primera,  
y así que se los probó  
exclamó, dándose tono  
ahuecando algo la voz:  
"Ahora deme, usted, el otro"  
"¿Pues no tiene usted los dos?"  
le contestó el dependiente  
muy lleno de confusion.  
"Pero me falta el tercero"  
"¡El tercero!" "Sí señor,  
el que en forma de manojó  
sin poner se lleva hoy:  
y los pollos elegantes  
le llaman el juguetoní."

---



# ÍNDICE.

---

|                                      | <u>Pág.</u> |
|--------------------------------------|-------------|
| PROLOGO.....                         | V           |
| Al lector.....                       | XIII        |
| I. El Hércules enfermo.....          | 1           |
| II. Un yerno modelo.....             | 4           |
| III. El Teatro de Guadalajara.....   | 6           |
| IV. Los dos loros.....               | 9           |
| V. Un albur.....                     | 11          |
| VI. El dó de pecho.....              | 12          |
| VII. La revolucion de Setiembre..... | 14          |
| VIII. La materia prima.....          | 20          |
| IX. Churri-burris.....               | 26          |
| X. El Tio Pierres.....               | 28          |
| XI. Las campanas.....                | 33          |
| XII. El pasaporte.....               | 34          |
| XIII. Los últimos momentos.....      | 39          |
| XIV. El pajarito.....                | 41          |
| XV. El laudo compromisario.....      | 45          |
| XVI. La vara de puntilla.....        | 48          |
| XVII. Las natillas.....              | 49          |
| XVIII. Los pasteleros.....           | 53          |
| XIX. El Banco de Terranova.....      | 63          |
| XX. Traducccion literal.....         | 65          |
| XXI. La llave.....                   | 68          |
| XXII. La sota de espadas.....        | 70          |
| XXIII. El alquiler del cuarto.....   | 74          |



|          |                                    |     |
|----------|------------------------------------|-----|
| XXIV.    | El fondo del mar.....              | 77  |
| XXV.     | El caldo.....                      | 84  |
| XXVI.    | La fábrica de armas de Toledo..... | 87  |
| XXVII.   | El cuarto de billete.....          | 90  |
| XXVIII.  | Un asunto interesante.....         | 96  |
| XXIX.    | Las cursis.....                    | 102 |
| XXX.     | El tenor náufrago.....             | 111 |
| XXXI.    | El sistema planetario.....         | 116 |
| XXXII.   | Los algodones.....                 | 119 |
| XXXIII.  | El queso.....                      | 122 |
| XXXIV.   | Un académico de la lengua.....     | 127 |
| XXXV.    | El grado de reválida.....          | 130 |
| XXXVI.   | El negro.....                      | 132 |
| XXXVII.  | El sermón interminable.....        | 136 |
| XXXVIII. | Los Todosantos.....                | 138 |
| XXXIX.   | El muerto saludable.....           | 141 |
| XL.      | El mensajero listo.....            | 143 |
| XLI.     | Trabajar por cuenta ajena.....     | 146 |
| XLII.    | El frac nuevo.....                 | 150 |
| XLIII.   | Ad utrumque.....                   | 154 |
| XLIV.    | El pimiento dulce.....             | 157 |
| XLV.     | El hábito no hace al monge.....    | 162 |
| XLVI.    | Del dicho al hecho.....            | 167 |
| XLVII.   | Dos apellidos bélicos.....         | 171 |
| XLVIII.  | El beneficiado.....                | 173 |
| XLIX.    | El literato.....                   | 176 |
| L.       | El prendimiento.....               | 179 |
| LI.      | El viudo.....                      | 183 |
| LII.     | No me lo niegues.....              | 185 |
| LIII.    | Pepe la pulga.....                 | 188 |
| LIV.     | Sed tengo.....                     | 191 |
| LV.      | Los billetes de Banco.....         | 193 |
| LVI.     | Don Juan.....                      | 196 |

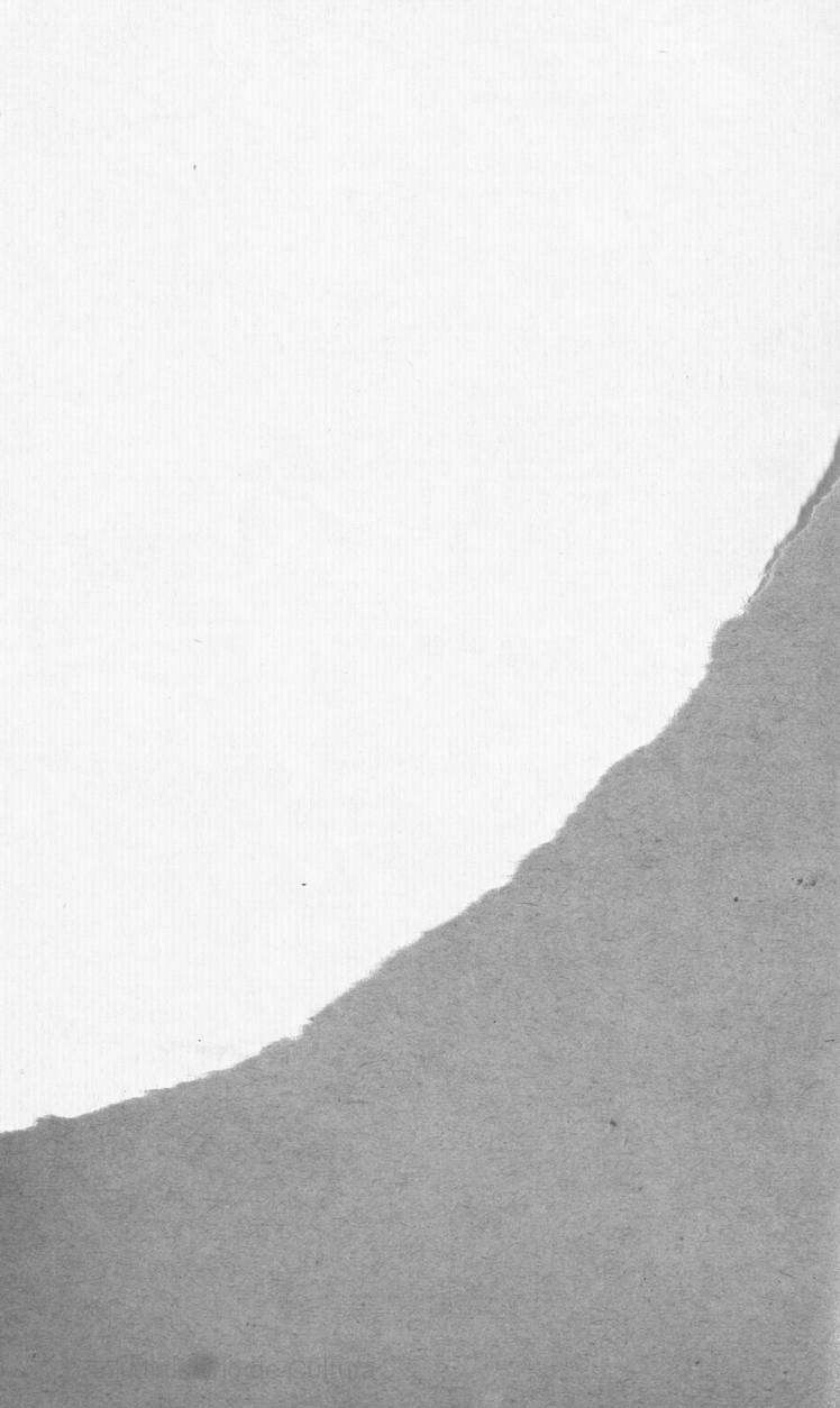






















1059052







CUENTOS

GADITANOS

EN UN LIBRO

DE

MEMORIAS